

Alberto Barrera Tyszka  
PATRIA O MUERTE



El insomnio y una persistente inquietud acompañan la jubilación del oncólogo Miguel Sanabria, que siente cómo la situación política ha emponzoñado su país, Venezuela, y también su vida, dirimida entre el extremismo antichavista de su esposa y el radicalismo bolivariano de su hermano. Esos desajustes irán en aumento en cuanto su sobrino Vladimir, recién llegado de La Habana, le pida que esconda un teléfono móvil en el que hay una grabación comprometedor y secreta de Hugo Chávez en un momento avanzado de su enfermedad.

Entretanto, un periodista en paro, Fredy Lacuna, que intenta investigar sobre la enfermedad del presidente, se resiste a dejar el apartamento que le reclama la dueña, recién regresada de Miami; una estudiosa estadounidense, Madeleine, obtiene un contacto importante para completar su ensayo sobre el carisma. Y María, una niña de nueve años que vive encerrada en casa con su madre por la violencia que se ha adueñado de la calle, logra encontrar un amigo por internet.



Alberto Barrera Tyszka

# **Patria o muerte**

ePub r1.0

Titivillus 14.01.16

Título original: *Patria o muerte*

Alberto Barrera Tyszka, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para mis hijas, Paula y Camila

Yo no puedo creer que esto sea la muerte, la muerte de la que tanto hablo, de la que tanto espero.

Rafael Gumucio

ALBERTO BARRERA TYSZKA

PATRIA O MUERTE

El mes de septiembre de 2015, un jurado presidido por Juan Marsé, e integrado por Almudena Grandes, Juan Gabriel Vásquez, Juan Trejo, ganador en su anterior convocatoria, y, en representación de la editorial, Juan Cerezo, acordó por mayoría otorgar a esta obra de Alberto Barrera Tyszka el XI Premio Tusquets Editores de Novela.

El sonido del teléfono raspó la noche.

Miguel Sanabria no lo escuchó. Estaba en el baño, cepillándose los dientes. Beatriz, su mujer, se encontraba en la sala, viendo la televisión. Ella lanzó un grito y, sin apartar los ojos de la pantalla, le avisó que alguien estaba llamando. La palabra teléfono cruzó como una pedrada por el pasillo. Sanabria atendió. Era su sobrino Vladimir, estaba agitado, nervioso; hablaba como si las letras tropezaran dentro de su boca. Tenemos que vernos, dijo. Y Sanabria respondió: cuando quieras. Y Vladimir dijo: lo antes posible. Y Sanabria preguntó qué pasaba. ¿Es urgente? Y Vladimir contestó que sí. Muy urgente. Estoy aterrizando. Acabo de llegar de La Habana, dijo. Y Sanabria ya no dijo nada más.

No sabía puntualmente de qué se trataba pero tenía la absoluta seguridad de que esa emergencia estaba relacionada con la enfermedad del Presidente. Hacía más de un año, en una noche parecida, el 30 de junio del 2011, también su sobrino lo había llamado justo después de que Hugo Chávez anunciara por televisión que tenía cáncer.

—¿Lo viste? ¿Lo escuchaste? —preguntó en esa ocasión Vladimir.

Sanabria acababa de cumplir setenta años y se había jubilado del Instituto de Investigación Clínica de la Universidad Central. Era oncólogo, había dedicado gran parte de su vida profesional al estudio y a la docencia. Al final de su carrera, se interesó cada vez más en asuntos ajenos a los quirófanos y a las jeringas. Estableció un convenio con la Universidad Complutense de Madrid y logró que se abriera en el país la posibilidad de incorporar la oncopsiología como materia en el pènsum académico de la Facultad de Medicina. El tiempo, como a todos, lo había vuelto más flexible. A la hora de su retiro, pensaba que la ciencia no era suficiente para aprender a relacionarse con el cuerpo.

—¿Qué te parece? ¿Qué piensas? —Vladimir había seguido preguntando, con terca insistencia.

No supo qué decir. Reconocerse en una enfermedad, nombrarla como propia, produce un hechizo emocional directo. Un tumor te convierte en víctima de manera instantánea. Pero Sanabria no quiso comentar nada. No deseaba comprometerse demasiado. Sabía que su sobrino, del otro lado de la línea, se encontraba inquieto, muy pendiente de su respuesta. Siempre habían tenido una relación especial, muy cercana, y ambos habían logrado que, durante todos esos años, ese lazo afectivo sobreviviera a la polarización política. Vladimir era un funcionario de confianza del gobierno. Sanabria jamás había votado por Chávez.

Tampoco estaba con el mejor ánimo. Después de dejar la universidad, Sanabria había comenzado a sentirse cada vez más inestable. Pasaba de la ansiedad a la melancolía con frecuencia y con rapidez. Y con la misma frecuencia y con la misma rapidez volvía de la melancolía a la ansiedad. Como si nada. Sin razón aparente, se sentía frágil, indefenso. A veces se despertaba en las madrugadas asustado, como si lo hubieran sorprendido en medio de una fuga. Beatriz dormía a su lado, plácidamente. Sanabria entonces se incorporaba e iba a la cocina. Solía sentarse en un taburete y tomar una mandarina de la cesta. Oía los carros cruzar, a lo lejos, por la autopista. Se quedaba un rato mirando hacia las sombras mientras le arrancaba la piel a la fruta. Sentía cómo su



olor penetrante y cítrico iba empujando el olor de la noche, el olor de las sábanas, el olor de ese sueño del que había vuelto a escapar. Morder la carne mórbida lo tranquilizaba. Hincar el diente y sentir saltar el jugo de la mandarina sobre su lengua le devolvía una extraña calma. A veces, también, se despertaba con unas inexplicables ganas de llorar. Y eso empezaba a repetirse, a ser más constante. Cada vez eran más los días en que se despabilaba en plena madrugada con ese desconsuelo atascado en la garganta. En algunas ocasiones se quedaba acostado durante un tiempo, deseando que la tristeza pasara de largo. Aspiraba hondamente y luego contenía el aire en sus pulmones, como si estuviera haciendo ejercicios de respiración dentro de una piscina. Cerraba los ojos. Los abría. Como si despertar fuera lo mismo que hundirse.

Al principio, creyó que se trataba de una crisis pasajera que tenía que ver con cumplir setenta años, con el retiro. Pensó que el insomnio era una forma de duelo. Gradualmente fue entendiendo que se encontraba ante un desequilibrio mucho mayor. Justo lo que tanto había tratado de evitar, por fin, estaba llegando: el país. Sanabria había pasado más de diez años tratando de vivir en las orillas de la realidad, esquivando los conflictos, intentando que eso que llamaban la Revolución no lo tocara. Había resistido todas las dificultades, las peleas familiares, las discusiones en la universidad, incluso la ida de su hija Elisa a Panamá, manteniéndose siempre aferrado al sentido común, deslindándose de los radicales de lado y lado, pensando que todo lo que ocurría era parte de un desajuste provisional que, más temprano que tarde, terminaría resolviéndose y regresando a la normalidad. Pero entonces comenzaron a aparecer las mandarinas en las madrugadas y las inexplicables ganas de llorar. Comprendió que ya estaba saturado. En el fondo, estaba cansado de la historia. Sentía que Venezuela era una mierda, un derrumbe que ni siquiera llegaba a ser país. Creía que la política los había intoxicado y que todos, de alguna manera, estaban contaminados, condenados a la intensidad de tomar partido, de vivir en la urgencia de estar a favor o en contra de un gobierno. Llevaban demasiados años siendo una sociedad preapocalíptica, una nación en conflicto, siempre a punto de explosión. Todos los días podía suceder un cataclismo. Conspiraciones, magnicidios, guerras, atentados terroristas, fusilamientos, ejecuciones, sabotajes, sublevaciones, linchamientos... Todos los días podía acontecer una hecatombe. El país siempre estaba a punto de estallar pero nunca estallaba. O peor: vivía estallando lentamente, poco a poco, sin que nadie se diera demasiada cuenta.

Administrar la destrucción: enterrar la uña en la piel de una mandarina.

Beatriz era mucho más directa: pensaba que Elisa se había ido a vivir a Panamá por culpa de Chávez. Creía que si otro tipo de gobierno mandara en el país, su única hija no se habría visto obligada a emigrar. Elisa y su marido y el pequeño Adrián habían decidido aceptar una oferta laboral y se habían trasladado a Ciudad de Panamá. Vivían en el piso 42 de un edificio con vista al mar y al calor y a la humedad mientras, en Caracas, Sanabria y su esposa aprendían a ser abuelos a través de la pantalla del computador.

La noche que Chávez anunció su enfermedad, Beatriz se sintió vengada.

Sanabria evocó aquel momento. Como si la llamada telefónica de su sobrino hubiera pellizcado de pronto su memoria. Le pareció increíble que apenas hubiera transcurrido un año y medio. Sentía

que había pasado más tiempo. A principios de junio del 2011, Chávez había interrumpido una gira internacional y desde el día 6 se había recluso en Cuba. Luego, el gobierno informó que cuatro días después el Presidente había sido operado de un absceso pélvico en un hospital de la isla. La noticia tomó al país por sorpresa. La sorpresa muy pronto se transformó en desconcierto. Se vivía un raro clima de conflictos y las informaciones sobre Chávez eran poco claras, incluso contradictorias. Las preguntas se multiplicaban. Aquella noche, Sanabria y Beatriz se encontraban en la sala, mirando el mensaje del mandatario en la televisión.

—Capaz de que todo es mentira —masculló Beatriz—. Un invento de los cubanos para distraernos.

Sanabria permaneció en silencio, observando.

Chávez lucía flaco y pálido. Se encontraba de pie, tras un podio, y curiosamente leía un texto escrito en vez de improvisar frente a las cámaras. Era insólito que un hombre tan propenso a hablar durante horas frente a cualquier auditorio estuviera constreñido a unas pocas letras, fuera de pronto rehén de un pequeño pedazo de papel.

—No le creo nada —comentó ella.

Sanabria trituró un silbido entre sus dientes, pidiéndole silencio. Quería oír.

El Presidente dijo que le habían realizado una intervención, que le hicieron un drenaje; contó que el 20 de junio debió someterse de nuevo a otra operación, ya que había sido detectada la existencia de un «tumor abscesado con presencia de células cancerígenas».

—¿Tumor abscesado? ¿Eso existe? —Beatriz preguntó sin mirar a su marido.

Chávez indicó que el tumor se había extraído totalmente y que él se encontraba ya en franca y entusiasta recuperación. Luego comenzó a hablar de la patria y de sí mismo, de sí mismo y de la historia, de la revolución y de sí mismo, de sí mismo y de Fidel Castro, hasta terminar con un nuevo grito de batalla: «¡Por ahora y para siempre! ¡Viviremos y venceremos!».

Beatriz arrugó el ceño, se puso de pie y exclamó:

—Si es verdad: ¡bien hecho, carajo! ¡Se lo merece!

Miguel Sanabria miró a su mujer severamente, con un reclamo en cada pupila.

—Y no me mires así —continuó ella—: el tipo es una mierda y le ha hecho mucho daño a todo el país.

—Nadie se merece un cáncer, Beatriz.

—¡Eso crees tú! —dijo, mientras se dirigía a la cocina. Después de unos segundos, su voz todavía quedó flotando en el pasillo—: Quizás sea un castigo de Dios.

Sanabria meneó negativamente la cabeza, detestaba escuchar a Beatriz hablando de esa manera. Él estaba en contra del mandatario pero era incapaz de compartir esas opiniones, esos sentimientos. Se sentía, más bien, impresionado. Chávez no había permitido que ningún médico hablara, no le

había dado chance a especialista alguno, como solía ocurrir en cualquier otro lugar del mundo en una situación similar. Aun desde la fragilidad, se empeñaba en mantener el control. No había dejado que le robaran protagonismo. Mucho menos en ese momento, en esas circunstancias. Acababa de mandar también otro mensaje, estaba dejando claro que la única voz autorizada para hablar de su cuerpo era la suya. Que él era el único dueño de su enfermedad. Que él gobernaba, también, sobre el saber clínico, sobre la ciencia, sobre lo que podía conocerse y decirse a propósito de su salud. En el fondo, estaba dejando claro que, incluso desde un quirófano, seguiría haciendo política.

—¿Quién llamó? —Beatriz se acostó en la cama junto a él, comenzó a estirar la cobija sobre su cuerpo.

—Vladimir.

Beatriz detuvo sus manos y deslizó lentamente su rostro. Había un ansia discreta en su mirada.

—¿Se sabe algo?

Un año y medio después, esa decisión permanecía intacta. El 8 de diciembre del año 2012, Chávez se dirigió al país para avisar que nuevamente debía someterse a otra operación. No habló ningún médico, no citó ninguna referencia clínica. Era solo él, como siempre, anunciando por primera vez la posibilidad de su ausencia. En ese momento, Vladimir formaba parte de un equipo de asesores de la Secretaría de la Presidencia. Viajó a Cuba con la comitiva que acompañaba al Presidente. Y a los pocos días estaba de regreso. Y lo primero que había hecho, apenas aterrizar, era comunicarse con su tío. Sin duda, tenía que ser por algo urgente.

—¿De verdad no te contó nada? —preguntó Beatriz antes de apagar la luz.

Sanabria propuso un gesto vago, aburrido. No quería contarle nada. Beatriz últimamente se encontraba demasiado ansiosa. La incertidumbre solo alimentaba su intolerancia. Mentirle era lo más saludable.

—Vladimir me dijo que todo había salido bien, normal.

—Aquí nada es normal.

Volvió a despertarse demasiado temprano. Apenas eran las tres y media de la madrugada. Se mantuvo sentado en la mesa de la cocina, escuchando a la distancia los carros que cruzaban por la autopista, y apretando en su mano izquierda una mandarina.

—Estamos preocupados —le había dicho su sobrino.

El plural siempre es ambiguo. ¿Quiénes eran ellos? ¿A quiénes se refería exactamente? Las informaciones sobre los resultados de la operación no eran claras. La salud de Chávez seguía siendo un enigma, y el hecho de que hubiera dejado abierta la posibilidad de un fracaso, el hecho de que hubiera designado un probable sucesor, le añadía un sudor frío al misterio. Las calles estaban llenas de rumores.

—Necesito que me ayudes, tío.

Sanabria tuvo un mal presentimiento.

—¿Salió bien de la operación? —preguntó.

Vladimir no respondió. Del otro lado del teléfono solo hubo un breve vacío, el eco lejano de un gesto. Sanabria no soportó la pausa.

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que vea más exámenes?

Ya antes, en algún momento, su sobrino le había llevado algunos resultados clínicos, pidiéndole a Sanabria una opinión sobre el caso.

—No, tío. Esto es otra cosa —dijo Vladimir. Era evidente que estaba nervioso—. Es algo confidencial. Muy confidencial —repitió—. ¿Puedo confiar en ti?

Sanabria dijo que sí. Pero sintió que la lengua se le llenaba de arena.

—¿Qué necesitas?

—Necesito esconder una caja.

Al abrir su correo, se encontró con una carta que comenzaba diciendo: «Estimado doctor Miguel Sanabria, tal vez usted no se acuerde de mí, soy Andreína Mijares, la dueña del apartamento 34». Ciertamente, no la recordaba. Cerró los ojos y repitió mentalmente el nombre. Se le hacía familiar, musicalmente familiar. Como si se tratara de un sonido antiguo que conocía pero que no lograba ubicar. Nada de eso, sin embargo, impidió que Andreína Mijares siguiera ahí, en la correspondencia del computador, relatándole sus penurias.

«Por motivos personales», escribía Mijares, «me vi obligada a viajar y a residenciarme en Miami. Las cosas lamentablemente no han resultado como esperaba y ahora estoy planeando volver a Venezuela. Desde que me fui, hace ya años, le alquilé mi apartamento a Fredy Lecuna. Resulta que llevo ya varios meses tratando de comunicarme con él, para ponerlo al tanto de mi regreso y planificar bien todo, pero, aunque parezca increíble, hasta ahora no he podido hacerlo. No sé si tengo mal su dirección de correo electrónico, no sé si el teléfono del apartamento está dañado, pero ha sido imposible localizarlo y todo ya me parece extraño y comienza a preocuparme. Gracias a un primo que habló con la conserje supe que usted es ahora quien dirige la junta de vecinos y pude conseguir su dirección de correo. Supongo que usted sabe cómo está la situación en el país. Este diciembre estoy regresando y necesito mi apartamento. Por eso le escribo. Y créame que me da pena molestarlo con todo esto, pero, como le digo, cualquier comunicación con mi inquilino ha resultado imposible. Si pudiera ayudarme de cualquier forma, se lo agradecería mucho».

Al retirarse del trabajo, Sanabria había aceptado presidir la junta de condominio del edificio. Pensó que era una forma de distraerse y de hacer algo útil. Jamás supuso que sería una labor demasiado exigente. Era un inmueble pequeño, de cinco pisos, dieciocho apartamentos y dos penthouses. Tenía el estacionamiento techado pero al aire libre y, detrás, un estrecho jardín, una suerte de gazebo con una planta de trinitaria al lado que, en temporada, derrochaba flores moradas.

Ingenuamente, Sanabria creyó que se trataba de una responsabilidad menor, que no le quitaría tiempo ni le generaría angustias. Se equivocó en ambos casos. Un grupo humano encerrado en los cinco pisos de un edificio puede ofrecer diversos tipos de infiernos. Hasta ese momento, todos habían sido menores. Pero el correo de Andreína Mijares, suspendido en la mitad de la tarde, le regaló un mal presentimiento.

Ubicaba muy bien a la familia Lecuna. Vivían en el tercer piso. Era un matrimonio joven con un solo hijo, Rodrigo, que debía rondar los nueve o los diez años. Pero a Andreína Mijares no podía recordarla. La memoria es tan arbitraria como la fantasía. Sanabria imaginaba la memoria como el fondo de un mar oscuro, azul o verde, donde de pronto se escurren sombras y aparecen o desaparecen personas desconocidas, objetos inesperados. ¿Por qué no había retenido una sola imagen de Andreína Mijares? ¿Por qué la había olvidado? ¿Por qué su memoria solo le ofrecía una marea inmensa, meciéndose lentamente?

—¿Cómo no te acuerdas de ella? —exclamó Beatriz—. Si una vez incluso la ayudaste con un problema de su carro en el estacionamiento.

Sanabria movió la cabeza con suave decepción. Nada.

—Una bajita, algo tímida —insistió Beatriz.

No. Sanabria solo sentía el movimiento de las olas entre sus orejas.

—¿Qué pasa con ella?

—Se regresa. Vuelve. Y, obviamente, quiere su apartamento.

—Se jodió —rezongó Beatriz—. Los Lecuna no se van a salir. No tienen adónde ir.

Fredy Lecuna era periodista. Trabajaba en la fuente de sucesos de uno de los principales diarios del país. Llevaba años persiguiendo crímenes y encerrándolos en una esquina de una página del periódico. Ya era un experto en el arte de escribir sobre un muerto: su nombre completo, su edad, su estado civil, su oficio. Después, sus causas, sus razones: asfixia, un arrollamiento, dos balazos, tres cuchilladas. Y las circunstancias, por supuesto: no es lo mismo acabar tus días acostado en una cama, en un motel de paso, que en plena calle, con una pistola en la sien, un poco antes de que te roben el automóvil. Siempre ayuda señalar algún detalle particular: decir que el muerto era calvo o destacar que llevaba puestos unos pantalones color mostaza puede marcar la diferencia. Hay que tratar de evitar los lugares comunes, las palabras típicas. Occiso es previsible, por ejemplo. Forma parte de una jerga monótona, que no llama la atención. La muerte también debe sorprender al lenguaje.

Desde que comenzó como pasante en el periódico lo asignaron a la fuente de sucesos. Al principio fue muy emocionante, llegó a pensar que ser reportero era una forma más decente de ser policía. Pero con los años todo se fue domesticando, incluso su capacidad de asombro, de indignación, de asco. Había tantos asesinatos todos los días, tantos robos, tantos secuestros, que podía sentarse y elegir el más provechoso, el que tuviera más posibilidades literarias. Siempre había algunos imprescindibles, obviamente. Como el caso del cabo Diosny Manuel Guinand, que fue torturado durante cuarenta y ocho horas, hasta su muerte, en un centro militar en el occidente del país. Ante eso, no existía ningún discernimiento. No se podía luchar contra un exceso de ese tipo. Era un delito invencible.

Poco a poco, aprendió a tomar distancias, desarrolló una suerte de segunda piel, una gelatina interior donde cualquier impacto pudiera rebotar o resbalar, algo que le impidiera involucrarse o comprometerse con las noticias. Era imposible estar cada día junto a una familia distinta, que lloraba de rabia y de impotencia por culpa de un asesinato, tratando de no sufrir con ella, intentando no conmoverse, haciendo lo imposible para no compartir esa tragedia como algo personal. No se puede estar tan cerca del dolor y seguir viviendo con normalidad. Según el Observatorio Venezolano de la Violencia, el año anterior se habían registrado 19.336 asesinatos en el país. Se escribía fácil. Diecinueve mil trescientos treinta y seis. Pero se trataba de una suma fatal, cuyo resumen sentenciaba que, durante el año 2011, se habían producido diariamente 52 homicidios en el país. Dos por hora. Las estadísticas del año que estaba por terminar amenazaban con ser aún mayores.

No hay suficientes periodistas para cubrir tanta sangre.

Cuando Sanabria fue a verlo para hablarle del correo que había recibido, Fredy Lecuna se encontraba solo en el apartamento. Su mujer estaba trabajando, Rodrigo estaba en el colegio. Era un miércoles a las once de la mañana pero Lecuna vestía como si fuera un domingo a las cuatro de la tarde.

—Desde hace tres meses no tengo trabajo. Me fui del periódico —dijo, mientras lo invitaba a pasar.

Le contó con detalles cómo la nueva línea editorial del grupo de empresarios que había comprado el rotativo había impuesto una mirada distinta sobre lo que podía ser o no ser noticia.

—No quieren que se hable de inseguridad, de violencia.

—¿Y entonces?

—Quieren informaciones positivas, buenas. Es pura autocensura —refunfuñó.

Cuando por fin llegaron al tema, reconoció que tanto él como su mujer habían recibido varias comunicaciones de parte de Andreína Mijares, llamadas telefónicas de familiares y amigos, correos electrónicos, incluso una carta dentro de un sobre que alguien, alguna vez, les había dejado con la conserje. Recibimos todo, aclaró, pero no podíamos contestar. No podemos hacerlo. Sanabria entendió que era una forma de anunciarle que tampoco iban a darse por enterados del recado que él mismo estaba trayendo en ese momento. Lecuna tenía sus argumentos:

—Compréndame, doctor, para nosotros también es difícil. No tenemos una respuesta. No podemos darle una respuesta. Es imposible mudarnos a otro lado. No tenemos dónde. No tenemos con qué. Aquí pagamos una renta más o menos manejable, ahora no conseguiríamos algo así en ningún lado. Todo ha subido demasiado. Tendríamos que irnos fuera de Caracas. La vaina es complicada, doctor, no se crea. Y ahora yo no tengo trabajo. Y Tatiana es freelance. Mata tigres por ahí como diseñadora, pero nada más. Póngase en nuestro lugar.

Sanabria lo escuchó sin pestañear. Internamente lamentaba de nuevo haber aceptado el cargo de presidente de la junta de vecinos.

—Estamos aquí, tranquilos, o más bien más o menos tranquilos, apretados, como todo el mundo. Porque las cosas están cada vez más caras. Porque la plata no alcanza. ¿Usted sabe cuánto está costando el colegio de Rodrigo? Todo es una locura. Y entonces, de pronto, a esta señora se le ocurre devolverse de Miami, dice que ahora se tiene que venir y nos quiere sacar, así, a la cañona, diciéndonos tan solo que le fue mal, que las cosas no salieron como ella quería. ¿Y nosotros, ah? ¿Acaso nosotros tenemos la culpa de eso? ¿Nosotros nos tenemos que joder así nomás y listo? ¿Usted comprende lo que trato de explicarle, doctor?

Sanabria dijo que sí, que comprendía. Pero que también comprendía a Andreína Mijares. En cualquier caso, el apartamento era de ella y, al parecer, era inevitable su regreso. Pensaba que no tenía sentido seguir postergando el asunto, que tarde o temprano terminarían hablando con ella y buscándole una solución al problema. El periodista le dijo que no había solución. Eso pasa. A veces los problemas no pueden resolverse. Se quedan así para siempre. Y Sanabria entonces le dijo que

Andréina Mijares de seguro no pensaba lo mismo. Y aún antes de irse, le repitió que lamentablemente no tenían muchas opciones, solo había una: salir. El apartamento es suyo, ¿qué pueden hacer?

Unos días más tarde, Fredy Lecuna recibió una revelación. Estaba recostado en el sofá mirando hacia el cielo de la tarde. Tenía modorra y no lograba dormirse. Su mirada se mecía pausadamente sobre el aire, yendo y viniendo, a punto de ingresar en esa zona espesa donde no se está ni dormido ni despierto, cuando de pronto apareció frente a él una idea fija. Como un insecto de neón. Brillante y verde. El periodista se incorporó sorprendido. Pensó en la desesperación. También pensó en las alucinaciones. Pero el insecto seguía ahí, flotando inquieto, delante de sus ojos. Era una idea simple, directa, luminosa: la solución a todos sus problemas era escribir un libro.

Fue una epifanía. Se levantó, casi eléctrico, de un golpe y llamó a Gisela Vásquez, una antigua amiga que trabajaba en la gerencia de una editorial importante. Habló de forma atolondrada, casi pidiendo auxilio, y consiguió una cita para el final de esa misma tarde.

—Solo tengo quince minutos —le advirtió aun antes de convidarlo a sentarse.

La oficina era amplia y derrochaba una imagen ejecutiva, eficaz: una mesa larga, casi desnuda, con dos teléfonos en la esquina izquierda y un amplio monitor, en el centro, donde destacaba un cuadro estadístico. A un costado, cerca de la puerta, se erguía un pequeño estante donde se apilaban las últimas novedades. Gisela Vásquez lo saludó con cariño y se sentó detrás de su escritorio, lo miró esperando una frase, la frase que debía explicar por qué Lecuna había pedido una cita de esa manera, con tanta urgencia.

—Quiero escribir un libro —dijo.

Pasaron unos segundos antes de que Gisela Vásquez sonriera con sorna, se levantara y se dirigiera hacia los anaqueles que se alzaban en la pared junto a la puerta. Sus tacones sonaron. Un tictac demasiado puntual, que parecía gotear desde sus caderas.

—Todo el mundo quiere escribir un *best seller* —exclamó, al regresar, portando un libro en la mano.

Lo puso sobre la mesa y dio la vuelta para volver a ocupar su lugar. El ejemplar que estaba entre ambos era la tercera de una saga de novelas escritas por Erika Leonard, una autora inglesa, también conocida como Erika Mitchell o como E. L. James. Con una narrativa eficaz, abordando el erotismo femenino, había conquistado un éxito desproporcionado, tan detestable como envidiable para cualquier otro escritor. Lecuna no supo qué decir. Pensó, primero, en contarle lo que le había ocurrido, cómo esa misma tarde se había encontrado de repente con una revelación o con una epifanía frente a sus ojos. Un insecto de neón brillante y verde. Pero luego decidió que hablar de ese tipo de fenómenos en una reunión de trabajo era poco profesional. No podía decir que había hecho una semisiesta con un relámpago y que por eso quería escribir un libro. Después pensó en que lo mejor era decirle la verdad, contarle que se había quedado sin trabajo, hablarle de Tatiana y de Rodrigo, del apartamento alquilado que tenían que abandonar, de la fragilidad económica en la que irremediablemente se encontraban ya hundidos. Gisela Vásquez, sin embargo, no necesitó



explicaciones. Parecía entender el contexto perfectamente, sin necesidad de detalles. Guardó en una gaveta el *best seller* de la escritora inglesa y comenzó a hablarle sobre el gran éxito de mercado que, últimamente, habían tenido algunos libros de periodismo. No se trataba de un éxito salvaje pero sí de un éxito moderado, era importante que él entendiera la diferencia. Lecuna dijo que sí, moviendo la cabeza. La movió tres veces seguidas y ya, más que decir que sí, dijo por supuesto. Sin demasiados rodeos, la editora le propuso escribir un libro sobre una masacre ocurrida en una de las cárceles del interior del país, una pelea feroz entre pandillas que terminó con dieciséis muertos, algunos de ellos mutilados. Al jefe de la banda vencida le sacaron el corazón y lo degollaron. Lecuna conocía los hechos, había leído los reportajes. Su amiga dijo que la editorial podía ofrecerle un excelente anticipo, la empresa estaba segura de que un libro sobre ese tema sería un éxito de ventas sin precedentes. Lecuna dudó. No parecía demasiado optimista. Dejó caer sobre la mesa algunas preocupaciones sobre el acceso a la información, los riesgos y peligros que podía conllevar meterse con las mafias que se disputaban el control de las cárceles en Venezuela.

—Podrías usar un pseudónimo. Eso ocurre con más frecuencia de lo que cualquiera imagina —dijo la editora.

Y le habló entonces del caso de Juan José Becerra, un novelista argentino de culto que, usando el pseudónimo Mariano Mastandrea, se había hecho millonario escribiendo libros chatarra, llenando de títulos los estantes del género de autoayuda. Su notoriedad logró tales dimensiones que la editorial se vio obligada a contratar a un actor que viajaba por todo el mundo, dando charlas y firmando sensibles dedicatorias, como si fuera el verdadero escritor de los libros. Mastandrea llegó a ser tan absolutamente real que el propio actor terminó secuestrado por su personaje y se dedicó, de manera permanente, a vivir esa vida de escritor. Era una historia fascinante que ambos siempre negaban de manera testaruda. Mastandrea llegó incluso a demandar a una periodista que, alguna vez, redactó una nota sobre el caso. Becerra solo cedió en una entrevista para una radio alternativa. Fue en la ciudad de Junín, en el año 2001. Cuando le tocaron el punto, dudó, vaciló por unos instantes y luego comenzó a hablar de otros temas, con una mezcla de nervios y de resentimiento.

A Lecuna no le convenció el relato.

—No quiero publicar con pseudónimo —dijo—. Jamás lo he hecho.

La editora pareció resignada, hizo sonar sus dedos sobre el escritorio, pensó durante unos instantes hasta que:

—También tengo un proyecto con la modelo Zuly Avendaño, ¿la conoces?

El periodista sabía quién era pero no la conocía personalmente. Se trataba de una clásica modelo, un metro setenta y cinco de mujer, senos marca doctor Gómez Tejera, sonrisa eterna, ex Miss Venezuela, ex Miss Mundo, animadora de un programa de variedades de las mañanas en un canal de televisión.

—Queremos hacer un libro que se llame «*Glamour* al alcance de todos». La idea es que sea algo *nice*, tú sabes, una frivolidad ingeniosa. Anécdotas del mundo de la moda, *tips*... Nosotros te damos la información, tú lo escribes, ella lo firma, y listo. ¿Qué te parece?

Lecuna volvió a decir que no. Tampoco quería ser un escritor fantasma. Además, no sabía nada del tema. No se sentía cómodo con ese estilo, pensaba que no era capaz de escribir de manera liviana, insustancial. Mientras hablaba, la mueca de Gisela Vásquez iba mutando, delatando deliberadamente que se estaban agotando las pocas reservas de paciencia que tenía.

—Lo mío es la realidad, no la ficción —dijo Fredy Lecuna.

—Pues te equivocas: todo es ficción, incluso la realidad.

Luego permanecieron un momento en silencio, incómodos. Lecuna comenzó a sentir que la conversación había terminado, que eso era todo, que no había nada más allá de ese silencio. Y entonces ocurrió de nuevo. Aconteció un relámpago. Volvió el hechizo, la revelación. A Gisela Vásquez le relumbraron de repente los ojos.

—¡Lo tenemos delante y no lo estamos viendo! —exclamó.

—No entiendo.

—¿Y la enfermedad del Presidente? ¿Por qué no escribes un libro sobre Chávez?

Esa noche, en su apartamento, Fredy Lecuna se sirvió un *whisky* en un vaso largo, con bastante hielo y soda. Necesitaba pensar. Al fondo de la noche, los carros cruzaban por la autopista. Un poco más lejos, sonaron dos detonaciones. Recordó su trabajo, el oficio de contar la muerte. ¿Cuántas veces había escrito la palabra bala? En algunas ocasiones, después de escribirla, la miraba. Ensimismado. Casi llegaba a sentir que la palabra también lo observaba a él. Con cierto desafío, como retándolo. ¿Otra vez? ¿Cuántas veces había pisado con sus dedos cada una de sus letras?

Teclear bala: be a ele a. Escribir la muerte.

Escribir siempre sobre gente que termina, que desaparece.

—Un muerto más y te saco de la escuela —dijo su madre.

María no contestó. Casi nunca contestaba. Bajó un poco la cabeza, nada más. Tenía nueve años y cursaba tercero de primaria. Estaban las dos en la cocina, sentadas junto a la pequeña mesa, cenando. Su madre la miró con una angustia. Había en sus ojos una mezcla de ternura y de impotencia. Luego inclinó su rostro hacia el plato de sopa y comió lentamente, manteniendo en exacto equilibrio la cuchara durante el breve trayecto del espeso caldo verde hasta sus labios.

En la sala, el televisor encendido seguía sintonizado en el canal de noticias. Siempre estaba igual, hasta que su madre lo apagaba antes de acostarse. Ese era el hilo musical del apartamento. El locutor de turno terminaba de dar la noticia: nuevamente se había producido un homicidio en las inmediaciones de la escuela Simón Bolívar, en el centro de Caracas, algo así decía el narrador, recordando que el lugar se había convertido en una zona muy peligrosa, en un territorio dominado por pandillas que se peleaban por la distribución de drogas en ese sector de la ciudad.

—Puedes estudiar aquí, en la casa. Así estaremos más tranquilas.

María volvió a mover un poco la cabeza, en un breve gesto que tampoco expresaba nada. No negaba ni afirmaba, solo constataba que seguía ahí, que de alguna manera continuaba ahí, en la conversación, en la cena.

De pronto, desde la sala, llegaron los gritos y el llanto de una mujer. Era la madre de la víctima, estaba declarando ante uno de los reporteros del canal. Su hijo salía de clases cuando recibió un disparo. Estaba en el país equivocado, en el jueves equivocado, en la vida equivocada. Cruzaba la calle sin saber que en realidad cruzaba una batalla entre dos bandas. Lo alcanzó un disparo sin dirección precisa. Esa era la noticia. Una bala perdida que se hundió en el ojo derecho de un muchacho. Se llamaba Winston Enrique González Paredes. La mujer apenas podía hablar. Lloraba, gemía, mugía. Era una herida en vivo y en directo. María dejó la cuchara dentro del plato. El cubierto parecía un animal gris en medio de un mar verde. Una bala dentro de un ojo.

—Un muerto más y te saco de la escuela —repitió su madre.

María volvió a bajar la cabeza. A ella no le gustaba la sopa de espinacas.

Desde que María podía recordarlo, el cuarto de su madre siempre había estado lleno de ojos. Era su lugar de trabajo. Ahí pasaba la mayor parte del tiempo, encerrada, tallando pupilas. Su madre era optometrista, con especialidad en prótesis oculares. Eso es lo que decía un diminuto diploma que estaba colgado en la sala. María no entendía bien las palabras pero sabía qué significaban. El diploma decía que su madre se dedicaba a fabricar ojos. A veces le permitía mirarla trabajar. Pero debía quedarse en silencio, sin moverse, respirando muy despacio. Ese era el acuerdo. Una tarde la vio terminar una pupila de color ocre. Es para una señora que tuvo un accidente, murmuró su madre. Trabajaba en una larga mesa de metal que estaba junto a la ventana. Se sentaba, por horas, concentrada. La mesa estaba llena de ojos, de frascos con materiales, de pinzas de distintos tamaños. Solo salía del cuarto para fumar y para escuchar mejor la televisión, para ver más de cerca las noticias cuando creía que estaba pasando algo importante.

Siempre habían vivido las dos solas en el mismo edificio, en la parte alta del centro de la ciudad, en una pequeña calle entre la iglesia de Las Mercedes y la avenida Fuerzas Armadas. Era un inmueble viejo de tres pisos y sin ascensores. Su apartamento estaba en el segundo nivel. Tenía setenta metros, distribuidos de manera algo descuidada. La cocina estaba pegada a la puerta principal. Era amplia y tenía una ventana que daba a un cubo interior del edificio. La sala y el comedor compartían un solo espacio, pequeño, más bien estrecho. Desde ahí, se estiraba un delgado pasillo que terminaba en las dos recámaras. Entre ambas, estaba el baño. Era un apartamento oscuro. Solo la ventana del cuarto de su madre daba a la calle. Todas las demás se abrían hacia los espacios internos del edificio. Siempre todo estaba como en penumbras. Todo eran sombras y humo. A María tampoco le gustaba el humo. Le molestaba que su madre fumara. Le molestaba que todo el apartamento oliera a tabaco. Su madre solía fumar en la sala, mirando el televisor. A veces se quedaba dormida en el sillón. Solo unos minutos. María la veía y sentía que su madre siempre había sido vieja. Dos años atrás celebraron que cumplió cuarenta. Se fueron juntas a la playa. Pasaron la noche en un hotel. María nunca se había divertido tanto. Todo le pareció emocionante, nuevo, diferente. Era el único momento en que, brevemente, pudo imaginar a su madre con menos edad. Pero mientras la veía dormitando en el sillón, se sentía incapaz de imaginarla más joven. ¿Cómo fue, cómo era, cómo se veía?

Cuando María observaba antiguas fotografías también le costaba reconocerla. La mujer con la que ella vivía no tenía nada que ver con la joven que aparecía en muchos de los retratos. No distinguía su cabello, su piel, la mueca que sostenía una risa sobre su rostro. Se parecían, sí, pero también eran tan distintas. A María le parecía imposible que su madre, alguna vez, hubiera sido una muchacha, una niña. El pasado del cuerpo se esconde debajo del cuerpo. Una arruga es una definición implacable. Arrasa con todo.

Ten cuidado. No te distraigas. No confíes en nadie. Esas siempre fueron las frases favoritas de su madre. A veces sentía que, cuando abrió los ojos por primera vez, esas breves sentencias ya estaban ahí, nadando a su alrededor, esperándola. Ten cuidado. Como si fueran una letanía primitiva, el rezo más lejano de la tribu familiar. No te distraigas. Una instrucción sorda y constante, que venía de los huesos de un dios que solo balbuceaba amenazas, desgracias que siempre estaban a punto de ocurrir. No confíes en nadie. Era el susurro del tiempo. Su madre en cuclillas, junto a ella, en la puerta de la escuela, en su primer día de clases de preescolar, le tomó el rostro entre las manos y sopló ese murmullo. María llevaba puesto el uniforme, camisa roja, pantalón azul, zapatos de lona. Cargaba un delgado bulto de plástico en los hombros. Tenía tres años y olía a mango. Ten mucho cuidado. Los demás son un peligro.

Su madre no sabía qué hacer con el miedo. Lo único que lograba era contagiarlo. Todo el tiempo. Siempre pasaba o podía pasar algo. Siempre había alguien que contaba lo que pasaba o podía pasar. Cada día era un riesgo. El televisor lo decía a cada rato. O si no cualquier vecina traía un cuento, una historia. María y su madre escuchaban, entre el asombro y el susto. La señora que iba a la casa a cortarles el cabello les contó una tarde lo siguiente:

—Íbamos en la buseta y de pronto se montaron dos malandros. Uno se fue para atrás y el otro se

quedó cerca de la puerta. Sacaron las armas y comenzaron a gritar. Que les diéramos todo. Que si el dinero, que si los celulares, que si una muchacha que tenía un computador. Todo. Yo estaba en los primeros puestos. Me puse muy nerviosa. Hasta creí que me iba a mear encima. Les di unos billeticos que tenía. A un muchacho que estaba cerca y que no quería entregar su celular le dijeron: dámelo o te doy un disparo en la cara. Varios de los pasajeros gritamos. Y entonces pasó algo raro. Porque el chofer frenó de repente. El ladrón que iba delante saltó a la calle y se fue, pero el que estaba atrás no pudo salir. No sé cómo pasó. Yo solo oí varios gritos. Dicen que cuando el malandro iba a salir, alguien lo jaló por la espalda y otro pasajero se le tiró encima. Después todo fue pura gritadera. Y el chofer aceleró de pronto y la buseta iba a toda velocidad, por la calle, casi chocamos. Cuando por fin se detuvo, se hizo un silencio raro. Ahí fue cuando yo pude mirar hacia atrás. El ladrón estaba en el suelo, boca abajo. Y la sangre rodaba, en hilitos, por todo el pasillo, hacia la puerta. Todos nos quedamos callados. Y nos miramos. Con nervios. Con las caras sudadas. El chofer le dijo a la policía que entre todos lo habíamos matado. Y el oficial se quedó en silencio. Otros dos agentes se lo llevaron cargado. Luego, el policía solo dijo que estaba bien muerto.

María pasó varias semanas rezando para que no hubiera más asesinatos cerca de su escuela. Todas las noches, antes de dormirse, ya tendida en la cama, cerraba los ojos y pedía que se acabaran las balas. La idea de dejar de ir a la escuela la llenaba de terror, era lo peor que podía sucederle. Cuando oía la fanfarria de la televisión anunciando un extra, una noticia especial de última hora, se le erizaba la piel y sentía cristales debajo de los ojos. Tenía tanto temor. Fantaseaba con el futuro, con todo su futuro, encerrada en ese apartamento. Sola. Solas. Las dos. Ella y su madre. Y el humo. También el humo. El humo azulado del cigarrillo que seguía a su madre por todas partes, como si fuera un animal liviano, volátil. Como si fuera su mascota.

No se demoró mucho. Fatalmente, llegó un martes con otro muerto. A media tarde, dieron la primicia en la televisión. La puerta del cuarto de su madre crujió de inmediato, apenas sonaron las primeras notas que prometían una noticia inesperada. María estaba en su cuarto, terminando de escribir una tarea, y escuchó los pasos atropellados, el chasquido del encendedor. Imaginó el humo siguiendo con premura a su madre. Sintió de inmediato el susto, un frío metálico comenzando a crecer dentro de sus huesos. Se puso de pie y se acercó al quicio de la puerta. Algo narró el reportero sobre un ajuste de cuentas, sobre un estudiante muerto, dijo. Y mencionó su escuela. Y María sintió que la vida también podía ser tan solo el eco de un disparo.

—Te lo dije: un muerto más y te saco de la escuela —repitió su madre.

Unos días más tarde cumplió con su amenaza. A las maestras les dijo que se iban a vivir a San Cristóbal, cerca de la frontera con Colombia, donde residía la única familia que tenían. Con una amiga que trabajaba en el Ministerio de Educación consiguió el programa de estudios correspondiente al grado que cursaba María, diseñó un plan diario para continuar con la formación de su hija desde la casa, sin salir del apartamento. Una maestra se enteró de lo ocurrido y fue a ver a su madre, a tratar de convencerla. María permaneció agazapada en el pasillo, escuchando todo.

—¿Sabes cuánta gente matan en este país cada año? —preguntó su madre.

—¿Cuántos años tienes tú? —preguntó su madre.

—¿Tienes hijos? —preguntó su madre.

Y luego le dijo que cuando fuera más grande y tuviera hijos y supiera qué pasaba en el país, entonces volverían a hablar.

No hubo manera. Su madre ya había tomado una decisión definitiva. María protestó, lloró y hasta la amenazó con huir de su lado. Todo fue inútil. Lo único que pudo negociar fue la conexión de internet.

—Apenas tienes nueve años —masculló su madre.

María pasó dos días seguidos sin hablarle. Casi no salía de su cuarto. Se negaba a comer. Cecilia, su madrina, intercedió y, finalmente, la computadora entró a la casa. Luego siguió la conexión con un servidor. Y así María comenzó a relacionarse con el mundo a través de la red. Así, también, conoció a su novio.

Vampiro: ¿cuántos años tienes?

Mariposa: ¿por qué lo preguntas?

Vampiro: para saverlo.

Mariposa: saberlo se escribe con be grande.

El niño se encontraba sentado en la grama y lucía absorto. No estaba jugando, tan solo exprimía suavemente la pelota de goma en su mano. Sanabria leyó en ese gesto una leve y conocida angustia. Se acercó a saludarlo, le preguntó si le pasaba algo, si todo estaba bien. Rodrigo dijo que no y que sí. No le pasaba nada y sí estaba bien. Sanabria no supo cómo continuar con la conversación y fue hasta el fondo del breve jardín. Estaba comenzando a atardecer. A esa hora, a veces, solía bajar a regar el jardín. No le tocaba hacerlo, no formaba parte de sus obligaciones, pero le agradaba. Lo relajaba repartir agua sobre el verde de las matas. Durante todo el tiempo que estuvo ahí, una media hora, quizás más, el niño se mantuvo en la misma posición, con la misma mueca, como si estuviera en trance. Sanabria lo miraba de reojo, cada vez con más curiosidad. Pero el niño continuó impávido, sin inmutarse. Pensó que quizás estaba proyectando su propia inquietud en Rodrigo. Desde la mañana, desde la llamada telefónica de su sobrino, estaba todo el tiempo pensando en lo mismo, mordiendo las mismas preguntas. ¿Qué había traído Vladimir de La Habana? ¿Qué quería esconder? O más bien: ¿qué necesitaba esconder en su casa? ¿Y por qué lo había elegido a él? Su sobrino conocía perfectamente su tendencia política. Confiar es un verbo ciego. ¿En realidad Vladimir podía confiar en él?

Con lenta parsimonia enrolló de nuevo la manguera y la colgó de un aplique de metal que estaba pegado a la pared; también se distrajo un poco más de la cuenta recogiendo algunas hojas secas, las hizo crujir entre sus dedos, como si fueran grandes mariposas asesinadas por el sol. Ni siquiera ese ruido llamó la atención del niño. Cuando ya iba de regreso a su apartamento, Sanabria volvió a interrogar al niño. Le hizo una pregunta general, un ¿todo bien?, sin demasiado énfasis. Rodrigo respondió de la misma manera. Dijo sí o no, no importaba, con el mismo gesto ausente. Sanabria dudó un segundo pero, finalmente, desistió, se despidió y comenzó a alejarse. Y fue entonces, solo entonces, cuando la voz del niño se alzó sobre las matas recién bañadas y le ofreció una explicación.

—¡Tengo novia! —gritó.

Sanabria no pudo evitar que se le fugara una sonrisa de la boca. Giró despacio y miró al niño. Seguía igual, sentado, pero su cara ahora traía puesta una rara expresión de júbilo y vergüenza, de orgullo y pena. Esas dos palabras eran su confesión. Sanabria no supo cómo responder. Alzó una mano y levantó el pulgar. Se sintió un poco tonto pero fue lo único que se le ocurrió. El niño, a la distancia, repitió el gesto. Los dos sonrieron.

En pocos meses y a cuenta de compartir la soledad del jardín algunas tardes, Sanabria y Rodrigo habían comenzado a desarrollar una complicidad. Al menos eso pensaba el doctor. El niño le hacía sentirse joven. Era un contagio que no estaba nada mal para alguien que ya había comenzado a tratar de mantener el equilibrio en el precipicio de la vejez.

—Estás entrando en una mierda que se llama la tercera edad.

Antonio era su único hermano. Tenía cuatro años más que Miguel y, desde muy temprano, sus propias historias personales habían tomado rumbos diferentes. Siendo muy joven, Antonio comenzó a militar en el Partido Comunista, luego se mudó a una organización más radical, de la llamada

ultraizquierda, transitó de manera algo fugaz por la guerrilla en la década de los sesenta, y terminó unos años después acogándose a la pacificación y reintegrándose a la vida ciudadana. Se graduó de abogado, fundó un pequeño despacho, logró una estabilidad económica apreciable, pero su vida personal siempre fue un desastre. Se había casado o arrejuntado varias veces, nunca había sido un padre presente, ni siquiera un padre medianamente responsable. Por eso su relación con Vladimir había sido pésima, primero, y luego, con el paso de los años, frágil y distante. Solo recientemente, a cuenta de la situación política, el vínculo entre ambos había mejorado un poco. Con la llegada de Chávez al poder, en 1999, los viejos sueños de Antonio resurgieron. Para toda su generación, el gobierno comenzó a proponer una suerte de parque temático de los años sesenta. Por momentos, el país parecía un espacio adonde sacar a pasear las nostalgias. Se desarrolló en cierto clima retro que se recreaba, incluso, con unos códigos que estaban ya olvidados. Lo primero que resucitó Chávez fue justamente un lenguaje, un modo de nombrar. Rescataba a Stalin y a la Unión Soviética, citaba a Mao Zedong, hablaba de Gramsci y de los intelectuales orgánicos. Al llegar a la tercera edad, Antonio Sanabria volvió a sentirse vivo. La revolución era una droga dura, una suerte de estimulante ideológico, una manera de regresar a la juventud.

Miguel Sanabria jamás había cedido ante esa tentación. Se consideraba un hombre crítico e independiente, pero absolutamente antimilitarista. Su historia había seguido una ruta menos acontecida. Había estudiado medicina en la universidad, había realizado un posgrado en Chicago, se había casado, había tenido una hija, su vida no tenía demasiadas sorpresas que ofrecer. Siempre fue muy cercano y estuvo muy pendiente de Vladimir. Desde que su sobrino era un niño. Y, con el paso del tiempo, la relación entre ambos era, finalmente, más estrecha y cariñosa que el nexo que existía entre Vladimir y su propio padre. Pero había una tensión que también respiraba veladamente detrás de todas sus discusiones. Nunca estaban de acuerdo en nada. Miguel pensaba que en el país no había independencia de poderes, que Chávez había desarrollado un modelo personalista y autoritario para controlar el Estado y las instituciones. Cuestionaba la corrupción, la falta de transparencia. Criticaba la presencia cada vez mayor de militares en cargos públicos y espacios de decisión de poder.

—Están dando el mismo golpe de Estado que intentaron en el 92. Solo que ahora lo están dando desde dentro del Estado —decía.

Antonio pensaba que todos esos planteamientos correspondían a una concepción burguesa de la política. También creía que la mayoría de los razonamientos de su hermano provenían de una campaña mediática de la derecha. Sostenía que la clase media vivía en una burbuja. Que jamás salían de su canal de televisión, de su urbanización, de su calle, de su casa.

—No sabes lo que realmente ocurre en el país. Ve a los barrios populares, Miguel. Ve a donde viven los pobres. Métete ahí para que veas cómo está cambiando la vida de esa gente.

Nunca había manera de avanzar en los debates y siempre terminaban ambos molestos, irritados. La única síntesis de esa dialéctica era el mal humor. Por eso mismo, el acuerdo implícito solía orillarlos a conversar sobre otros temas:

—Es en serio. A los setenta, te gradúas de viejo —le dijo en aquella ocasión.



Antonio había elaborado una teoría que establecía que, a partir de los sesenta y cinco años, aproximadamente, con algunas variaciones según los casos, los hombres sufrían un cambio drástico e irremediable: dejaban de ser un peligro para las mujeres. El planteamiento giraba en torno a ese elemento: las miradas del sexo opuesto.

Uno las miraba y sentía poder, solía argumentar. Había en sus ojos cierto temor. Uno era una amenaza. Ese era el juego. De eso se trataba. Uno era un peligro, alguien que tenía deseos. Lo notaba de inmediato. Se ponían en guardia. Deliciosamente en guardia. Con una alerta que también era parte de la misma seducción.

Hasta que, de pronto, todo cambiaba, todo era distinto. Antonio Sanabria ubicaba en los sesenta y cinco años esa fatal variación. Era un tránsito delicado pero trágico. Un viaje por las pupilas y por el ansia femenina. Se deslizaban lamentablemente del miedo a la ternura.

—¡Y entonces comienzan a mirarte como a un tipo inofensivo! ¡Como a alguien que ya no puede hacerles nada! —Antonio alzaba la voz, exasperado—. ¡Dejas de ser un tigre y pasas a ser un conejito, coño! ¿Entiendes eso? ¡Es la vejez! ¡Es lo peor de la vejez!

Casi era la única forma en que podían dialogar, en que lograban disfrutarse como hermanos. Eludiendo la actualidad. Esquivando las noticias. Vladimir también formaba parte de ese convenio, rara vez aparecía en sus conversaciones. Era un silencio elegido que, también, el propio Vladimir agradecía.

—Supongo que no le comentaste nada a mi viejo —le dijo Vladimir, apenas entró en su apartamento—. No quiero que mi papá sepa nada de esto.

Traía en sus manos una bolsa de tela, pequeña. Sanabria supuso que dentro estaría la caja.

Desde que lo vio, Sanabria constató que algo grave estaba ocurriendo. Vladimir se veía todavía más flaco que la última vez, dos o tres kilos de menos quizás, pero se le notaban de inmediato. También era evidente que llevaba algún tiempo durmiendo poco y mal. Unas diminutas bolsas oscuras colgaban como cortinas viejas debajo de sus ojos. Lucía desarreglado, exhausto. Y traía puesta una zozobra irremediable en la cara. Era una mueca que Sanabria ya conocía, que había visto muchas veces en su vida. Es la impotencia final del cuerpo, amarrada sobre el rostro, resistiéndose ante el vacío de la vida.

—¿Quieres un café?

—Prefiero un *whisky*.

Sanabria asintió. Sirvió unos tragos generosos, en vasos cortos, llenos de piedras de hielo. Vladimir dijo gracias, asintiendo. Era un diciembre raro. Nadie sabía muy bien cómo estaba Chávez, cómo había salido realmente de su operación, cuál era el pronóstico más serio sobre su salud. El país era nuevamente una sala de espera, un pasillo de hospital donde se juntan los rumores y las preguntas.

Después del primer sorbo, Vladimir comenzó a hablar. La vaina en La Habana es una locura, tío, repitió varias veces, en distintos momentos. Y le habló de grupos en conflicto, de negociaciones, de

un control cada vez más férreo sobre la información.

—Ya no se sabe muy bien quién sabe qué. Todo el mundo anda como medio mareado. Todos están muy nerviosos.

Vladimir formaba parte de un grupo de funcionarios a los que habían empezado a apartar, a dejar fuera. A medida que el misterio crecía, se reducía el número de personas que podían tener contacto con el enfermo. Era la lógica del secreto y era obvio que Vladimir estaba resentido. Lo habían mandado de vuelta a Caracas sin responder a ninguna de sus dudas, sin contarle nada, manteniéndolo al margen. Según relataba, era imposible obtener algún tipo de noticia o de señal sobre la vida de Chávez. Sus mismos seguidores, igual que la mayoría de la gente en el país, dependían únicamente de unos informes oficiales que leía en cadena nacional el ministro de Comunicación. Eran unos reportes muy particulares, carentes de información y llenos de militancia. No ofrecían ningún dato. Solo exigían fe y devoción. La gente comenzó a buscar en las caras de los altos funcionarios algún indicio, alguna pista, para tratar de saber qué estaba ocurriendo. Las noticias eran un ejercicio de interpretación de gestos y muecas. Nunca el silencio fue tan antidemocrático y excluyente. Chávez no había vuelto a aparecer desde el 8 de diciembre. Nadie lo había visto. No se le había vuelto a escuchar. Y el país fundado alrededor de su voz estaba desconcertado, no entendía qué pasaba, no se hallaba a sí mismo.

—Todo es muy raro —lamentó en voz baja—. Es como si lo hubieran secuestrado. No sabemos nada.

Sanabria permaneció en silencio.

Vladimir vaciló un instante, se terminó el trago de un golpe y tomó entonces la bolsa de tela y, efectivamente, de su interior extrajo una caja. Era una caja de puros de la marca Montecristo. La colocó sobre la mesa. Ambos se miraron. Vladimir había pedido que Beatriz no estuviera en el apartamento. Por eso esperaron hasta la noche, cuando Beatriz salió al cine con unas amigas.

—Esto no puede estar en mi casa —musitó Vladimir.

Sanabria miró la caja de tabacos. No supo si debía o no preguntar qué había adentro. Lo pensó durante unos segundos. Tal vez podía ser peligroso. Era una caja de habanos. Tenía el tamaño de un libro. Se veía que no era nueva. Era obvio que adentro no había puros.

Vladimir se la extendió. Sanabria la tomó con las dos manos. Su peso era impreciso. Leve, pero no demasiado.

—¿No vas a preguntarme qué hay adentro?

—Estaba pensando en eso. Pero no sabía si podías o querías decírmelo.

—Ábrela.

Sanabria destrabó la frágil cerradura y alzó la tapa. Un olor a tabaco se alzó suavemente, como una nube invisible. En la caja solo había un teléfono celular. No era un modelo de última generación pero tampoco era una antigüedad. Sanabria miró a su sobrino, inquiriéndolo.

—Es el teléfono de uno de los guardias personales de Chávez. Estuvo con él antes de la operación. Todo el tiempo.

Sanabria bajó los ojos, miró el aparato. Parecía un insecto seco dentro de un ataúd.

—Me lo dio antes de venirme a Caracas —dijo, bajando la voz—. Me dijo que había grabado al Comandante.

Alzó la cara de inmediato, lo miró fijamente. Su sobrino movió los restos de hielo dentro del vaso.

—¿Un video?

Vladimir asintió.

—Un video de Chávez —susurró, casi en una exhalación.

Y después dijo que él no lo había visto. Sanabria volvió a mirarlo, sorprendido. Vladimir desvió sus pupilas hacia otro lado, incómodo.

—No me atrevo.

Sanabria asintió. Volvió a cerrar la tapa y colocó de nuevo la caja sobre la pequeña mesa que estaba junto a ellos. Después le dijo está bien. Y le dijo que se la iba a guardar. Y también dijo que él tampoco quería ver el video.

Vladimir siguió la conversación moviendo la cabeza, simplemente.

Antes de salir, ya de pie junto a la puerta, tomó a Sanabria del brazo, le dio las gracias y le pasó una advertencia.

—Los del G2 andan como locos. Tú sabes que ellos son paranoicos por naturaleza.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso? ¿Crees que sospechan de ti?

—Su oficio es sospechar. Sospechan de todo el mundo. Por eso te lo digo. Cuidado con los cubanos. Si llega a venir alguno: bota la caja de inmediato. Destruye todo.

Sanabria pensó que su sobrino estaba exagerando. Pero igual dijo que sí. Por supuesto. Lo que quieras. También hay que saber administrar la paranoia. Cuando se fue, Sanabria regresó a la sala y volvió a sentarse junto a la mesa. Observó con detenimiento la caja. ¿Acaso era un testamento? ¿Cuánta vida puede caber en un teléfono?

—¿Estás escribiendo? —comentaba con sorna cada vez que pasaba junto a él.

Tatiana no compartía el entusiasmo por el libro. Creía que Fredy debía, más bien, buscar un trabajo estable, que les garantizara un ingreso mensual. Ya ella cubría la cuota de riesgo laboral de la pareja, siendo una profesional a destajo, por tanto no le parecía conveniente que Fredy se dedicara a un oficio tan ambiguo y volátil como escribir libros. Ni siquiera el anticipo había logrado hacerla cambiar de opinión. La nueva versión de un Fredy sin trabajo venía a reforzar la inseguridad que desde hacía un tiempo estaba sintiendo. Nunca se habían casado legalmente, no tenían nada propio, la estabilidad laboral de ambos anunciaba un futuro precario, la situación como inquilinos estaba al borde de un conflicto, y todo esto debía ponerse en el contexto de un país en crisis, sin otra identidad que la incertidumbre.

Fredy permanecía inmóvil frente a la pantalla.

Tenía un estudio improvisado a un costado de la sala, una mesa estrecha cerca de la ventana. Ahí trataba de concentrarse. Había ordenado algunos datos, fragmentos de entrevistas, mientras trataba de encontrar el tono que debía tener el libro. Eso era lo más difícil. Siempre le había costado mucho empezar. Se sentaba frente a la computadora. Esperaba varios minutos, deseando que la misma pantalla le susurrara el camino. Se sentía impotente, con una furia interior, el ánimo hirviendo en sus pulmones. Había intentado empezar con una referencia clínica, con una declaración fulminante e inédita de un reconocido doctor. Pero nadie quería hablar. O los médicos que sí estaban dispuestos ya lo habían hecho y sus opiniones ya habían sido devoradas por todos los medios de comunicación. Había ensayado un tono de dietario, una voz confesional, pensando en la posibilidad de escribir el libro desde la voz de Chávez, desde el estupor y el dolor del enfermo. Esto fue lo que consiguió:

«No puedo creer que esto me esté pasando a mí.

»¿Qué iba a pensar yo que ese pequeño dolor era algo tan importante, tan definitivo? Era un dolor, nada más. Un dolor chiquito. O más que un dolor, una molestia. O una puntada. Como cuando uno amanece con una puntada en cualquier lado, pongamos, en la barriga, en el codo, en una pierna. O una puntada en la cabeza, que esas sí son terribles porque a veces uno siente que le duele dentro del ojo. Eso le pasa mucho a los amanecidos. Yo también fui parrandero y sé de eso. Recuerdo que a veces nos íbamos a dar serenata y bebíamos lo que nos dieran. Que si ron aquí, que si una cervecita por allá, que si un poquito de anís más acá... Uno terminaba con la cabeza cuadrada. Pero no, esto es distinto. No era el caso, digo, pues, cuando empezó. Era muy diferente. Claro que no sé cuándo empezó, qué día exacto, si fue una mañana o una noche, pero de pronto empecé a sentir que tenía una molestia ahí, que me empezaba a molestar cuando caminaba, que no se iba. Por eso lo hablé, por eso le dije al doctor: oye, me duele aquí y no se me quita con nada. Y el doctor comenzó entonces a preguntarme que si esto, que si lo otro, como son todos los doctores, que empiezan a preguntar cosas y lo que hacen es ponerlo nervioso a uno, porque uno empieza a sentir que tantas preguntas van a terminar encontrando una respuesta, pues, y que esa respuesta es por supuesto mala, mala no, malísima; y nadie quiere escuchar respuestas malas o malísimas, sobre todo cuando tiene que ver con la salud; y por eso, casi siempre, uno o todos se hace y nos hacemos los pendejos para ver si el dolor se olvida de sí mismo, se cura solo o al menos para ver si se distrae por un ratico. Yo

también cometí ese error. Yo dije: esa vaina va a pasar. Es una postura. O fue que dormí mal. O el cansancio. Tanto trabajo, tanta angustia, pues. Hasta que llegó el momento en que ya no pude. Yo pisaba y era un ay. Ya no podía disimular, no podía engañarme. El cuerpo me estaba hablando y yo me estaba haciendo el sordo. No lo quería oír. Ese fue mi error.

»Así que después vino lo de la operación. No fue fácil. Tuvieron que convencerme. Al principio, yo estaba negado. Nunca me han gustado los médicos. Y al que le gusten los médicos es porque ya está enfermo, digo yo. Porque ¿a quién le va a gustar que lo agarren y lo jurunguen, y lo pinchen por aquí y por allá, buscando a ver qué malo consiguen en cualquier lado, ah? Por eso digo que tuvieron que convencerme. Apenas oí hablar de una cirugía me puse en guardia. Ni de vaina. Eso no me gusta a mí. Desde pequeño, desde que era un sapito. Siempre le tuve miedo a las jeringas, a los hospitales, al cuchillo de los médicos. No me gusta nada. Ni que me hablen de anestesia, pues. Eso de dormir obligado es un horror. Porque uno piensa, uno siempre piensa, ¿y si no me despierto? ¿Y si me quedó en la mitad, ahí tirado, como una baba, boqueando?

»Yo vi la aguja y vi los ojos del anestesiólogo, apretados entre su gorro y su tapabocas. Mi hija menor estaba ahí cerca. Dame la mano, le dije. Sí, papi, me dijo ella. Pero no me la sueltes, le dije yo, echando broma. Claro que no, dijo ella. Y yo le pregunté: ¿seguro? Y ella me dijo: seguro. Me hubiera quedado horas hablando tonterías, pregunto yo, responde ella, cualquier cosa, así, para evitar que me puyaran. Porque estaba nervioso. Porque no quería que me pincharan. Porque no quería quedarme suspendido, como en la nada, indefenso, sin poder ni siquiera soñar, porque cuando uno está anestesiado ni siquiera tiene sueños. Es la propia nada, como dicen. El vacío.

»Cuando me desperté, sentí que estaba saliendo de un hueco, de un hueco opaco, feo, pegajoso. Como si estuviera en las tripas de una vaca. Cuando me desperté, o más bien cuando comencé a despertarme, porque todo era muy lento, desesperantemente lento, me costaba darme cuenta de lo que estaba pasando. Lo veía pero no podía entenderlo, pues. Y lo único que tenía era sed, mucha sed. Y ganas de estar en otro lado. Sin tanto cable, sin tanto tubito, sin suero, sin tanta vaina pegada al cuerpo. Me sentía encadenado pero no con cadenas sino con sondas, encadenado por las sondas, pues. Escuché una voz. No sé de quién. Pero estaba lejos. Una voz de otro mundo, que era este mundo porque yo estaba en el otro, yo estaba volviendo del otro mundo. Escuché una voz y esa voz me dijo: tienes que esperar. ¿Imagínate? ¿Me vas a decir eso a mí? ¿Sabes cuánto esperé para llegar a ser lo que soy? Pero así fue. O eso es lo que recuerdo, pues. Solo esas tres palabras. Las oí. Despacio. Tienes que esperar. Y así me quedé. Con sed y esperando, esperando mucho. Horas que parecían primero días y luego meses y después años y miles de años y hasta siglos. Todo por no haber escuchado al cuerpo a tiempo. Es lo que yo digo ahora. El cuerpo habla. Y habla mucho.

»Yo sentí que me estaban castigando. Tienes que esperar. De la peor manera. De la manera más cruel, más feroz. Lo que yo no sabía, en realidad no lo sabía nadie, era que eso apenas estaba comenzando. Que el dolor no era un dolor en sí mismo sino el síntoma de otro dolor peor, más profundo. Hay sombras que solo puede ver un bisturí. Eso lo supe después, cuando se sentaron seriamente a hablar conmigo, cuando yo ya creía que todo había pasado. Trajeron exámenes, diagnósticos, nombres raros, términos difíciles. Resulta que al abrir, algo más o menos así me

dijeron, encontramos otra cosa. Y yo por dentro pensé: ¡carajo! Porque es lo que uno siempre piensa. Porque uno siempre tiene ese temor adentro. Yo digo que desde que uno nace, eso está ahí. Como somos seres vivos, pues. Todo ser vivo sabe que tiene que morir. Así fue como apareció por primera vez la palabra cáncer. Cáncer, cancerígeno, carcinoma. Puras *ces* que se me atragantaron en la garganta. Como si fueran de hierro. ¿Y sabes qué? Yo me quedé sin chistes. Por primera vez, creo. Perdí la gracia. Me puse pálido. Porque los negros también nos ponemos pálidos, no vayas a creer. Y todos se quedaron callados. Porque ellos también estaban pálidos. Y me miraban distinto. De repente tuve un acto de conciencia. Como un rayo, pues. Como si me hubiera caído un rayo. Comencé a sentir que estaba dejando de ser hombre y estaba comenzando a ser enfermo. Son dos cosas diferentes. El hombre tiene futuro, o al menos tiene ilusión de futuro. Y yo recordé los ojos del anesthesiólogo. Y quise apretar la mano de mi hija. Y sentí de nuevo el vacío, la vida que también puede ser un vacío.

»No podía creer que eso me estuviera pasando a mí.

»La traición siempre aparece donde uno menos la espera».

Después de esos párrafos, no pudo seguir. Era imposible mantener ese tono durante todo el libro. Tarde o temprano, además, empezaría a hacer ruido, a sonar impostado, artificial. Tratar de inventar el relato íntimo de Chávez era tentador pero imposible. Necesitaba contar la historia de otra manera, desde otra voz. Pensó entonces en el ciudadano común, en el más común y pobre de todos: aquel que solo tiene la televisión como espacio donde buscar y encontrar la verdad. Comenzó entonces a registrar minuciosamente todas las imágenes y declaraciones que estaban en internet. YouTube como discurso de la historia. La actualidad renovada cada segundo.

Una de las grabaciones que más le gustaban estaba fechada el primero de agosto del año 2011: «*Is my new look*», dijo el Presidente. Y se rio. Y todos los ministros se rieron. Ese era su estilo, una parte importante de su carisma. Chávez sabía cuándo y cómo burlarse de sí mismo o de las circunstancias por las que estaba pasando. Lo hacía, incluso, de manera vulgar, sin demasiados pudores. Había incorporado el humor como una forma de relación con la gente, como una manera eficaz de sabotear las distantes ceremonias del poder. Ahí estaba, en su aparición pública tras la primera tanda de quimioterapia, sin cabello, totalmente pelón, y bromeando con una frase en inglés. Lecuna veía las imágenes en el computador y trataba de pescar alguna pista en el color de la piel, en lo abotargado de su cuerpo, en cada gesto o movimiento. No distinguía nada. El Presidente afirmaba que se sentía muy bien, que la enfermedad había sido atajada a tiempo. Y, ciertamente, se veía bien y lucía feliz. Lecuna pensó que Chávez nuevamente estaba logrando lo que tanto deseaba y casi siempre obtenía. Ser el centro absoluto de atención. Esa quizás era su verdadera ansia, su pasión más secreta y no necesariamente consciente. Quería ser el eje de todo. De la nación, de la historia, de la vida pública y privada de los ciudadanos. Y lo estaba consiguiendo. Desde el comienzo, se había convertido en el paciente de todos. Su enfermedad era un enigma que contagiaba a todo el país.

En muchas ocasiones intentó acorrallar al doctor Sanabria. Ya se había dado cuenta de que su vecino no quería hablar del tema. Pero el periodismo suele ser una forma de ordenar la neurosis. La

curiosidad siempre es obsesiva.

—Estás tratando de convertir una enfermedad en un misterio policial —le dijo Sanabria, alguna vez, cuando Lecuna apenas comenzaba a investigar.

—¿Acaso no lo es?

—Es un cáncer.

—Sí, claro. Pero eso no es suficiente. ¿Dónde está el cáncer? ¿En la pelvis? ¿No será, más bien, que está en el colon? ¿O en la vejiga? ¿O en el recto? ¿O en la médula, tal vez? ¿Podría ser un cáncer en los huesos?

Sanabria se mantuvo, como siempre, reservado. No contestó.

—¿Y en qué estadio está? ¿Qué grado tiene? ¿Uno, dos, tres..., tal vez cuatro? ¿Acaso ya está en proceso de metástasis?

—Todo eso es imposible saberlo —dijo.

—¿Los médicos tienen que saberlo! ¿Se acaba de ir a Cuba a que lo operen otra vez! ¿Otra vez? ¿Por qué? ¿Acaso eso es normal?

—Supongo que sus médicos allá deben saber lo que hacen.

—¿Y usted? —Hubo una pausa, un segundo. Sanabria sintió un cosquilleo en la mano—. Usted, con su experiencia. Con todo lo que ha visto en su vida. Usted que es oncólogo. No puede ser que no tenga una intuición, una sospecha.

Sanabria sonrió, como si se disculpara. Y siguió sin decir nada.

Después de ganar las elecciones, cuando Chávez anunció un nuevo viaje a Cuba y desnudó la posibilidad de un fracaso clínico frente a su enfermedad, Fredy Lecuna consultó con todos sus amigos periodistas y se puso a buscar desesperadamente un contacto con cualquiera de los miles de cubanos que estaban residenciados en el país. Comenzó a soñar con el milagro de las coincidencias. Creía que era probable que alguno de los profesionales de la salud cubanos, radicados temporalmente en Venezuela, podía tener algún tipo de vínculo con alguien que trabajara en el famoso CIMEQ, el hospital privilegiado de La Habana donde estaba siendo tratado Hugo Chávez. Lecuna pensaba que la casualidad también podía ser un método periodístico.

Un sábado en la tarde estaba tratando de concentrarse en la escritura cuando escuchó, desde el fondo del pasillo, la voz de su mujer regañando a su hijo. En menos de dos segundos, Tatiana ya estaba a su lado: tienes que hablar con tu hijo. Fredy detestaba ese modo de autoridad que a veces ella usaba, esa inflexión, ese énfasis posesivo al hablar de Rodrigo como si fuera solo su hijo.

—¿Me estás oyendo? —insistió Tatiana.

Y Fredy le dijo que sí pero que en ese justo momento se encontraba tratando de escribir. Era una provocación. Tatiana la aceptó y se molestó más todavía. Su esposa le explicó que acababa de descubrir que Rodrigo participaba en un chat en internet. Todos los niños lo hacen, algo así dijo

Fredy, sin mirarla. ¿Todos también utilizan pseudónimos?, preguntó Tatiana con una ironía que también era un reproche. Fredy la miró en silencio. Su mujer asintió, desdoblando una mueca en el aire.

—Se llama Vampiro, ¿qué tal?

El periodista no pudo atajar la carcajada. Le pareció divertido el apodo e inocua la alarma.

Rodrigo se acercó desde la habitación, agitando excusas, diciendo que todos en la escuela se ponen sobrenombres y participan en chats. Fue entonces cuando el sonido del timbre estalló de pronto entre los tres y se sumó a la discusión coral. Tatiana, sin dejar de hablar, fue hasta la puerta y abrió sin mirar. De inmediato, todas las palabras se congelaron en su boca. No pudo ni juntar los labios. Miró a su marido. Fredy solo atinó a cruzarse de brazos. Tampoco supo qué decir. Bajo el quicio de la puerta se encontraba una mujer de baja estatura pero con un cuerpo bien formado. Tenía amarrada una expresión severa sobre su rostro. Los miraba con una extraña distancia.

—Hola. Supongo que se acuerdan de mí —dijo. Irónica y seca.

Ninguno de los dos respondió. Reaccionaban como si jamás hubieran pensado que, en realidad, podría llegar ese momento.

La mujer se inclinó un poco hacia el niño.

—Y tú debes ser Rodrigo, ¿no?

Rodrigo susurró un sí. Apenado.

Era la primera vez en su vida que veía a Andreína Mijares.



María estaba a oscuras, bajo la sábana. Hacía media hora, su madre había apagado por fin el canal de noticias y se había acostado a dormir. Siempre lo hacía a las diez y media de la noche: la televisión también era su reloj. Antes de encerrarse en su cuarto, había pasado a darle las buenas noches a María, quien se encontraba arropada, fingiendo que ya estaba a punto de quedarse dormida. Le dio un beso en la frente, te quiero o estoy tan cansada, solían ser sus frases de despedida predilectas. A veces las decía las dos juntas. Después arrastró sus pies hasta el pasillo, hasta el baño. María, todavía acostada, escuchó el sonido de la orina cayendo en el agua, el estruendo del retrete, desfondándose, y al final el peculiar ruido que hacía su madre al cepillarse los dientes. Esperó unos segundos más y, cuando por fin percibió el leve toque de la puerta al cerrarse, se puso de pie velozmente y se instaló frente a la computadora. La luz azul del monitor iluminó la habitación. María buscó en el clóset el trapo que solía poner cada noche en la base de la puerta para tapar la angosta rendija que quedaba entre la madera y el suelo. No quería que, en medio de la noche, en una ida al baño, su madre pudiera sorprenderse con esa franja de iluminación que escapaba de su cuarto. No quería delatar sus actividades nocturnas. Si no hubiera sido por internet, en muy poco tiempo su nueva vida se hubiera convertido en un infierno.

María comenzó a acostumbrarse a estudiar sola, a vivir casi sola. Su madre diseñó un horario, un ritmo, una rutina con tareas y exámenes, con premios y castigos. Inventó una escuela dentro de la casa. El aula estaba en la habitación, el recreo se realizaba en la sala, bajo la cadencia permanente de las noticias del televisor. Entre tres y cinco de la tarde, María tenía permiso para ver alguna de las series animadas que pasaban en la pantalla. Pero solo en ese horario. A las cinco en punto el aparato volvía a sintonizarse irremediablemente en el canal de noticias, donde transmitían uno de los espacios favoritos de su madre, un programa crítico del gobierno, de denuncia y participación ciudadana, que destacaba todo el tiempo la alarmante situación del país. Mientras lo escuchaban juntas, María se sentaba al lado de su madre, en su recámara, a verla trabajar.

Una noche soñó que estaba en un campo largo y muy verde y que un hombre sin ojos la perseguía. Ella trataba de escapar corriendo por el campo pero el gamelote le impedía ir deprisa. El hombre era enorme y estaba desnudo. Aun sin poder mirarla, la seguía, cada vez más cerca, gritando. De pronto, el suelo cambiaba y ya no estaban en un campo, y ya no había nada verde. El piso estaba lleno de conchas, de cáscaras duras que sonaban y crujían. Le costaba más avanzar. Y el hombre sin ojos la seguía, casi podía sentir su respiración en el cabello. Todo terminaba cuando María tropezaba y caía al piso y descubría con terror que las conchas eran pupilas secas, que el suelo estaba lleno de ojos viejos, muertos. María se despertó llorando pero nunca le contó nada a su madre. Pensó que el sueño la asustaría aún más.

Su madre había ido progresivamente reduciendo la vida al espacio que compartían. La existencia era cada vez más una oferta inmobiliaria. Sala comedor, cocina americana, dos recámaras, un baño. Dejaron de ir los sábados al mercado, lo sustituyeron por un pequeño abasto que quedaba a dos esquinas del edificio. Poco a poco la vida exterior se fue empequeñeciendo. Su madre salía también cada vez menos. Que toda su familia viviera tan lejos, en San Cristóbal, era la excusa perfecta. Afuera no había nada que buscar. Afuera solo existía el peligro. Afuera: amenaza.

En algunas ocasiones las visitaba Cecilia, la mejor amiga de su madre, la madrina de María. Era una mujer dicharachera, muy expresiva. Siempre traía algún regalo. Le gustaba beber alcohol, solía llegar con seis latas de cerveza o una botella de vino. También fumaba. A veces se quedaba hasta tarde platicando con su madre. María pensaba que, si bajaban la voz, estaban hablando de hombres. Una vez las oyó hablar sobre ella; más que hablar, discutían. María escuchaba el cruce de palabras, el tono agrio del debate.

—¡Solo estoy tratando de protegerla! —decía su madre.

—Pero todo tiene un límite. No puedes criarla encerrada, alejada del mundo —decía su madrina.

—¿Y qué quieres? ¿Que salga y que la maten? —su madre.

—¡Tampoco exageres! —su madrina.

—¡Antier escuchamos tiros aquí mismo, en la calle!

—¡Está bien! ¡Pero eso no es a toda hora! ¡Además, esta es su ciudad, su país, el lugar donde le tocó vivir!

—¡Una mierda! ¡Una soberana mierda! —su madre, por supuesto.

María siempre se alegraba con las visitas de Cecilia. No olvidaba que fue ella quien realmente convenció a su madre de que era imprescindible contratar un servicio de internet. La madre de María se negaba, pensaba que el internet era otra fuente inagotable de riesgos. Había visto suficientes denuncias en el canal de noticias, incluso se hablaba de casos de bandas que usaban la red para ubicar a personas y luego robarles o secuestrarlas. También una vez vio o escuchó un reportaje sobre la relación del ciberespacio con la pornografía y el abuso infantil. Pero ante la insistencia de la niña y el empeño de la madrina, tuvo que ceder. Después Cecilia le dijo a María que las dos tenían que hablar seriamente. El adverbio implicó encerrarse con la niña en su cuarto, sentarse seriamente a su lado en la cama, tomarle seriamente la mano y, también seriamente, decirle:

—No vayas a cagarla.

Y siguió mirándola, seriamente, por supuesto. María abrió los ojos como si alguien jalara sus pupilas desde adentro.

—Te hablo así porque tú ya vas a cumplir diez años, eres una niña grande —rectificó su madrina—. Pero ya ves lo que nos costó convencer a tu mamá de todo esto. Por eso te digo, mucho cuidado con lo que haces.

María seguía sin comprender.

—Cuidado con las cochinas en internet —soltó su madrina, casi en un respingo, o en un bufido más bien. Siempre sería.

Y le explicó que la ciberautopista estaba llena de pervertidos, viejos babosos en calzoncillos y sin afeitarse que se escondían detrás del anonimato y podían hacerle cosas horribles a las niñas

inocentes. Era una versión un poco más adulta del catecismo que siempre le había repetido su madre. Los demás son un daño. Cuidado.

Aún con esas palabras zumbando detrás de sus orejas, María escribió Mariposa y entró en un *site* que promovía el contacto y la amistad por internet. El nombre vino solo. Fue el primero que se le ocurrió. Le gustaban las mariposas. Le parecían sobre todo elegantes.

El primer chasco se lo llevó con Lobo-DXZ, quien, en la tercera plática, le preguntó si tenía cámara de video y tetas grandes. PoindesterVII le mandó una foto donde se veía un pene enorme y muy blanco. María reaccionó apagando la computadora de un manotazo y atajando un grito, casi se quedó sin respiración. Se hundió en su cama, abrazando la cobija, muy nerviosa. Pasaron varias noches antes de que quisiera asomarse nuevamente al pozo de la computadora. No volvió nunca más a entrar a ese *site* pero luego encontró otro espacio y ahí conoció a Vampiro. Las dos palabras con las que identificaba su avatar le encantaron: soy solo. Cuando María finalmente se atrevió a mandar un mensaje, también escribió solo dos palabras sobre el blanco brillante del computador: soy sola. A partir de ahí comenzaron a chatear. Vampiro escribió: mis papás son una ladilla. Y Mariposa escribió: no conoces a mi mamá. Al principio fueron poniendo frases cortas pero, poco a poco, empezaron con un intercambio más fluido. Pasaron al chat del correo electrónico y a las conversaciones casi diarias, o más bien casi nocturnas. Unas semanas más tarde, Vampiro escribió: ¿quieres ser mi novia? Y escribió Mariposa: nunca me has visto. No sabes cómo soy. Y vampiro: sí sé. Y Mariposa: no sabes si soy fea o soy bonita. Y Vampiro: eres bonita. María se sonrojó y se sonrió. Pero no supo qué contestar. Sintió veinte dedos en cada mano. Casi temblando, como pudo, escribió buenas noches. Y se fue. A la mañana siguiente María le mandó un correo: está bien. Seamos novios. Pero sin fotos. Unas horas más tarde volvieron a escribirse. Conversaron igual que siempre pero todo era distinto. Ya estaban empatados.

María estuvo esperando un rato hasta que se cansó. Vampiro esa noche no acudió a la cita en la pantalla del computador. Tampoco ella se preocupó demasiado. No era la primera vez que ocurría. A veces fallaba la energía eléctrica, a veces fallaba la conexión a internet. La tos de su madre crujió en la oscuridad. María apagó la computadora y caminó descalza hacia la puerta, retiró el trapo, abrió, avanzó por el pasillo. La respiración de su madre iba y venía, deslizándose sobre el aire de manera irregular, como un rumor cansado, como si pesara más que su propio cuerpo. Era una sombra de sus sonidos, extendiéndose lentamente por todo el apartamento. Volvió a toser. María la imaginó dando vueltas en su cama, tratando de buscar una posición más cómoda. Oyó otro ruido que no pudo identificar. Una queja leve de los pulmones. Un silbido frágil, hundiéndose en la penumbra. María sintió miedo. Y también tristeza. Una rara tristeza.

Al día siguiente, cuando salió de su habitación rumbo al recreo de la sala, se encontró con su madre, de pie junto al sofá, vestida de calle. Traía puesta una ropa distinta, una ropa que jamás usaba cuando estaban en el apartamento. María sintió que en la sala había más luz. Su madre apagó el televisor y la miró con una expresión resignada.

—Vístete. Tenemos que salir.

María casi dio tumbos dentro del clóset. Entre los nervios y la emoción, no podía calzarse la

camisa morada y el pantalón azul. Sentía que estaba desbordada, que tenía movimientos y más velocidad que manos y pies. Cuando salió a la sala, su madre no pudo evitar una sonrisa.

—Tienes que peinarte —le dijo.

—Ya me peino —dijo María, desapareciendo en el baño con gran rapidez.

En el camino se enteró de que su madre la estaba llevando al dentista.

—Lamentablemente, no todo lo podemos hacer en la casa —le aclaró cuando las dos se montaron en el metro.

Su madre había calculado que ya era hora de que María acudiera a una cita rutinaria con su odontólogo. No la quiso avisar antes del plan de salida para evitar emociones y ansiedades innecesarias. Sin embargo, María estaba inquieta y resplandeciente. Le pidió que, de ser posible, de regreso, pasaran cerca de su colegio, por una pequeña frutería de helados artesanales que a ella le encantaban. Quería uno de guanábana.

—Si salimos temprano, vamos —prometió su madre, pasándole el brazo sobre los hombros.

María sintió ese contacto, en mitad del vagón. Se vio sentada junto a su madre, en una tarde cualquiera, y se sintió bien, muy bien. Esa vida se parecía más a ella.

Salieron del dentista un poco después de las cinco. Su madre avanzaba a grandes zancadas, cruzando las calles para acortar camino en dirección a la estación del metro. Apretaba la mano de María en su mano, obligándola a dar pequeños y urgidos brincos, tratando de seguir sus pasos. La niña preguntó si irían a comprar el helado. La madre dijo no lo sé. Es tarde. Y la niña dijo que también quería ver su antiguo colegio. Que lo extrañaba. Y la madre dijo que muy pronto iba a oscurecer. Eso la angustiaba.

María sintió que caminaban más deprisa que el resto de la gente. Iban a otra velocidad. Volvió a preguntar por la heladería. Su madre de pronto se detuvo, la miró. Se asomó también a su reloj. Luego se agachó un poco hasta que sus ojos estuvieron casi a la misma altura. Sus ojos estaban brillantes.

—Hoy no podemos, mi vida. Pero te juro que esta misma semana vamos.

María asintió y su madre volvió a erguirse y retomó el paso, llevándola de la mano.

Cuando llegaron a una esquina ya muy cerca de la avenida Urdaneta, apareció de la nada una moto. O eso sintieron las dos. Que en medio del mareo del tráfico, de repente surgió una moto. Como si fuera un animal instantáneo, de pronto tomó forma delante de ellas. Dos muchachos iban sobre la moto. Todo aconteció en muy pocos segundos. El muchacho que iba atrás tomó la bolsa de la madre de María y la jaló. Su madre se resistió, de manera instintiva, sin pensarlo. El muchacho le lanzó un puñetazo en pleno rostro. María gritó. La madre permaneció atada al bolso. María volvió a gritar. El muchacho que estaba conduciendo la moto sacó entonces una pistola y las encañonó.

—¿Tú eres o parece pendeja? —preguntó—. ¿Qué te pasa?

El arma crujió.

—Vieja puta —dijo el muchacho que todavía intentaba jalar el bolso.

María ya no tuvo palabras ni gritos. Sintió que los ojos le dolían. Luego, sonaron dos disparos.

Beatriz siempre había dicho que solo existía una manera de solucionar los problemas del país. Llevaba la punta de su dedo índice hasta el centro de su frente y sentenciaba: una bala. Solo una bala aquí. Pensaba que el gran error de la historia reciente había sido no matar a Chávez a tiempo. Cuando dio el golpe en 1992 o cuando le dieron el golpe en el año 2002. Esos errores se pagan, solía decir, golpeando suavemente el extremo de su dedo contra su frente. Sanabria detestaba escuchar a su esposa hablando de esa manera. Pensaba que la enfermedad del Presidente había sacado a flote lo peor de Beatriz.

Una tarde, al comienzo de todo, intentó conversarlo con ella pero fue imposible. Estaban leyendo juntos el periódico. Era el sábado 23 de julio del año 2011 y Chávez había ofrecido desde Cuba un primer reporte del avance de su tratamiento. «Debo informar que he culminado con el primer ciclo de quimioterapia al que he sido sometido en estos últimos días. Ese ciclo terminó de manera exitosa. Es como un bombardeo, yo lo llamo la bomba atómica contra el mal». La nota venía acompañada de una foto donde aparecía el dirigente ataviado con una camisa roja y rodeado de diversos funcionarios. Beatriz, de inmediato, torció los labios y comentó que todo era muy raro. Y luego habló sobre una supuesta versión clínica que sostenía que todo el secreto oficial se debía a que el tumor cancerígeno se encontraba en el culo del mandatario. ¿En verdad ahí salen tumores? ¿Y eso por qué?, preguntó con un tono sardónico que terminó exasperando a su marido. Discutieron, alzaron la voz, se gritaron y Beatriz acabó acusándolo de blandengue. No tolero tu ambigüedad, sentenció antes de cerrar bruscamente la puerta y encerrarse en el baño.

Desde aquel día, Sanabria sintió que su relación con su mujer se había desinflado. No tenía otra expresión, no sabía cómo describirlo. Solo la imagen de la pérdida de aire le parecía más o menos adecuada. Entre Beatriz y él había menos oxígeno. Desde ese momento, también, trató de evitar que ella y su sobrino se encontraran. Cuando, ya en los días finales del 2012, Vladimir volvió a llamarlo, Sanabria no dudó en citarlo fuera de la casa. Se encontraron en un café en el bulevar Sabana Grande. La situación con respecto a Chávez seguía igual, quizás peor. Desde su operación, un terco silencio envolvía al país. Vladimir le preguntó por la caja y Sanabria le aseguró que estaba a buen resguardo, la había escondido en una gaveta de su biblioteca.

—¿Todo está bien? —inquirió Sanabria, sondeándolo.

—Quería decirte algo, tío. Si algo llegara a pasar...

Los puntos suspensivos se mantuvieron rodando sobre la mesa.

—¿Cómo es eso? ¿Qué puede pasar?

—No lo sé. Todo está raro.

—¿A qué te refieres? ¿Es algo que tiene que ver contigo? ¿O estás hablando del país?

—Tranquilo, tío.

—¿Cómo quieres que me tranquilice si me dices eso?

Vladimir dirigió sus pupilas hacia la calle y se quedó unos segundos en silencio.

—Aquí puede pasar cualquier cosa —dijo sin mirarlo. Hizo una pausa. Volteó su rostro hacia Sanabria.

Sanabria tuvo un presentimiento. Faltaban apenas dos días para que terminara el año.

—¿Se murió? —preguntó, sintiendo que sus pulmones de pronto se llenaban de óxido.

Vladimir no contestó. Dejó que la pausa se estirara y luego le dijo que el verdadero motivo de la cita era contarle que se encontraba en el país una periodista gringa, una muchacha que se había ganado su confianza.

—Si algo pasa, lo que sea, ella ya lo sabe todo, sabe lo que tú tienes escondido en tu casa.

Sanabria asintió. Pero continuó perplejo, sin saber cómo manejar el suspenso.

—Le di tus señas. Te buscaré. Cualquier cosa que pase, dale la caja. Ella ya sabe qué hacer.

Madeleine Butler había llegado a Venezuela a principios de ese mismo año. Viajó en un vuelo directo desde Dallas, adonde había llegado un día antes procedente de San Francisco, adonde había llegado un día antes desde Sacramento para despedirse de su novio Erik Bandbridge. La noche en San Francisco había sido larga y dolorosa. Madeleine llegó a la ciudad en un auto rentado. Después de decirle adiós a sus compañeros de la redacción, alquiló un automóvil, un modelo estándar para que cupieran cómodamente sus dos grandes maletas en la cajuela, y condujo bajo la lluvia desde Sacramento hasta San Francisco. Estaba emocionada y llena de expectativas. Llevaba meses planeando el viaje, había logrado que el periódico le diera un permiso no remunerado, tenía establecidos ya los contactos previos, había investigado y leído todo lo posible sobre Hugo Chávez y pretendía realizar el más completo perfil del personaje. Su plan era quedarse en Venezuela hasta octubre, para las próximas elecciones, y quizás unos meses después. Erik la había apoyado en todo, incluso habían planeado que tomara sus vacaciones en agosto y viajara a pasar con ella tres semanas en Caracas. En la noche, después de cenar en Skyro's, una taberna griega que era el local favorito de Erik, fueron a la casa, hicieron el amor con una suave dulzura, lentamente, tocándose ambos muy despacio, hasta quedar exhaustos y en silencio. Ella apoyó la cabeza sobre su tórax y acarició el cabello que nacía en su pecho.

—¿Me vas a extrañar? —preguntó en voz baja y con un mohín casi infantil.

Y entonces sonó el teléfono.

Madeleine sintió un golpe de frío debajo de la piel de Erik. Erik trató de disimular. Eran las once y media. ¿Quién podría llamar a esa hora?

—Deja que repique —dijo Erik. Y la besó.

Antes de que se activara la contestadora, el teléfono se calló. Pero el eco del timbre siguió ondulando entre ellos de manera incómoda. Y, casi de inmediato, comenzó a sonar el celular de Erik.

—Yo creo que sí es para ti —dijo ella.

—Es obvio que alguien te está llamando —dijo ella.

—¿No será algo importante? —preguntó ella.

Los dos pensaron en la madre de Erik, una señora gorda, de salud endeble, que vivía en Portland. Pero Erik comentó que había hablado con ella en la tarde. Todo está bien. Y el celular también quedó rápidamente en silencio. Erik giró el cuerpo y quedó frente a Madeleine. Posó su mano sobre sus caderas. Pensó que era tan blanca. Le sonrió y le preguntó si por fin había logrado comunicarse con el profesor Lindholm. Madeleine no alcanzó a contestar porque antes sonó de nuevo el teléfono de la casa.

—Si no contestas tú, contesto yo —dijo con un poco de mal humor. O de angustia.

Los dos se miraron un instante mientras el sonido volvió a repetirse. Ella tuvo un mal presentimiento. No le gustó lo que vio en sus ojos. Vio un temor ligero, escurridizo. Erik finalmente se incorporó y tomó el auricular que estaba en la mesa de noche. Dijo *hello* y se puso de pie, de inmediato, y comenzó a hablar más bajo y se fue dando pasos apurados hacia la sala, y en la sala todavía siguió dando pasos en redondo, mientras regañaba a alguien en voz baja, pero claramente era un regaño, un grito susurrado, un reclamo nervioso. Madeleine llegó a oír la voz de una mujer del otro lado de la línea. Y le pareció que lloraba. Fue una voz femenina, acuosa, alejándose. Como una canción que suena en un carro que cruza y se va. Madeleine se levantó de la cama y se dirigió al baño. Al cruzar por el pasillo observó a Erik desnudo en medio de la sala, con el teléfono en la mano, gesticulando. Erik también la vio. Pero solo fue un segundo. Ella entró rápidamente y cerró la puerta. Se sentó en el inodoro, apoyó los codos en sus piernas y se tapó la cara. Sintió que le faltaba el aire.

Se habían conocido a finales del 2009 en la playa de Santa Bárbara. Eran las nueve de la mañana y Madeleine estaba sentada en la arena, leyendo un libro. Había ido a pasar el fin de semana con dos amigas. Una de ellas se había emborrachado la noche anterior y había terminado en una orgía de la que recordaba muy poco. No saldría de la habitación del hotel hasta después de las tres de la tarde. La otra amiga estaba haciendo ejercicio, corriendo a lo largo de la costa. Erik llegó con una toalla y un libro y ocupó un lugar cerca de ella. Había gaviotas graznando sobre el cielo, muy cerca del agua. Un perro sin dueño jugaba a ladrarle a las olas. Comenzaron hablando de los libros. Erik estaba leyendo un libro sobre los orígenes de la crisis de Wall Street, Madeleine estaba leyendo una biografía de Hugo Chávez. A ella no le interesaba para nada el mercado bursátil y su festival de estafas. Él creía que Chávez era el presidente de Colombia. Así comenzaron a conversar. En realidad, fue Madeleine la que más habló. Su padre, durante muchos años, había sido representante en Suramérica de una empresa holandesa de turbinas eléctricas. Por esa razón, de niña, Madeleine había vivido un año en Bolivia, dos años en Perú y dos años más en Venezuela. Lo que más recordaba era Venezuela. Ya estaba un poco más grande y la memoria todavía le devolvía imágenes sueltas, palabras como parchita que estallaban en su boca con una sonoridad increíble. Su español era precario pero funcional. Ahí estaba la génesis de su interés profesional en el tema. Ocuparse de Chávez y de Venezuela era, también, una forma de indagar en su propia historia, de viajar hacia ella misma. Ya tenía veintiocho años y jamás había vuelto a Caracas. En ese tiempo, un



regreso a Suramérica ya era una ilusión, un sueño lejano pero persistente.

—Cuéntame —dijo Erik, mientras amasaba una fugaz pelota de arena en su mano—, ese tal Chávez: ¿es bueno o es malo?

Madeleine no supo cómo responder. El personaje le parecía desconcertante. Quizás por eso le interesaba, le llamaba tan poderosamente la atención. Su primer acercamiento fue en la universidad, cuando en su trabajo de grado se propuso realizar un grupo de perfiles periodísticos de los nuevos líderes latinoamericanos. La idea era toda una rareza dentro del campus. Pero Madeleine siempre había sido extraña, distinta. Así comenzó a engancharse con Hugo Chávez. Fue el líder que más estudió y al que más esfuerzo y texto le dedicó. Con el paso del tiempo, con las lecturas y las investigaciones, aquello que en ese primer trabajo le pareció pintoresco y divertido terminó convirtiéndose en el centro de su exploración. Cada vez se interesó más en las maneras en que Chávez establecía una relación con los demás, tanto en el trato personal, según aseguraban muchos testimonios, como en el trato colectivo, como garantizaba el fervor de las masas en sus actos públicos y manifestaciones. En cualquier espacio, Chávez parecía ser fundamentalmente una emoción. Cuando le tocó pedirle al jefe de redacción del periódico un permiso de doce meses no remunerado para viajar a Venezuela, ya tenía mucho más claro al personaje, o al menos eso creía.

—Quiero terminar una investigación en la que llevo trabajando varios años —le dijo a Phil Anderson—. Es sobre Chávez. Es un perfil personal. Quiero tratar de entrevistarlo. Tiene cáncer.

Anderson la miró boquiabierto. Alzó las gafas y las calzó sobre su calva, parpadeó unos segundos, como si su miopía estuviera tratando de encontrar alguna nitidez. ¿Por qué una reportera de un periódico de Sacramento, casi a punto de dar el salto del papel a la web, podía tener una inquietud de ese tipo?

Madeleine trató de explicarse. Le dijo que le interesaba Chávez como personaje carismático, que era un hombre que había creado una nueva identidad en su país, una nueva representación de lo popular y del poder encarnada en él mismo. Anderson le dijo que no entendía un carajo. Y le pidió que, más bien, le narrara algo, que le ofreciera un relato.

—Los periodistas no repiten noticias. Los periodistas cuentan historias —sentenció.

Madeleine le contó lo siguiente: cuando Hugo Chávez era un niño, a su pueblo natal, un pequeño lugar aislado, en medio de la pobreza campesina, llegó un día un obispo. Era una visita especial, todo un acontecimiento. Y en el caserío, quién sabe por qué, entre los actos de recepción, se decidió que un niño le diera la bienvenida al monseñor. Esa fue la primera vez que Chávez tuvo un micrófono en las manos. Un micrófono pequeño y errático, conectado a un equipo portátil y débil. Pero un micrófono. Lo tuvo antes que una bicicleta. O antes, tal vez, que un par de zapatos con suela y cordones.

—¿Eso es todo? —Anderson siguió mirándola, cada vez más sorprendido y perplejo.

—Eso es el comienzo.

Cuando salió del baño, Erik estaba esperándola, desnudo, sentado en el borde de la cama. Dijo algo

vago sobre una compañera de trabajo, una mexicana que se llamaba Cinthya, que había cruzado la frontera hacía años, huyendo de su destino que era el desierto o el sometimiento familiar, o la prostitución, o el narcotráfico, o todas esas cosas juntas y más, mucho más, desierto, arena cruda bajo el sol, tierra seca con más huesos que nopales. Erik habló como si ya antes hubieran hablado de ella, como si se tratara de una amiga de ambos, con una naturalidad doméstica. Pero ya el daño estaba hecho. Al menos eso creía Madeleine. Pensaba que había algo más, que era obvio. Y se preguntaba si tenía algún sentido discutirlo, hacer una escena, pelearse por eso. Él lo negaría todo. Ella le pediría que tuviera, al menos, el valor de reconocerlo. Es evidente, repetiría. Y también repetiría la secuencia, evocaría el sonido de los teléfonos, la conversación, la manera en que él se había levantado, había atendido por fin la llamada y se había fugado hacia la sala y había comenzado a susurrar nerviosamente. Él diría que no. Ella diría que sí. Quedarían suspendidos toda la noche en esa discusión. ¿Valía la pena? Miró sus dos maletas apiladas en una esquina de la recámara. Vio su ropa interior desordenada sobre la cama. Erik le acarició el cabello, le dio un beso en la frente, le preguntó si tenía sueño. Debían salir muy temprano al aeropuerto. Madeleine asintió y se hundió entre las sábanas.

Le tocó el asiento 16D. Voló hasta Dallas y ahí, cuatro horas después, abordó el avión que la llevó directamente a Caracas. Había pensado aprovechar la espera para, entre otras cosas, llamar por teléfono a Charles Lindholm. Era el autor de un libro que había sido una gran revelación. Se trataba, probablemente, del mejor estudio sobre el carisma que había encontrado. Era una sistematización seria y rigurosa del «fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales». Al leerlo por primera vez, su entusiasmo fue tal que, tras buscar sus señas en la página de la Universidad de Stanford, Madeleine había terminado escribiéndole un correo al autor, celebrando su libro y contándole brevemente su proyecto. Unos días más tarde, en tono amable y correcto, el profesor Lindholm le había contestado. Cruzaron algunos comentarios sobre la figura del Presidente latinoamericano. Lindholm le contó que, junto a otro académico, estaba investigando el caso. Quedaron en hablar por teléfono cuando ella se dispusiera a realizar su viaje. Madeleine había dejado esa llamada para última hora. Pensaba hacerla desde el aeropuerto, en esas horas muertas en Dallas. Pero ya no pudo. Sentía que tenía un pájaro muerto dentro del pecho. Un animal lleno de plumas secas atorado en el interior de su cuerpo. No lograba dejar de pensar en Erik, en lo ocurrido la noche anterior, en la voz lejana de aquella mujer, en su novio murmurando, en su novio farfullando una rara historia del desierto mexicano. Todo tenía una horrible sensación de final y, sin embargo, ella no había sido capaz de acatarlo, de pronunciarlo. Había preferido escurrirse por debajo del conflicto, seguir de largo, como si nada. Te amo, le había dicho Erik esa misma mañana, antes de darle un beso en la boca. Nos vemos en agosto.

Pasó las cuatro horas en el aeropuerto de Dallas sentada frente al libro de Charles Lindholm. Tomó dos limonadas y volvió a maravillarse ante la escritura, ese orden siempre nuevo que le permitía darles forma a sus propios presentimientos, encontrar estructuras para sus impulsos, sonidos para lo que antes eran solo intuiciones mudas. Toda esa marea de conjeturas que había coleccionado durante su investigación aparecía de pronto, sobre las páginas del libro, organizada casi perfectamente, con una nitidez deslumbrante. Lindholm entendía el carisma como una relación

y, partiendo de las primeras reflexiones sobre el tema hechas por Max Weber, proponía que solo era posible comprender lo carismático desde el éxtasis devoto de las masas, desde el hechizo de los reverentes. Ante eso, el protagonista de la fascinación debía constantemente adaptarse y transformarse ante cualquier auditorio y cualquier circunstancia. Lo había subrayado y había marcado la página: «El líder carismático debe buscar espectadores en su afán de combatir su vacío interior, debe inflamarlos con su fervor, y arrastrarlos a su mundo imaginario de poder absoluto». Página noventa y cuatro.

Leer es buscar. Leer es buscarse. Siempre.

Madeleine, en el fondo, también quería comprender su propio encantamiento. Lo que para los especialistas estaba asociado a un trastorno narcisista, a una suerte de personalidad *borderline*, donde la capacidad camaleónica y el talento empático podían convertir una enfermedad en un resplandor, era para ella un foco de atracción inmenso, efervescente. ¿Por qué la había seducido tanto esa figura? ¿Por qué podía parecerle irresistible un lejano mandatario suramericano? Mientras sorbía su segundo vaso de té frío recordó la anécdota que le había contado una productora de televisión venezolana con la que había mantenido, hacía ya año y medio, un par de conversaciones a través de internet. En la campaña electoral de 1998, el entonces candidato Chávez fue a una entrevista en un programa. Un poco antes de entrar al aire, le recordó al conductor del programa lo ocurrido años atrás, cuando el entrevistador animaba el Miss Venezuela, el concurso de belleza más importante del país: una ceremonia de la identidad. La escena transcurrió en Maracaibo, justo después del instante de la decisión del jurado. De pronto, desde el cielo, descendieron tres paracaidistas de la Fuerza Armada, trayendo en sus manos un presente para la nueva reina del país. Según confesó en ese momento el propio Chávez, él fue uno de esos paracaidistas.

Madeleine se rio.

Y volvió a sonreír también cuando recordó de nuevo el cuento, con un vaso de té frío y a pocas horas de aterrizar por primera vez en Venezuela. Cada vez que recordaba ese relato quedaba maravillada. Sobre todo porque su memoria no podía dejar de rememorar, también, la cantidad de veces que, en contextos y coyunturas diferentes, el propio Chávez se refería a esos años evocando un retrato personal totalmente distinto: como soldado rebelde, trabajando clandestinamente por la revolución dentro del ejército, camuflando su espíritu combativo, escuchando por las noches los discursos de Fidel Castro desde Cuba. ¿Cómo podían convivir estas dos experiencias? ¿Cómo se podía ser, al mismo tiempo, frívolo y heroico? Uno de los dos relatos debía ser mentira. ¿O acaso era posible que ambos fueran auténticos? ¿Quién había sido y quién era realmente Hugo Chávez?

Tardó una semana en rentar una habitación. Era la mejor solución, según le aseguraron, si pensaba pasarse una larga temporada en el país. Había entrado con visa de turista y todavía no sabía muy bien cómo iba a resolver el tema de los papeles. Pero sí estaba claro que no podría quedarse varios meses viviendo en un hotel, mucho menos en Chacao, una de las zonas más tranquilas y seguras de la ciudad, pero también más costosas. Gracias a una corresponsal extranjera conoció a una periodista cuya madre estaba alquilando una recámara. Era un edificio tranquilo, bien ubicado. El cuarto era amplio y le daba derecho a usar la nevera, la lavadora y la secadora. Madeleine se

mudó un martes. Era el 24 de enero del año 2012 y Chávez hablaba en una cadena nacional. Ella descargó sus dos maletas, ordenó su ropa, se sentía feliz. La sensación de tener un espacio propio, con una ventana hacia la montaña, le regaló una dosis extra de optimismo. Lo primero que hizo fue conectarse a internet. Quería darles la noticia a sus padres y escribirle a Erik, enviándole además unas fotos de la habitación. Ya le había avisado a la dueña del apartamento que en agosto vendría su novio a visitarla. La cama era matrimonial. La llegada a Caracas y el paso de los días habían ido sepultando lentamente la llamada telefónica de aquella noche en San Francisco. Madeleine también prefería que fuera así. Mientras se conectaba, veía al Presidente en la pantalla del pequeño televisor que tenía en su habitación. Estaba gordo. Todo el proceso de la enfermedad y de su tratamiento había afectado su imagen. Lucía algo lento, quizás. Pero seguía siendo él mismo, hablaba de la misma manera. El cáncer no parecía afectarle el orgullo, la fascinación consigo mismo. Por el contrario, cada vez lucía más convencido de su propia grandeza.

«Amar a Chávez es amar a la patria», dijo Chávez.

Madeleine escribió la frase rápidamente.

Luego abrió su buzón de correo y le alegró ver que tenía una correspondencia de Erik.

«Querida Madeleine: hay algo que no supe cómo decirte la última noche que estuvimos juntos».

—Oye, chico, ¿tú eres Fredy Lecuna?

La voz tenía un intraficable acento cubano. El periodista llevaba media hora esperando en una esquina de la avenida Nueva Granada.

No había sido nada fácil llegar hasta ahí, hasta ese instante de esa tarde. La presencia cubana en Venezuela era un tema delicado y, como todo, contaba con una muy escasa transparencia por parte del gobierno. No había registro oficial, no había ninguna información pública sobre cuántos eran y qué hacían específicamente en el país. Se sabía de las misiones médicas, deportivas y culturales, pero nada más. En un acto de sorprendente sumisión, el gobierno había cedido a funcionarios cubanos el manejo del sistema nacional de identificación, así como la administración y el control de los registros mercantiles y de las notarías públicas. Se decía, sin embargo, y había incluso denuncias presentadas ante los tribunales, que en casi todos los ministerios, incluyendo la Fuerza Armada, se contaba también con la presencia de asesores cubanos. Era desopilante y, al mismo tiempo, trágico. Era inexplicable.

Fredy Lecuna invirtió mucho tiempo y esfuerzos persiguiendo su intuición, el palpito de que podía encontrar algún cubano que pudiera enlazarlo, de manera secreta, con un contacto clínico en la isla. El empeño resultó muy complicado. Sobre todo porque los cubanos parecían tener ya un miedo instalado en su genética. Un periodista amigo, que había realizado ya un reportaje sobre el tema, lo puso en contacto con un exenfermero de Holguín que, hacía año y medio, había logrado escapar en un vuelo comercial desde Maracaibo hasta Miami. Lecuna lo llamó por teléfono. El hombre puso algunas condiciones pero finalmente accedió a conversar, siempre a través de la computadora, cambiando de cuenta en cada ocasión, sin ningún tipo de cámara. A Lecuna le sorprendió la eficacia del miedo. Aun después de todo lo ocurrido, aun teniendo ya papeles norteamericanos y residencia en algún punto de la costa noreste de La Florida, el hombre todavía sentía terror. Temía ser escuchado, ubicado, alcanzado por la mano invisible del Estado.

Con Aylín Hernández también tuvo que transitar una ruta engorrosa, pasar varias pruebas, demostrar que no la pondría en peligro. El contacto se lo dio una antigua compañera de la escuela de periodismo que trabajaba para uno de los medios controlados por el gobierno. En ese momento era más radical que cuando eran estudiantes. Fredy le hizo creer que trabajaba en un reportaje para una revista inglesa y que quería dar una visión equilibrada de lo que ocurría en el país. Así consiguió un nombre y un número telefónico. Del otro lado de la línea se encontró la voz de una mujer con todas las alarmas encendidas, simpática pero siempre alerta. Fredy ya sabía que no iba a ser sencillo, que requeriría mucho tacto y paciencia. Ya lo había experimentado: ciertamente a los cubanos en Venezuela los tenían encerrados y muy vigilados. Debían seguir una serie de reglas de comportamiento específicas y rigurosas. Solo podían establecer relaciones de trabajo con los locales, cualquier otro tipo de trato extralaboral era considerado una «relación desmedida con nacionales» y podía implicar algún tipo de sanción. Además, existía una legislación particular que le permitía al gobierno de la isla, a su policía y a sus cuerpos de seguridad, actuar en Venezuela como si estuvieran en territorio cubano. El miedo se reproducía de manera desordenada. Como una metástasis.

Fredy tuvo que demostrar durante semanas que él no representaba ningún peligro, que no iba a meterla en problemas. Nunca ocultó que era un periodista pero le dijo que estaba escribiendo un reportaje sobre el aporte de los cubanos a Venezuela. Tampoco intentó de entrada sacarle alguna información, mostrarse como un interrogador ansioso en busca de primicias. Después de varias llamadas, se fue ganando poco a poco su confianza, hasta que la mujer por fin aceptó una invitación a comer. Tatiana hubiera preferido que se tratara de un hombre, de un varón, médico o paramédico, y no de una mujer, seguramente joven, que quién sabe qué intenciones tendría. No le gustaba para nada esa probable relación con la cubana.

—No seas prejuiciada, Tatiana.

—Soy mujer. Conozco mi género —respondió ella.

En realidad, Fredy Lecuna tampoco sabía mucho sobre Aylín. Sabía que había nacido en Camagüey y que era una compañera cooperante que estaba trabajando como informática en las misiones de salud que desarrollaban los cubanos en Venezuela. Nada más. Claro que, a las dos de la tarde y bajo el sol vertical y baboso, podía imaginar algunas cosas más. Probablemente, esperaba a una mulata de treinta y dos años, con senos firmes y un vaivén mortal en las caderas. Fue entonces cuando escuchó a sus espaldas:

—Oye, chico, ¿tú eres Fredy Lecuna?

Giró y se sorprendió al encontrarse frente a una cuarentona, blanca y algo gordita, con lentes de pasta y el cabello planchado cayendo hacia el lado derecho de su frente.

La invitó a comer en un restaurante de comida china, situado en una de las calles de la urbanización Los Chaguaramos. Se sentaron en una mesa del fondo y estuvieron hablando de lo más tranquilos, sin ponerle rumbo a las palabras. Fredy no sabía muy bien hasta dónde en realidad podría llevarlo ese encuentro, pero era lo único original y distinto que tenía. Atesoraba la secreta esperanza de que una pediatra, graduada en la Universidad de La Habana, pudiera empujarlo, aunque fuera de retuque, hacia algún puente directo, hacia cualquier contacto que trabajara en el CIMEQ, en esa exclusiva caja fuerte donde estaban guardados todos los secretos sobre la enfermedad de Hugo Chávez.

Aylín tenía treinta y ocho años, una madre y dos hijas. Todas vivían en la isla. El plan de venirse a trabajar a Venezuela había sido una decisión absolutamente comercial. Mientras ella estuviera en el país, el gobierno le daba a su familia un equivalente a cincuenta dólares cada mes. Aparte, en Caracas, las autoridades nacionales se encargaban de su alojamiento y ella recibía un estipendio que rondaba los doscientos dólares mensuales al cambio oficial. En el mercado negro, esa plata se hacía agua. Según el convenio firmado entre los dos países, el gobierno venezolano pagaba al gobierno cubano un total de tres mil dólares mensuales por cada trabajador de la isla que estuviera destacado en el país.

—Te dan el diez por ciento de tu sueldo y ellos se quedan con todo lo demás —murmuró Fredy—. Con esa diferencia, Marx hubiera escrito otro manifiesto.

Aylín torció la boca.

Fredy pensaba que era una grosera versión moderna de la esclavitud. Aylín pensaba que era una oportunidad de progresar. Una gran oportunidad. No le importaba nada más. Todo lo que hacía estaba en función de apoyar a sus dos hijas, una muchacha de diecisiete y otra de quince. Trabajar en Venezuela, a pesar de todas las condiciones adversas, le permitía conseguir cosas que en la isla eran impensables.

—Ahora en diciembre, por ejemplo, quiero llevar de regalo un celular para cada una —le dijo, mientras le mostraba una foto de las dos muchachas.

Pero, como cubana, Aylín no tenía permitido salir a los centros comerciales. Tampoco podía, además, solicitar y contratar una línea telefónica nacional. Su estatus migratorio especial no le permitía establecer ninguna relación de ese tipo. Necesitaba a alguien de confianza, que no fuera a estafarla, cosa que ya le había pasado antes a ella y a otros cubanos, a quien pudiera entregarle todos sus ahorros y pedirle que le comprara dos celulares, de marca conocida, de última generación, uno negro y otro de color plateado.

—Chico, ¿y será que yo puedo confiar en ti?

En la editorial estaban preocupados por el calendario. El libro debía estar listo antes de que ocurriera lo inevitable. Fredy Lecuna recibía cada semana, por lo menos, una llamada telefónica indagando qué tal iba todo, preguntando si había algún adelanto, cuántas páginas llevaba escritas. Un editor es un perseguidor. Ha pagado por palabras que todavía no existen pero que sabe que están ahí, muy cerca, y por nada del mundo piensa dejarlas escapar. Una tarde lo llamó un tal Guevara, gerente de mercadeo.

—Tenemos información —le dijo con voz grave— de que las cosas pueden ocurrir antes de lo calculado, ¿usted me entiende?

El periodista pensó que la muerte casi siempre ocurre antes de lo calculado. Nunca nadie se muere a tiempo. Chávez ya había sido operado. Los rumores contaminaban las navidades de un raro clima quirúrgico.

—No tenemos mucho tiempo —insistió Guevara—. No sé si me explico.

Lecuna de pronto recordó cuando Chávez, en julio de ese mismo año, inscribió su candidatura para las elecciones y afirmó: «Venimos de milagro en milagro». La multitud rugió, eufórica. «Y estoy seguro que con la ayuda de Dios seguiremos viviendo y seguiremos venciendo», agregó. Para algunos, la aspiración formal a una nueva elección era el mejor diagnóstico, otra prueba irrefutable de que los problemas de salud habían sido superados. Para otros, se trataba de otra demostración del cinismo magistral del jefe de gobierno. Aun conociendo su precaria condición física y sus pésimos pronósticos, se lanzaba de manera irresponsable a una nueva contienda electoral.

El día de cierre de la campaña electoral, el cielo se derrumbó sobre Caracas. Chávez culminó el acto bajo un aguacero descomunal. Vestía un pequeño impermeable y saludaba con la mano bajo el agua. Las imágenes eran filmicas. La secuencia parecía haber estado escrita. Como si la lluvia

proviniera de un guión anterior, empeñado en construir la épica del héroe que va a morir.

Chávez ganó las elecciones el 7 de octubre. El día 10 fue proclamado y, en el mismo acto, nombró un nuevo Vicepresidente. Todo parecía seguir un cronograma diseñado con antelación. En la calle, en la celebración, un cantante apostado sobre una tarima gritaba que Chávez sería presidente «desde el 2013 hasta el dos mil siempre». No estaba inventando nada nuevo. La frase formaba parte de una melodía que el mismo mandatario había empezado a entonar desde hacía mucho tiempo. «Hasta que el cuerpo aguante» era una de sus consignas a la hora de hablar sobre su permanencia en el poder.

Hasta que el cuerpo aguante.

Hasta que el cuerpo aguante.

Hasta que el cuerpo aguante.

Lo había repetido tantas veces. Con tanta fe en el futuro. Con tanta fe en el cuerpo.

Y todos sus seguidores lo habían repetido de la misma manera. Tal vez, el gran triunfo de Chávez consistía en haber consolidado su voz como fundamento del poder, como eje de la sociedad. Había creado el Estado parlante, que también era, además, un Estado eclesial. Todos repetían las palabras del mesías. Era una estructura perfecta porque era un ejercicio voluntario y jubiloso de sometimiento. No había preguntas sino entusiasmo. Mucha fe. Devoción ciega. Chávez forever.

Aylín le dio el dinero dentro de una bolsa plástica negra.

—No seas comemierda, no me vayas a robar —le dijo, mitad en broma, mitad en serio. Con un rastro de súplica titilando en el fondo de sus pupilas.

Fredy metió la mano en la bolsa. Había un montón de billetes arrugados o doblados de manera desigual. Parecían provenir de un naufragio. Estaban los dos solos en la oficina de un amigo del periodista. Fredy contó los billetes uno a uno, tendiéndolos sobre una mesa. La cantidad exacta para comprar los teléfonos móviles que quería regalarles a sus hijas. Miró a la mujer, conmovido. Lo estaba arriesgando todo: desde sus ahorros hasta su legalidad. Podía quedarse sin nada de dinero y, encima, ser detenida y deportada por la policía secreta cubana. Todo por un regalo, por dos simples teléfonos celulares. Todo por sus hijas.

La maternidad es una forma de locura.

El periodista aprovechó una oferta navideña y compró los dos aparatos. Se los entregó un día antes de que Aylín viajara a la isla a pasar las vacaciones con su familia. La mujer no ocultó su alegría. Lo abrazó. Fredy Lecuna había pasado la última prueba, su examen final. Tomaron cerveza.

—Oye tú —le dijo después de un trago y de una gran sonrisa—, ahora sí te lo puedo contar.

—¿Qué?

—Conseguí a alguien. Te tengo un contacto en La Habana.

Fredy se quedó paralizado. Ella volvió a sonreír. Apenas era 14 de diciembre. Chávez acababa



de ser operado y el país estaba en vilo. Todavía quedaban secuelas de su despedida. El Presidente había dejado un adiós lleno de dudas.

—Es en serio. Es alguien que está dentro del CIMEQ, vaya. Te lo aseguro.

El periodista, entonces, sintió ganas de abrazarla, de darle un beso sonoro, de brincar por el aire y celebrar. Pero Aylín movió las manos, en un breve ademán admonitorio.

—Espera, espera, que eso no es todo. La cosa es dando y dando. Yo te ayudo, tú me ayudas, ¿entiendes?

Fredy Lecuna pensó que su gesto se correspondía con lo que ya había hecho, con la compra de los teléfonos.

—No te entiendo.

La mujer lo miró, detenidamente. También parecía nerviosa, indecisa.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que me ayudes a salir de la isla.

Fredy, perplejo, la miró, tratando de desentrañar qué significaba exactamente esa frase.

—Necesito que te cases conmigo.

—Aquí ya nada es igual, amiga. Olvídate del país que conocimos.

Carolina Troconis hablaba marcando las palabras de una forma especial, mordiendo suavemente sus puntas, ensanchando algunas vocales. Así era el soniquete que identificaba a las sifrinas de la sociedad caraqueña. Carolina era una típica niña bien. Había estudiado primero con las monjas francesas y después en la Universidad Metropolitana. Se había casado, como corresponde, con otro niño bien que, desde hacía más de un año, se encontraba fugado del país. Su marido era miembro de la directiva de una de las tantas casas de bolsa que habían sido intervenidas por el gobierno. Desde ese entonces, él se encontraba en algún punto del mapa, entre Colombia y Estados Unidos, esperando que la situación se calmara, mientras ella se había quedado a cargo de mantener la familia y las propiedades en Caracas. Así había empezado a trabajar en el negocio inmobiliario. Todo esto se lo contó a Andreína mientras se tomaban un primer vodka, junto a la piscina del Club Altamira. El sol se hundía en el agua, produciendo destellos permanentes. Las dos llevaban lentes de sol. No se habían visto desde hacía por lo menos doce años.

—Desde la boda de María Fernanda, ¿no?

Estudiaron juntas en el colegio y, después, mantuvieron la relación de manera esporádica. Mientras comían, Andreína le contó sobre su fracaso matrimonial, la desgracia de haberse casado con un hombre sin ambiciones, cuya única iniciativa en la vida fue huir a Maracaibo con su secretaria.

—Menos mal que no tuvieron hijos.

Le contó también de su huida a Miami, de su fracaso en Miami, de su regreso al país, con la cabeza gacha y la autoestima en el subsuelo. Finalmente le planteó el problema que tenía con su apartamento. Carolina escuchó todo con atención, aderezó el relato con dos o tres suspiros, con muecas diminutas de sentida solidaridad. Al final, después de secar sus labios con una servilleta de tela, soltó las dos frases concisas, directas:

—El problema es el niño. Un menor de edad siempre lo complica todo.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?, ¿que no puedo obligarlos a salir de mi apartamento?

—Va a ser muy difícil, por no decirte imposible. Van a buscar ampararse en la ley de cualquier manera.

—¡Pero el apartamento es mío! ¡Y es mi vivienda principal! ¡Yo no tengo adónde ir!

—¿Qué quieres que te diga? —Carolina alzó las cejas, propuso una sonrisa irónica, movió los dedos dibujando comillas en el aire—: recuerda que estamos en tiempos de revolución.

—¿Y entonces? ¿Qué hago? ¿Acaso me tengo que quedar con los brazos cruzados?

—Lo mejor sería negociar con tus inquilinos, ¿no puedes hacer eso?

Andreína recordó su primer encuentro. Fredy y Tatiana, al verla, se habían quedado paralizados, envueltos en un silencio eléctrico. El niño se dio cuenta de inmediato. Algo inusual estaba

ocurriendo. La observó sorprendido pero sin la carga de adrenalina que bullía dentro de las miradas de sus padres. Hubiera querido ser cortés, pero estaba muy indignada. Llevaba demasiado tiempo tratando de comunicarse con ellos sin obtener jamás una respuesta. Ese silencio sostenido había terminado por convertirse en un feroz alarido dentro de ella. Esa era la consecuencia. Tenía una llama enroscada sobre la lengua, deseando salir disparada. Odiaba profundamente a sus inquilinos. Odiaba, sobre todo, ese momento, la situación, sentirse obligada a llegar hasta ahí, hasta el momento de estar bajo el quicio de la puerta, mirándolos, ya sin otra posibilidad que un agrio conflicto.

Tatiana dijo: Rodrigo, vete a tu cuarto. Y el niño se fue a su cuarto. Fredy dijo: hola, no sabíamos que estabas por aquí. Andreína solo preguntó si podía pasar. Los otros dos dijeron que sí, mientras sus cuerpos se iban acercando de manera natural, despacio, como si armaran poco a poco una estructura defensiva, un nuevo cuerpo paralelo, dispuesto a enfrentar a un invasor. Se sentaron en la sala. Tatiana ofreció café pero Andreína pidió agua. Mientras los dos fueron a la cocina a buscar el agua, las pupilas de Andreína recorrieron los espacios a gran velocidad, queriendo reconocer el territorio, recobrar la memoria, detectar fallas, desniveles, cambios. Algunas imágenes cruzaron rápido detrás de sus ojos. Imágenes de su matrimonio con Jorge. Ella desnuda, caminando de madrugada por la sala, sin poder dormir, esperando. Ese recuerdo la hizo sentir vulnerable, pero ni siquiera así se amilanó. Comenzó a hablar con un reclamo.

—Me parece inaceptable que no hayan contestado a ninguno de mis mensajes —dijo.

Era una frase de aeropuertos. La amasó durante las horas de espera en Miami, la fue madurando durante todo el trayecto, la pulió mientras esperaba que surgieran sus maletas en la correa rodante del aeropuerto de Maiquetía.

—Me parece inaceptable que no hayan contestado a ninguno de mis mensajes.

Y los dos se miraron, como si cada uno esperara que el otro respondiera. Finalmente, ninguno de los dos ofreció una excusa. Prefirieron que el silencio mantuviera la ambigüedad. Andreína esperaba, al menos, una ceremonia mínima de cortesía, el ejercicio de disimulo que funciona como protocolo en estos casos. Pero ni siquiera fue así. Su segunda frase salió expelida de un solo golpe: Andreína les preguntó cuándo podían mudarse. Los otros dos volvieron a mirarse. Luego Tatiana juntó sus manos y dejó caer un suspiro redondo que se fue desinflando poco a poco hasta alcanzar el suelo. Así empezó:

—No sé si estás bien informada sobre la situación del país, Andreína. Las cosas no están fáciles. Hay mucha inflación. No se consigue trabajo. A menos que seas del gobierno, claro está —acotó—. Y con la nueva ley de inquilinato ya nadie quiere alquilar sus apartamentos. Todo es muy complicado —añadió, mientras su marido asentía con un ritmo preciso sobre el final de cada frase.

Y Andreína respondió que sabía perfectamente cómo estaban las cosas. Pero que ese no era su problema.

—Les avisé hace tiempo que venía —explicó—. Esta es mi casa, yo no tengo adónde ir.

Tatiana apretó la sonrisa. Y su sonrisa lució entonces todavía más fingida. Como un trazo ligero

que está a punto de convertirse en monstruo.

—Les puedo dar dos semanas —dijo Andreína.

—¿Dos semanas? —preguntó Tatiana, ya con un evidente tono irónico en la voz.

Fredy, previendo una tormenta cercana entre las dos mujeres, intervino tratando de mediar. Una frase vaga, sin pretensiones y sin eficacia, algo como creo que lo mejor es que hablemos con calma. Absolutamente inocuo. Los tres se miraron. Y la conversación comenzó a suceder más rápido. Andreína dijo: yo ya tuve suficiente calma, lo siento. Tatiana dijo: pues vas a necesitar más porque nosotros no nos vamos de aquí. Andreína alzó la voz. Tatiana gritó. Ambas terminaron de pie, agitando las manos y amenazándose. Las dos se expulsaron mutuamente de su casa. El niño se asomó al pasillo, impresionado. Fredy aprovechó para que Tatiana llevara de vuelta a Rodrigo a su cuarto y trató de negociar con la dueña del inmueble.

—Así no vamos a llegar a un acuerdo —dijo.

—Yo no quiero llegar a ningún acuerdo, yo solo quiero que se vayan —espetó Andreína.

—Quizás entonces lo mejor es que dejemos esto en manos de abogados —dijo Fredy abriendo la puerta.

Desde el fondo invisible de los cuartos, la voz de Tatiana llegó de manera estrepitosa:

—¡Dile a esa loca que se vaya a la mierda o, si no, no respondo, carajo!

Fredy ofreció una rara sonrisa, una mirada que decía yo la conozco, habla en serio. Andreína salió de su casa temblando. De rabia, de impotencia, de miedo. Un temblor puede ser muchas cosas a la vez.

—No. Ya no puedo negociar con esta gente —contestó Andreína.

—¿Son chavistas? —preguntó Carolina, arrugando un poco la nariz.

—No que yo sepa. Ella seguro que no. Cuando la conocí venía de una marcha de la oposición y me habló pestes del gobierno. Me parecieron gente decente. Por eso les alquilé el apartamento.

—Gente decente. —Carolina se entretuvo unos segundos moviendo la barbilla, como si chupara esas dos palabras—. Si yo te contara...

—Cuéntame.

—¿Tú recuerdas a Memela Aranguren? —Carolina arrimó la silla y bajó el volumen de su voz—. Estudió en el colegio, iba como dos años más arriba de nosotras.

—Sí, la recuerdo. ¿Qué pasa con ella?

—¡Imagínate! —Acercó todavía más la silla y comenzó a susurrar—: Un día se me acerca de lo más encantadora, pidiéndome que la ayude a conseguir un apartamento. Me dice que ella y su marido vendieron su casa en Valle Arriba, para sacar los dólares, ya sabes. Estaban buscando apartamento para alquilar. Querían vivir alquilados. Total que le consigo un apartamento de lujo en

La Castellana arriba, una vaina que te quedas loca, con pisos de mármol, vista a El Ávila, baño con *jacuzzi*... ¡Todo, Andre, todo y todo recién hecho, de lujo!

—¿Y qué pasó?

—Al año y medio, me llama la dueña y me dice que Memela no quiere pagarle más el alquiler.

—¡No!

Y Carolina dijo sí, un sí con gesto y aspaviento.

—¡No! —repitió Andreína.

—Al principio creí que era un error, le dije a la dueña que no se preocupara, que tranquila, que yo resolvía eso. Y qué tal que llamo a Memela y la muy descarada me dice que es cierto, que no piensa pagar más.

—No puede ser.

—Espera que el cuento no termina ahí. Qué tal que Memela comienza a hablarme de una nueva ley que había aprobado o que iba a aprobar Chávez. Agárrate. Yo no me lo podía creer. Esa hija de puta, millonaria, que detesta al gobierno, me dice que según la nueva ley, ella incluso podría quedarse como dueña de ese apartamento.

Andreína se sintió un poco mareada. Exclamó no varias veces. Y era cierto, no podía aceptar lo que estaba oyendo.

—Y todavía está ahí. Y no paga. Y metió abogados. Es un espanto, niña.

Andreína estaba muda. Pálida.

—Y así mismo te puedo contar cuatro o cinco casos más, igualitos, de ese tipo. Por eso te decía yo: ¿gente decente? ¡En este país hace tiempo se acabó la gente decente!

Cuando se despidieron, Andreína se sentía vacía. Esperó un taxi frente a la entrada del club. Pensó que había regresado a otro país, a un territorio que desconocía y donde, irremediablemente, era una extranjera.

—Alguna gente se ha encadenado a sus propiedades para que se las devuelvan —había contado Carolina al despedirse.

—¿Y? ¿Sirve de algo?

Su amiga propuso un mohín indeciso.

—Me temo que a ti no te va a servir de nada. El problema es el niño —repitió. Como si fuera una letanía—. Un menor de edad siempre lo complica todo.

María pasó varios días sin salir del apartamento. Todavía recordaba con puntual transparencia lo ocurrido. Como si la imagen de aquel momento la hubiera perseguido hasta su edificio, como si hubiera subido con ella tras las escaleras. Apurada. Llorando. Temblando. Se detuvo unos segundos frente a la puerta. No podía controlar sus dedos. Los ojos le ardían. Sintió esa imagen caliente, detrás de su nuca, respirando. Logró por fin insertar la llave. Casi se sentía ahogada. Saltó hacia adentro, aspirando con desesperación las sombras del inmueble. Cerró con violencia la puerta y se dejó caer, se sentó en el suelo y gritó. Y le dio sonidos a su llanto. Y hundió su cabeza entre las rodillas. Y descubrió que la imagen estaba ahí. Que se había sentado frente a ella y la miraba. Que no se iba. María fue corriendo hasta la sala y encendió el televisor.

Todo sucedió demasiado rápido: su madre recibió dos disparos. El primero le atravesó el abdomen, perforando el páncreas y desprendiendo el riñón izquierdo. La bala salió por la espalda y se hundió de manera definitiva en el asfalto. El segundo entró por la mejilla derecha, sacudió el paladar y luego escapó llevándose en el camino una estela de masa encefálica y cabellos. Todo cupo en un segundo. En el tris de dos detonaciones. María quedó paralizada. Su madre se desplomó de manera inmediata y los dos asaltantes desaparecieron en la moto. María se agachó, el cuerpo de su madre estaba boca abajo, trató de tocarla, todo iba demasiado deprisa, todo se movía más rápido que ella. Muchos curiosos se acercaron, se agacharon, gritaban, pedían ayuda. María vio un remolino de palabras sobre ella. Quiso huir. Quiso estar en casa. Una mano la jaló con fuerza y entonces quedó de pie, sobre la acera, junto a una señora que la encaró frenéticamente. ¿Tú la conoces? ¿Es tu mamá?, le preguntó varias veces seguidas. Las preguntas también parecían disparos. María tuvo miedo. Estaba confundida, mareada. Solo dijo no con la cabeza. Sin saber por qué. Quizás por temor. Solo movió la mandíbula, tan suavemente, de un lado a otro. No. Y miró hacia abajo. Pronto la dejaron quieta y volvieron todos sobre el cuerpo. Es lo último que recordaba. Un desorden de gente, cada vez mayor, alrededor del cuerpo de su madre. Una noria de murmullos y exclamaciones. Y el sonido de una sirena, de una ambulancia o de la policía, no sabe. Solo ese sonido que se acercaba, lamiendo las calles. Luego empezó a correr.

Correr: las sandalias sonando contra el piso. Paf o pac o tlac o pacatlaf. El aire dando traspiés. La lengua cada vez más seca. El corazón rebotando dentro del pecho, cada vez con más fuerza. Correr. Correr. Correr. Angustiosamente.

Entró al edificio sin mirar a nadie. Subió los escalones también saltando. Hasta que se detuvo frente a la puerta. Su puerta. Su cerradura. Y no pudo controlar los dedos. Y los ojos le ardieron. Más que entrar, se hundió en su apartamento.

Los primeros días permaneció sentada en el sofá, casi sin moverse, con la espalda erguida y la mano izquierda aferrada al mullido brazo del viejo mueble. Nunca supo cómo lo logró pero, aunque miraba hacia el frente, su ojo izquierdo estaba pendiente de la puerta, del pasillo exterior. Expectante. Ante cualquier mínimo ruido, o el eco de algún mínimo ruido, la pupila tiritaba levemente. El ojo derecho, mientras tanto, apuntaba hacia el televisor, encendido como siempre, en el canal de siempre, que transmitía la programación de siempre. Cada vez que aparecía una noticia de sucesos, ese iris también registraba un breve temblequeo. Apenas tomó agua. Cuando tuvo

hambre fue a la cocina y abrió una lata de galletas. Una noche oyó a lo lejos los maullidos de unos gatos. Una vocal estirándose sobre la oscuridad.

Una mañana despertó y se sintió sucia. Se había quedado dormida en el sofá. Todo seguía igual, intacto. Su madre no estaba en ningún lado. Ni en el televisor, ni en la puerta, tampoco en el teléfono. Le dolían los párpados. Tenía los ojos secos. María se acurrucó mejor en el sofá. Quería seguir durmiendo, quedarse así, enroscada sobre sí misma, con las manos dobladas hacia dentro, hasta que por fin pasara algo. No sabía muy bien qué, pero algo tenía que pasar. Había imaginado que sonaba la puerta y que corría a abrir y que ahí estaba su madre, limpia, algo despeinada pero limpia, con una venda cruzada sobre la frente, sonriéndole. ¿Te asusté?, le preguntaba, antes de abrazarla. También había imaginado que, al abrir la puerta, se encontraba con dos hombres altos, muy altos, demasiado altos, tanto que sus cabezas casi tocaban el techo y, desde ahí, la miraban como si ella fuera una hormiga. Somos policías, afirmaban. ¿Tú eres María? También pensó que sonaría el teléfono. Pero nunca sonó. Y María comenzó a sentir un vacío interior muy grande. Era como si por dentro solo tuviera frío. No entendía cómo su madre podía desaparecer así como así, sin que importara, sin que se notara. Nadie se daba cuenta.

Dormía mal, se despertaba a cada rato. Le dolía el rostro de tanto llorar. También le dolía la boca por dentro. Estaba mareada, confundida, no sabía qué hacer, a quién llamar, adónde ir.

Mariposa no se atrevió a contarle nada a Vampiro. No se le ocurrió asomarse a la computadora. Estaba demasiado impactada, desconcertada. No sabía ni siquiera cómo reaccionar. El conocimiento de la muerte destruye la iniciativa. María estaba paralizada. Así permaneció un tiempo hasta que la sorpresa y el dolor terminaron convirtiéndose en su nuevo orden natural. No hay manera de vivir todo el tiempo con intensidad. Tarde o temprano, el miedo o la angustia vencen y se transforman en una rutina. A los pocos días de lo ocurrido, María ya no aguantó y salió del apartamento. Se calzó apurada cualquier vestido. Se puso los zapatos de goma. Apenas ordenó un poco sus cabellos con el cepillo. Y tomó aire. Y abrió la puerta. Y sintió vértigo. En el pasillo estaba el mar. Todo el resto del edificio era océano, un océano oscuro, imbatible, que movía sus olas con fuerza, como si el viento las jalara. Cerró la puerta inmediatamente. Pensó que todo era una alucinación. Lo pensó con otra palabra porque la palabra alucinación todavía no se había mudado a su vocabulario. Volvió a abrir la puerta y solo encontró el pasillo, la puerta del otro apartamento, las escaleras. No había agua pero sintió un ligero olor a mar. En la calle tuvo la misma sensación de temor que ni siquiera el sol y el viento lograban mitigar. Avanzaba mirando hacia el piso y dando zancadas rápidas, apretadas. Como si más que moverse, se estuviera deslizando. No caminaba: huía.

No sabía muy bien qué estaba haciendo. Solo seguía un impulso interior. Pensaba que quizás su cuerpo, desesperado, quería moverse, hacer algo, cualquier cosa, lo que fuera, para buscar a su madre. Tenía miedo. Movía los ojitos desordenadamente, sentía que todo el mundo la miraba, que todo el mundo sabía su historia, que en mitad de la calle cualquiera podía atajarla, detenerla, tomarla del brazo y gritar ¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Salió de su escondite! ¡Apareció! Imaginó de pronto que mucha gente comenzaba a rodearla, que la señalaba, que la acosaban: ¡Ajá! ¿Dónde te habías metido? ¿Qué has estado haciendo durante todo este tiempo? ¿Por qué vas vestida así?

¿Dónde está tu madre? ¿Qué hiciste con ella? Las voces se amontonaban a su alrededor, saltaban por el aire, la acorralaban. María apretó bajo su brazo el pequeño bolso con el que había salido. Caminó con pasos cada vez más cortos, casi en pequeños brincos, como si fuera pájara.

Cuando por fin se detuvo, se dio cuenta de que estaba cerca de la esquina donde todo había ocurrido. Sintió que su corazón podía saltar y salirse. Sus manos estaban frías, sus zapatos calientes. Miró la acera, el asfalto, oyó de nuevo el sonido de una motocicleta. El recuerdo pasó delante de ella. A brochazos. Revivió la sorpresa, los disparos, el grito, la caída. Tal y como creía que había sido. Tal y como lo imaginaba.

—¿Te pasa algo? ¿Estás perdida?

No escuchó bien la voz a su lado. No pudo distinguir las palabras. Solo fueron un ruido. Y se asustó. Se sobresaltó. Tardó unos segundos en recuperarse. El sol solo le dejó ver la figura de un hombre mayor, recortada por el atardecer, inclinándose hacia ella.

María dijo no. Varias veces. Nerviosa. No y no y no. Todo está bien.

Y volvió a salir, atosigada, de vuelta a su casa. No se detuvo hasta encontrarse de nuevo frente a la puerta del apartamento. Igual que aquel día. Caminó con tal decisión, sin mirar hacia ningún lado, sin escuchar nada, como si su cuerpo supiera de memoria el camino, como si el regreso a casa fuera parte de un instinto ciego, feroz. Estaba sudada y le costaba respirar. También le costó conseguir la llave dentro de su pequeño bolso. Cuando sus dedos la encontraron, cuando se juntaron con la piel fría del metal, solo en ese instante, como si ese gesto diminuto abriera una compuerta interna, María arrancó a llorar. Sin poder contenerse. Con un llanto desbordado, que dominaba sus movimientos, que la hundía, que le impedía introducir correctamente la llave en la cerradura. Terminó sentada sobre el suelo, con la espalda apoyada en la madera de la puerta, boqueando, gimiendo. Nadie la escuchó. Nadie subió a verla.

Su respiración fue apaciguándose poco a poco. Las lágrimas se acabaron. Solo entonces pudo escuchar una voz dentro del apartamento. Se puso de pie de inmediato. Se sintió picada por una energía caliente. Era un sonido lejano pero familiar. Un instante que le devolvió la esperanza. Imaginó a su madre caminando en la sala, seguida fielmente por su humo azul. Abrió la puerta y tardó solo unos segundos en deshacer la sorpresa y darse cuenta de que el televisor estaba encendido.

Era el 8 de diciembre, Chávez hablaba de cáncer. Parecía estar despidiéndose.

María cerró la puerta. Se sentó en el sofá. Y cerró también sus ojos. Brevemente. Como si quisiera apagar el mundo.



—Chávez no se va a morir. Todo es un engaño mediático. Ya lo verás.

Así se había expresado su hermano Antonio. De manera tajante. Habían ido juntos a caminar al parque del Este y habían terminado discutiendo y peleando. Sanabria estaba acostado en la cama, junto a su mujer. Empuñaba el control remoto y saltaba sobre los canales, buscando alguna noticia, alguna novedad. Habían pasado ya varios días desde la operación y seguía sin saberse nada. El silencio comenzaba a ser una forma de violencia. Por más de diez años, Chávez había refundado el Estado y el país como un sistema que solo funcionaba girando a su alrededor, pronunciando su nombre. La posibilidad de que ese centro fallara, desapareciera de pronto, se evaporara o se esfumara, secuestrado por la noche, por ese desorden rutinario de la naturaleza que es la noche, producía en todos un desconcierto absoluto. Los ánimos estaban cada vez más crispados.

—¿Vladimir te ha dicho algo? —preguntó su hermano cuando comenzaron a caminar.

Antonio quería saber si su hijo le había comentado algo sobre la enfermedad de Chávez.

—Como ustedes dos son tan unidos —masculló con leve reproche—. Y como tú eres oncólogo —añadió en el mismo tono.

Miguel dijo que no. Antonio apuró el paso.

—Yo creo que Chávez está como una pepa. Que ya se curó.

—Hay cosas que no tienen cura, Antonio.

—Eso es lo que quiere la oposición. Que se muera. Pero Chávez nuevamente los va a dejar con las ganas.

Miguel obvió el comentario y trató de concentrarse en el cielo azul que comenzaba a desteñirse en los bordes de la montaña.

—Como no pudieron ganarle ninguna elección —su hermano insistía—, trataron de asesinarlo.

Esa teoría había sido propuesta por el mismo Presidente. Hacía más de un año, el 29 de diciembre del 2011, en un acto de saludo a las fuerzas militares, Chávez jugó con la posibilidad de que el cáncer que padecía hubiera sido inducido. Le parecía sospechoso que cinco mandatarios del continente tuvieran la misma enfermedad. Especuló que tal vez Estados Unidos había desarrollado una tecnología secreta que permitía inocular el mal de manera directa y personalizada.

—Clínicamente es imposible —musitó Sanabria.

—No seas ingenuo. ¡Los gringos son capaces de eso y de mucho más!

Miguel se detuvo. Los dos hermanos se miraron. No estaban jadeando.

—¿En verdad quieres que hoy hablemos de todo esto?

Quedaron en silencio unos segundos. Luego, retomaron la marcha. El azul del cielo ya le daba paso a las rayas naranja que anunciaban el final de la tarde. Antonio mantuvo la mirada hacia delante y siguió masticando algunas frases. Unos minutos después, ya los dos hermanos estaban

enganchados nuevamente en una discusión.

—Tú puedes decir lo que quieras, Antonio, pero hay vainas inaceptables. Ahí está lo de la comida podrida, ¿qué pasó con eso?

Se refería a más de ciento veinte mil toneladas de alimentos, importados por el gobierno, que jamás fueron distribuidos y que se vencieron en depósitos o bodegas del Estado.

—No hay responsables, no pasa nada. Y eso fue un guiso, pura corrupción. Ahí más de uno se hizo rico.

—Antes pasaba lo mismo —gruñó Antonio.

—¡Ya dejen ese chantaje! ¿Qué importa qué pasaba antes? ¿O quieres decirme que ustedes son una mierda igualita a todos los gobiernos anteriores?

Antonio había ido sintiendo cómo, con el paso del tiempo, el tono moderado de su hermano se había ido deshilachando, dando paso a un ánimo personal más desordenado, rabioso. Últimamente, lo encontraba más irritable, menos tolerante. Esa actitud provocaba en él una resistencia inmediata. Su hermano tenía razón. Había cosas injustificables. Pero era necesario defender al gobierno.

—No somos la misma mierda. Esto es distinto. Esto es un proceso que está a favor del pueblo. Son los empresarios que corrompen a los funcionarios. Todo eso es una herencia del capitalismo.

—¡Por favor! —Miguel volvió a molestarse—. ¡Estamos hablando en serio! ¡No me salgas con esas pendejadas!

—Esto es un proceso largo, Miguel. No es fácil hacer cambios en este país.

—¿Sabes cuánto dinero ha entrado en estos años por concepto de petróleo?

Antonio se detuvo. Lo miró desafiante.

—¡Más de un millón de millones de dólares! —Miguel siguió hablando, dio unos pasos, girando alrededor de su hermano—: ¿Dónde están, coño? Mira los hospitales públicos. Mira las escuelas. Mira las carreteras. Ve cómo está la economía... ¡Dime! ¿Dónde está ese dinero?

Hubo un silencio espeso. Miguel se dio cuenta de que se había dejado llevar, estaba alterado. Él, que jamás perdía el control, se encontraba de pronto haciendo una escena en una esquina de un parque. Antonio lo miró severamente, se acercó, lo encaró.

—Ese dinero está en un lugar que tú no ves. En una gente que para ustedes jamás ha existido. En los cerros, en los campos. La plata se ha gastado en la gente, en los pobres.

—¡No me jodas, Antonio! —Miguel sintió de nuevo la temperatura escalando hasta sus oídos—. ¡Tú sabes que eso no es verdad! ¡Son unos descarados! ¡Han hecho de los pobres su negocio!

Antonio retomó el paso a ritmo de caminata forzada.

—¡Ahora me vas a decir que antes no robaban! —refunfuñó, irónico, molesto.

Miguel lo retuvo por el brazo.

—¡Antes el país no funcionaba! Y siempre lo criticamos. La diferencia es que tú, ahora, eres incapaz de criticar lo que ocurre. Perdiste cualquier capacidad de discernir, Antonio.

Se miraron por unos instantes, como dudando, como decidiendo si valía la pena seguir con el desafío. La respiración de los dos parecía no poder continuar a la velocidad y con el calor del debate. Suspiraron hondamente. Ambos miraron hacia árboles diferentes.

—Compréndelo, Miguel —dijo, ya más calmado, tras una pausa—. Lo que hay aquí es una guerra. Los gringos y la oligarquía se niegan a perder sus privilegios y están todo el día, por todos los medios, tratando de acabar con la revolución. Eso es lo que pasa.

—Yo lo veo de otra forma, Antonio. Todo esto solo es otra oportunidad perdida. Es más de lo mismo. Con otras mafias, con otros grupos, con otros narcos, pero es más de lo mismo. Mira a los militares. Mira a la cúpula que nos gobierna. ¿Qué conclusión puedes sacar?

Antonio volvió a sentirse pésimo. No soportaba que, cada vez que podía, su hermano tocara ese punto. Sintió que el parque era un secuestro. Quiso irse.

—Volvimos al pasado —dijo Miguel—. Volvimos a los caudillos. A los cuarteles. Esa es nuestra historia. La mejor inversión económica que se puede hacer en Venezuela es dar un golpe de Estado. Esa es la conclusión. Ahora todos ellos son millonarios, tienen el poder, hacen lo que quieren.

Antonio meneó la cabeza negativamente, propuso una mueca de impotencia, como indicando que no había manera de discutir, que no tenía sentido seguir hablando.

—Yo no quiero hablar más de esto contigo, Miguel. Entiéndelo. Es imposible. Tú y yo no vivimos en el mismo país —rezongó.

Dio dos o tres pasos, estirando las piernas, como evitando un calambre. Luego volvió a mirarlo, con tristeza, y añadió:

—La verdad, jamás pensé que tú fueras tan escuálido.

La historia de las palabras no registra aún el momento en que comenzó a usarse el término *escuálido* para designar a cualquier venezolano que se opusiera al presidente Chávez y a su proyecto. No hay dudas, sin embargo, que fue el propio líder quien, en una de sus largas tandas de faena verbal, creó la asociación y puso a danzar el término en el mapa. Desde que ganó la presidencia, Chávez se dedicó a atacar cualquier tipo de disidencia. Un adversario era un enemigo. Podía despreciarlo con rudeza pero también con sorna e ironía. Convirtió la descalificación política en un acto humorístico. Cuando dijo escuálidos, el eco fue inmediato. Sus seguidores comenzaron a estrujar la palabra con despectiva pasión y, poco a poco, el vocablo se instaló en el habla del país. Había grupos radicales que se definían como antiescuálidos. Un comentario, según su cercanía o no a los planteamientos adversos al Presidente, podía ser considerado o no una escualidez. Y del lado de la disidencia comenzó a haber también un orgullo escuálido. Beatriz se ufana de ser una superescuálida. Y además lo pregonaba en voz alta y sin ningún miramiento. A su nieto, cuando se comunicaban a través de la computadora, trataba de enseñarle a repetir consignas contra el

gobierno, cosa que a Sanabria le parecía ya el colmo de la escualitud. Chávez continuó solazándose, usando el término, con cinismo. Paradójicamente, en abril del 2010, en un mensaje a la nación a través de una cadena de todos los medios de comunicación, afirmó que «ser escualido es una enfermedad». Y habló entonces del escualidismo. «El que se meta a escualido va por el camino de la perdición». Aseguró que se trataba de una enfermedad grave. Para la que quizás no había ninguna cura.

Esa noche, tendido en la cama junto a su esposa, buscando alguna noticia en la televisión, Sanabria lamentaba la pelea con su hermano, se reprochaba nuevamente haber caído en una diatriba inútil.

—Con Antonio es imposible discutir nada —dijo Beatriz—. Son unos fanáticos.

Sanabria admitió que tenía razón pero que la frase también podía funcionar al revés. Que en ese mismo instante, Antonio podría estar pensando lo mismo de ellos dos. Al final, todo parecía un problema de fe. Chávez había aprovechado la enfermedad para terminar de convertir la política en una religión. Ya había demostrado que ganar elecciones era lo que mejor sabía hacer, pero durante todo ese tiempo estuvo dedicado a otra campaña. Quería ganar un lugar en el cielo. Hizo de la enfermedad un nuevo desafío. Una oportunidad para convertirse en un mito.

El 13 de enero del 2012, al presentar ante la Asamblea Nacional la Memoria y Cuenta del Ejecutivo del año anterior, el mandatario habló de manera ininterrumpida durante nueve horas y veintiocho minutos. Fue una manera de retar a todos los que ponían en duda su salud, a cualquiera que pensara que no estaba en condiciones de aspirar y de seguir por mucho tiempo al frente del gobierno. ¿Cómo era posible que un hombre enfermo o moribundo hablara durante tanto tiempo sin parar? ¿Cómo era posible que alguien débil, frágil, desfalleciente, minado y sin futuro, pudiera estrujar el abecedario durante tanto y tanto tiempo? Su lengua suelta fue la verdadera noticia. Su lengua resuelta, imbatible, dominando todo su cuerpo, dominando incluso las fragilidades más grandes de su cuerpo, las secuelas de tantas jornadas de quimioterapia, las ganas de mear, el dolor en las rodillas. Su lengua controlándolo todo, invadiendo mapas, sometiendo enemigos. Su lengua: su gobierno.

El país fue nuevamente el reino de la oralidad. La antigua leyenda de El Dorado, nacida en la fragua de la conquista española, inauguró una tradición esencial: la historia nace del relato. La fantasía es nuestra estadística. La fabulación tiene más poder que los hechos.

La enfermedad había hecho más fuerte a Chávez. Podía romper sus propios récords de largas jornadas de gimnasia discursiva y monologar durante casi diez horas ante todos los medios de comunicación del país. La multiplicación mediática era una señal. Su verbo repitiéndose era un síntoma de vida. El exceso de palabras parecía una señal de salud y era, también, de alguna manera, un diagnóstico del país: un territorio donde reinaba un único relato. Chávez había tenido éxito al proponerles una nueva narrativa a los venezolanos. Pero, al llegar al poder, comenzó a consolidar esa narrativa como un nuevo consenso nacional, con un proyecto hegemónico alrededor de su persona, de su voz, de sus gustos y de sus mañas, de sus preferencias y de sus caprichos.

Sanabria había pasado todo el año observando este proceso con detenimiento. Sabía que mentía.

¿Mentía? A veces, mirándolo actuar en televisión, dudaba. Chávez parecía tan seguro, tan convencido, tan honesto, tan vitalmente honesto. Pero, por otro lado, Sanabria mismo había visto los exámenes, conocía el tratamiento que le estaban aplicando. Le resultaba imposible creer que Chávez no supiera exactamente el estado y la gravedad de su enfermedad. ¿Y si lo engañaban? ¿Y si le mentían a él? En cualquier caso, de cara a los ciudadanos comunes, la falta de transparencia era absoluta. La mayoría sabía poco y lo poco que se sabía era vago, superficial. Ese manto de ambigüedad y silencio seguía alimentando y desarrollando una gran industria del rumor. Durante todo el 2012, también en el país se multiplicaron los oncólogos, profesionales o aficionados. Todo el mundo tenía un tío o un primo, o un amigo de un tío o de un primo, que a su vez tenía también un cuñado que, según decía, sabía del tema, tenía datos secretos, fuentes fidedignas. Ante la reserva o el disimulo gubernamental, un conocido periodista terminó transformándose en la voz con informaciones más certeras y precisas sobre la salud del Presidente. A través de sus columnas de prensa o de sus cuentas en las redes sociales, ofrecía datos concretos y realizaba anuncios que, luego, la realidad terminaba confirmando. Las fuentes oficiales solo eran un eco, todos repetían la escasa información que ofrecía Chávez, sin añadir nada más. Vladimir le había dicho, en secreto, que los especialistas de una clínica de Brasil habían realizado un análisis del caso y habían afirmado que el tratamiento que le estaban aplicando a Chávez en Cuba tenía treinta años de atraso.

—Treinta años, imagínate —dijo.

—Él lo eligió —dijo Sanabria—. Él eligió ser un enfermo sin doctores.

En algún momento, se había manejado la posibilidad de tratarse en el Hospital Sirio-Libanés de São Paulo, pero la institución se había negado a aceptar las exigencias de seguridad, entre las que destacaba una reserva absoluta, el compromiso de silencio que debían guardar los médicos sobre el proceso clínico del Presidente. ¿Por qué hizo eso?, se preguntaba Sanabria. ¿Por qué decidió que el secreto era más importante que su salud?

Chávez ganó las elecciones y se consolidó como Mesías. Realmente, no estaba aspirando a la presidencia. Quería ganar otra cosa. ¿Hasta qué punto había transitado conscientemente por ese camino? ¿Todo respondía, en realidad, a un plan preciso, perfectamente diseñado? A Sanabria le costaba aceptarlo. El cuerpo no responde mecánicamente a ese tipo de proyectos. La otra cara de la enfermedad es el milagro. Chávez no parecía ser un hombre dispuesto a resignarse fácilmente. Menos aún, dispuesto a renunciar a sí mismo, a su éxito, a su fama. Pero estaba cerrando el año en silencio, mudo, encerrado en un hospital de La Habana, nuevamente.

—¿Es normal que lleve tanto tiempo en cuidados intensivos?

—Sí. Ya dijeron que se había complicado.

—Pero de todos modos es extraño, ¿no? A él que le gusta hablar y hablar. Ahora no dice nada.

—No puede decir nada.

Sanabria ya había decidido que, apenas su mujer se fuera a Panamá, él abriría la caja de tabacos que había traído Vladimir. Ya no aguantaba más. Quería encender el teléfono y observar las

imágenes del Presidente. No tenía sentido no verlas. Tampoco se había comprometido con su sobrino. No tenían un pacto. Sanabria cada vez presentía con más claridad que el video había sido tomado justo antes de la operación. Quizás en esa caja estaban las últimas palabras de Hugo Chávez.

—Tú sabes algo, Miguel —murmuró Beatriz, dándose media vuelta bajo las sábanas.

Sanabria apagó la televisión y giró también sobre su costado. Se miraron. Su esposa viajaba al día siguiente a Panamá. Iba a acompañar a Elisa, quien ya estaba en el séptimo mes de su nuevo embarazo.

—Tú tienes que saber algo —insistió Beatriz, sonrió. Le acarició suavemente la mejilla.

Sanabria solo sonrió. Le dio un beso.

—Duérmete ya. Mañana tu vuelo sale muy temprano.

Beatriz asintió y se arropó con la colcha.

—Solo dime que se va a morir muy pronto —susurró.

Madeleine Butler despertó sobresaltada. Estaba desnuda y sudaba. En medio de las sombras, trató de ubicarse. No se encontraba en su cama, no era esa su habitación. Trató de ubicar también sus anteojos pero junto a la esquina más cercana tampoco estaba, como debía estar, una mesa de noche. Solo había más sombras. Se inclinó un poco y dejó que su mano rozara el piso. Dedujo que quizás, antes de dormir, había dejado sus lentes sobre el suelo. Pero nada, tanteó el granito frío sin conseguir un objeto, una forma. Poco a poco, la miopía y el astigmatismo fueron negociando con la oscuridad. Fue entonces cuando pudo distinguir que, a su lado, en la cama, se encontraban también otros dos cuerpos, reposando, desnudos, tan desnudos como ella.

Si hubiera estado vestida, si hubiera llevado puesta al menos alguna prenda, quizás todo habría sido más fácil. Madeleine recorrió con sus pupilas rápidamente la cama. No había ni siquiera un calcetín, ni un rastro de una ropa interior. Junto a ella estaba un joven al que recordaba vagamente. Tendría treinta años, si acaso. El cabello rulo, largo, hasta el cuello. Tenía la piel marrón y una barba de días. No roncaba pero su respiración llevaba y traía un rumor de muelles y arena seca por toda la habitación. Oía a cigarrillo. También a ron. En la otra esquina de la cama, dormía una muchacha que sí le resultaba conocida pero que en ese instante no lograba reconocer. Probablemente si se presentara con ropa, bien peinada, sonriendo, su memoria reaccionaría de inmediato, haría alguna asociación, diría por lo menos su nombre. En ese momento no había nada. Solo sorpresa. Impacto. Un cuerpo desnudo. Su cabello desorganizado sobre su nuca; sus senos medianos, como manzanas; su piel morena; su pubis afeitado, con una sola línea vertical de vello, subiendo de su sexo hacia su ombligo. Madeleine pensó en sí misma. En su cuerpo. Ella también desnuda. Ella demasiado blanca. Quiso moverse, salir rápido de esa cama, de la noche de anoche que todavía era esa cama. Se espantó. ¿Qué hacía ella ahí? O peor: ¿Qué había hecho ella ahí? ¿Cómo llegó a ese punto? ¿Cómo y por qué estaban todos ellos en el mismo lugar y sin ninguna ropa? ¿Qué había ocurrido para lograr, esa mañana, el extraño equilibrio de tres cuerpos sobre un colchón? Madeleine no pudo con la pregunta. Saltó al suelo y caminó, sigilosa pero veloz, hacia algún lugar, buscando un baño. Tropezó con la puerta, tanteó la penumbra, siguió con sus manos el curso de una pared, chocó con un afiche, la reproducción de un cuadro de Magritte donde una pareja de amantes embozados se besan, hasta que alcanzó el quicio de una puerta, el baño. No quiso encender la luz. Se sentó en el excusado. Orinó con alivio. Ahí recordó que la muchacha que estaba tendida en la cama se llamaba Zuleyma, o más bien Zuleyka. Había conocido a tanta gente en esos pocos meses. Ya casi iba a cumplir un año en Venezuela y todavía no sabía bien cómo procesar todo lo que había vivido. Todo lo que estaba viviendo, rectificó mentalmente, tomando conciencia de que acababa de despertar junto a dos cuerpos desnudos, que se encontraba meando en un baño de un apartamento que desconocía, que se había levantado sin saber dónde había dejado sus anteojos. Cuando llegó a Caracas esa imagen hubiera sido una hipótesis imposible. Madeleine era mucho más contenida, más prudente, más tímida, más recatada, más ¿correcta?, más ¿moral?, más ¿decente? La inercia de las sombras, a esas horas, la fue deslizándose hacia esas preguntas. Se sintió peor. Quería cepillarse los dientes, pero permaneció sentada, pensando, evocando más bien todo lo que había pasado en ese tiempo, todo lo que la había traído hasta ese baño, hasta esa madrugada.

El correo de Erik la había dejado devastada. Su novio le escribió con frases cortas y

demoledoras, confirmándole lo que ella tanto había evitado aceptar: que sí, que había otra, otra más divertida y menos prejuiciada; una otra que no quería saber nada más de Latinoamérica y que estaba aprendiendo a preparar sushi; una otra que no se había obsesionado con un caudillo y que no rechazaba el sexo anal. Otra más divertida, feliz y con futuro. Bye Bye. La palabra escrita es como una cadena perpetua. Erik hubiera podido regalarle todo eso en una conversación. Hubiera sido un acto generoso, un bálsamo. El tiempo se habría encargado de diluir o de borrar sus palabras y, más temprano que tarde, terminarían sometidas por el olvido. Pero Erik las había escrito. Y Madeleine las había visto. Una tras otra. Palabras negras, con formas bien delineadas. Con volumen. Con una exactitud repugnante. Todas recién pintadas para ella. ¿Cómo iba a olvidarlas?

Ni siquiera le contestó. Ganas no le faltaron. Lo intentó varias veces pero nunca pudo. Tal vez no tuvo el valor suficiente. Quizás solo sintió un miedo, un gran miedo, un miedo enorme, a que Erik entonces pudiera responderle, volver a escribirle otro correo, igual o peor, con más frases cortas y demoledoras. Decidió entregarse a su trabajo, a su investigación. Y lo hizo furiosamente. Se registró como corresponsal extranjera, comenzó a hacer entrevistas a políticos de todos los bandos, a empresarios, a obreros, a campesinos, a funcionarios públicos, a estudiantes, a amas de casa, a policías, a delincuentes, hasta una tarde interrogó a un grupo de turistas canadienses que se encontró por casualidad en el aeropuerto. Visitó barrios populares, recabó testimonios, conversó con mucha gente, se entusiasmó al leer varios libros excelentes, todos escritos por mujeres: *La revolución como espectáculo* de Colette Capriles, *La herencia de la tribu* de Ana Teresa Torres, *La revolución sentimental*, de la periodista española Beatriz Lecumberri, *El Estado descomunal* de Margarita López Maya... Vio en esa lista una señal del destino, presintió su propio libro con más claridad, con más forma: a medida que fue pasando el tiempo le interesaba cada vez menos escribir sobre lo real. Lo real era lo menos importante. Lo real era siempre una intoxicación, una marea de informaciones cruzadas. Madeleine fue interesándose más por lo intangible, por aquello que era difícil precisar, por la sensibilidad, por la devoción o el odio, por la esperanza o el miedo, las emociones profundas que parecían mover al país. Ese era finalmente el territorio del carisma. Ya entendía mucho más nítidamente las palabras de Charles Lindholm: «El carisma aparece solo en interacción con quienes carecen de él». No se trataba de un talento, de un simple talento natural de Chávez. No era solo una destreza o una habilidad particular. El carisma era una relación donde, en general, siempre se analizaba el poder y las características del líder y muy poca atención se le prestaba a los carismados, a los reverentes. ¿Quiénes eran? ¿Cómo vivían? ¿Qué angustias y qué anhelos sentían? ¿Por qué se habían enganchado con tanto fervor en esa experiencia? El carisma era también un modo de vida. Una forma de estar consigo mismo y con el otro. No era un don. Era un vínculo.

La palanca del retrete se le quedó en la mano.

Madeleine observó la manilla de aluminio que, con apenas tocarla, se había desencajado y había quedado atrapada entre sus dedos. La dejó sobre el tanque y salió al pasillo. Lo recorrió, dejando que sus ojos lentamente se acostumbraran de nuevo al peso de las sombras. La sala era pequeña, con muebles de mimbre. Sobre la mesa habían quedado restos de la noche anterior: tres botellas de vino vacías, una con el líquido a la mitad, una botella de ron, dos ceniceros, un plato con sobras de



tostones, varias copas vacías, un solo vaso con agua. Sumó rápidamente los recipientes para tratar de auxiliar un poco a su memoria. ¿Cuántas personas habían estado ahí anoche? ¿Cómo no podía recordar nada? Ni siquiera lo que había bebido. Se tocó el sexo. Sus dedos rozaron la delgada franja de su vello, sus labios, luego los alzó hasta la punta de su nariz, aspiró hondo. ¿Qué había ocurrido realmente hacía unas horas? ¿Había ocurrido algo? ¿Sentía algo? ¿Su cuerpo podía decírselo? Se acercó a una ventana y miró hacia fuera. Pudo reconocer que se encontraba en la zona de Los Ruices. A lo lejos, una moto con dos tripulantes cruzó zigzagueando la avenida Francisco de Miranda. Un poco más allá, se alzaba una valla con una inmensa foto del Comandante Presidente. Esas eran las sobras de la campaña electoral: «Chávez: corazón de la patria».

Desde el principio le advirtieron que no sería sencillo, que de hecho era casi imposible. Chávez era un secreto de Estado. Muy rara vez daba entrevistas personales, solo declaraba ante un grupo y cuando le convenía. En las ruedas de prensa, todo estaba bastante controlado y tampoco sus colaboradores se permitían ofrecer alguna información que pudiera comprometerlos. Ningún funcionario parecía dispuesto a declarar públicamente algo distinto a la reiteración del discurso del líder. Era un eco casi industrial. Madeleine estaba frustrada. Le producía gran desazón sentirse tan cerca y a la vez tan lejos. Pero fue gracias a esa decepción que comenzó a interesarse en los otros, en los carismados, en aquellos que habían establecido una conexión especial con el líder. Más allá de la gran industria que Chávez había desarrollado para promover el culto a su personalidad, tenía que haber alguna razón, aunque fuera un motivo vago y enigmático, que pudiera explicar el hechizo.

—¿Estás bien?

La voz sonó suave, cálida, pero aun así ella sintió un leve sobresalto. Se vio a sí misma sin ropa, asomada al balcón. Luego, una mano se posó con suavidad sobre su hombro. La voz dijo su nombre. Madeleine no tuvo otro camino que voltear. Ahí estaba el joven de cabello rulo y barba de días. La miraba sonriendo con amabilidad. Ella no supo qué decir. Lo vio desnudo, tan cómodo, tan natural. Y de pronto pensó en Erik. Le hubiera gustado que Erik viera esa imagen. Que la conociera así, desnuda frente a un desnudo desconocido.

—Voy a preparar café —dijo.

Dio la vuelta y se fue alejando hacia un ángulo donde estaba la cocina. Ella se quedó en silencio, mirándole las nalgas, sin saber qué pensar, qué decir. Las primeras luces del sol eran tímidas y estaban comenzando a arañar las ventanas.

Ocurrió en abril. Madeleine había viajado hasta los llanos, a conocer la tierra donde había nacido Chávez y a ver si lograba conversar con alguien de su familia. Si eso no sucedía, igualmente, para el contexto de su investigación, le pareció muy provechoso conocer de cerca el lugar donde había nacido y crecido su objeto de estudio. Así, con esas mismas palabras, se lo escribió en un *email* al profesor Lindholm.

El paisaje le pareció abrumador. Una línea recta interminable, teñida de verdes y amarillos, a veces alguna palma solitaria, erguida como si un rayo hubiera caído y su punta se hubiera quedado enterrada en la tierra, impidiéndole salir, hasta secarlo. A veces: animales. Lejos, cerca, a media

distancia. El taxi parecía avanzar por inercia entre el calor, abriéndose paso sobre el vaho que sudaba el asfalto. Siempre en línea recta. Madeleine había preferido pagar las largas horas de taxi a tomar un autobús o viajar en avión. Siguió el consejo de un corresponsal canadiense, quien le aseguró que esa era la mejor opción. Podría disponer del automóvil a su antojo y, al cambio en dólares en el mercado negro, el costo resultaba ridículo. En Barinas encontró mucha gente dispuesta a hablar. Casi todo el mundo quería hacerlo. A excepción de la familia Chávez. Pasó seis horas esperando en la puerta de la casa donde le dijeron que vivía doña Elena, la madre del Presidente. Al final, no la pudo ver, pero la mujer mandó a que le dieran un vaso de agua y una arepa con queso blanco. Madeleine viajó a Sabaneta, visitó otros pueblos cercanos, lugares que supuestamente tenían que ver con la historia y la vida de la familia. Cuando ya estaba decidida a regresarse a Caracas recibió una nota anónima, un pequeño papel con una frase rayada a mano. «Si quiere conocerlo, espérese dos días más». Solo eso decía. Madeleine jamás supo quién se la mandó, pero le gustaba suponer que el improvisado telegrama había salido de casa de doña Elena.

Era el 6 de abril pero también era Jueves Santo, fecha importante en el ritual católico que conmemora la crucifixión de Jesucristo. Tras nuevas jornadas de radiaciones en Cuba, Chávez había regresado al país y de manera imprevista realizó un viaje a Barinas para visitar a sus padres. Madeleine estaba saliendo del hotel donde se había alojado, ya dispuesta a regresar a Caracas, cuando casi tropezó con Zuleyka.

Zuleyka no tenía treinta años y era asistente de sonido en una de las unidades de comunicación asignadas a la presidencia de la República. Había grabado marchas, conferencias de prensa al aire libre, programas especiales de televisión, mítines..., conocía perfectamente los procedimientos internos de las transmisiones televisadas donde aparecía el Presidente. Sabía qué prefería y qué detestaba, cómo debía seguirlo la cámara, cuándo era necesario tomar un detalle de sus manos, en qué momento vendría un espacio de humor o una canción. Chávez era un productor televisivo extraordinario. No descuidaba nunca un detalle. Había logrado construir un personaje de éxito descomunal y no permitía que nada ni nadie afectaran ese éxito. Ni siquiera la naturaleza. Ni siquiera el cáncer.

Zuleyka la detuvo y le preguntó si ella era la holandesa.

Madeleine enmudeció. No entendió la pregunta. No supo cómo reaccionar. Era obvio que la muchacha la estaba confundiendo con otra periodista.

Zuleyka estaba apurada y asumió que ese breve silencio, que esa duda callada, era una afirmación. Ella y su equipo dejaron todo su equipaje personal en el hotel y se apuraron a salir de nuevo. Zuleyka la tomó de la mano y le dijo vamos, no tenemos mucho tiempo, ¿tú entiendes algo de español o no? Y Madeleine entonces dijo que sí. Y estaba también a punto de decir que no, que ella no era la persona que Zuleyka buscaba cuando Zuleyka le dijo que no tenían tiempo, que iban a una misa en una de las propiedades de la familia Chávez. Ahí va a estar el Presidente. Madeleine atajó su confesión y guardó silencio. Se dejó llevar.

La experiencia fue una revelación. Pudo vivir de cerca la energía y la emoción que contagiaba el líder, pero también pudo darse cuenta del entresijo puntual que le daba vida y potencia al personaje,

la difícil y perfecta relación entre la intimidad y lo público, entre el melodrama y la estrategia política, entre la sensación de verdad y la veracidad publicitaria. Madeleine se mantuvo siempre muy cerca del camarógrafo. Podía ver lo que ocurría en dos versiones: en el instante de lo real frente a ella, y en el instante de lo real en el monitor que transmitía las imágenes. Era imposible no conmoverse ante un hombre enfermo que llora. La fragilidad del Chávez humano estaba también al servicio del poder del mito de Chávez. Los dos usaban el mismo cuerpo.

En principio se trataba de una ceremonia familiar, con la participación de algunos amigos y allegados cercanos. Era supuestamente una misa de agradecimiento organizada por la propia madre del Presidente. Sin embargo, las cámaras del más importante canal de televisión del Estado estaban ahí y, poco a poco, a medida que transcurría el acto, todos los otros canales del país obviamente se fueron sumando. La noticia pública era que Chávez estaba en una misa íntima. Toda la audiencia sabía que estaba ahí por algo, que no era un extra de otro espectáculo. Chávez siempre era el protagonista. Por supuesto que tomó el micrófono. Y habló. Con un tono confidencial y sincero, habló de sí mismo y de Bolívar, de Don Quijote y del Che Guevara. Trémulo, alzó la vista al cielo y se dirigió directamente a las alturas: «Dame vida, Cristo, dame tu corona, dame tu cruz, dame tus espinas, yo sangro pero dame vida, no me lleves todavía porque tengo muchas cosas por hacer». En su estilo retórico, tan cercano a los predicadores de la iglesia electrónica, reiteró la misma idea y la misma emoción de distintas formas. Pidió una vida, aunque dolorosa, para seguir luchando por la gente. Era difícil precisar si se estaba realizando la confesión más feroz y auténtica de su existencia o si ofrecía una imbatible promoción electoral. Quizás hacía ambas cosas. Madeleine estaba arrobada. Pensó entonces que quizás ese era el talento de Chávez, que ahí residía una de las fortalezas de su atractivo: todo lo que hacía parecía sacado de un puntual y riguroso libreto. Todo lo que hacía, al mismo tiempo, parecía ser violentamente espontáneo. La gente lo escuchaba conmovida, llorosa. Lo que decía era verdad, una verdad afectiva, irremediable. Esa relación era el carisma. Ese vínculo que Chávez había reinventado. Tú eres Chávez, fue uno de sus eslóganes durante la campaña electoral de ese año. Él es Chávez, ella es Chávez; los niños son Chávez, las madres son Chávez, todos somos Chávez. «Porque yo ya no soy Chávez», gritó estirando su voz al máximo, en uno de los actos de cierre de campaña. «¡Yo soy un pueblo, carajo!».

Aquel atardecer en Barinas fue lo más cerca que Madeleine estuvo del líder durante todos los meses que pasó en Venezuela. Lo vio caminar frente a ella después de la ceremonia. Sus miradas se cruzaron dos segundos. Ella sintió un pequeño estremecimiento. ¿Quién era en realidad ese hombre? ¿Cuánta verdad y cuánta mentira habitaban dentro de él?

Algún tiempo después, de vuelta en Estados Unidos, vio en la televisión una entrevista donde el famoso presentador norteamericano Larry King recordaba un encuentro con Chávez. Le había resultado un hombre encantador, muy simpático. King resaltaba el hecho de que, fuera del alcance de las cámaras, Chávez conversó con él en perfecto inglés, pero que, al llegar la hora de la entrevista, exigió la presencia de un intérprete y respondió a las interrogantes en español, como si no tuviera la más mínima idea de lo que el entrevistador le preguntaba. King creía que era una estrategia, que no deseaba que su gente supiera que él sabía hablar inglés.

El carisma no se improvisa.

Durante todo el viaje de regreso de Barinas a Caracas, Madeleine estuvo dándole vueltas a esa frase. El taxi avanzaba como si no avanzara, devorando una carretera infinita hacia un horizonte aplastado. Y ella, con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla, pensaba. Se detuvieron en una estación de gasolina y Madeleine aprovechó para comprar agua y dulce. Al regresar, el taxista la estaba esperando para que pagara, era parte del acuerdo. Madeleine volvió a sorprenderse con el precio de la gasolina. Llenar todo el tanque de un automóvil costaba menos que una pequeña botella de agua mineral. Esa era una definición del país. Eso era Venezuela. Volvieron a montarse en el carro y retomaron la marcha. Cruzaron junto a pueblos abandonados al borde de la carretera, pocas casas a medio hacer, con niños desnudos y descalzos corriendo hacia ninguna parte. La autopista era un reflejo frente a sus ojos. Sentía que lentamente se hundía en un túnel reverberante y húmedo. Se quedó dormida. O no. Nunca lo supo bien. Estuvo yendo y viniendo del sueño, nadando sobre un ligero vapor, mezclando imágenes sin saber muy bien de dónde provenían. Veía a la gente que había entrevistado en los barrios populares, gente humilde, muy pobre, que aseguraban que Chávez les había cambiado la vida; gente con historias difíciles, familias deshechas, que había tenido siempre que enfrentar grandes dificultades, gente que gracias a Chávez se había sentido querida, importante. Todos esos rostros y esas palabras se combinaban de manera desigual con la experiencia que acababa de tener, con esa pieza melodramática perfecta, con la secuencia del líder encarando a los dioses y ofreciéndose en sacrificio por los pobres.

Unos meses después, volvería a pensar en lo mismo. La esperanza es irracional pero se administra. El carisma es inasible pero se planifica. Pero siempre hay una dimensión particular, una zona sensible, que nadie puede controlar. Probablemente, esa zona también había afectado la relación de Chávez consigo mismo; también él había ido arrobándose cada vez más con su propio resplandor. Era una dinámica muy difícil de manejar sanamente. En junio del 2012, en un acto militar, Chávez afirmó: «Quien no es chavista, no es venezolano».

La vanidad es el motor de la historia.

Madeleine volvió a quedarse dormida. El taxi cruzó veloz junto a una valla gigantesca, clavada en mitad del campo: TODOS SOMOS CHÁVEZ. En letras rojas.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —le dijo, mientras juntaba sus dos manos sobre el tazón caliente de café.

—Willmer —dijo. Y sonrió.

A Madeleine la sonrisa le pareció una mueca burlona. Le dolió.

—No recuerdo lo que pasó anoche —susurró, bajando la cabeza, como si pidiera perdón.

Willmer se rascó la barba, miró hacia el techo, sorbió café, finalmente la miró y volvió a sonreír de la misma manera.

—No pasó nada.

Madeleine sintió un alivio debajo de la lengua. Con cierto disimulo, quiso enterarse de más.

Entendió que se encontraban en el apartamento de Zuleyka. Que, después del último mitin de Chávez, bajo la lluvia en la avenida Bolívar, se habían ido todos a bailar a un lugar en el centro de la ciudad. Que Zuleyka la había invitado. Que habían bebido como si el alcohol fuera a pasar de moda. Que luego habían seguido bebiendo en ese apartamento. Que muchos se fueron yendo de a poco hasta que solo quedaron ellos tres. Que Madeleine se había puesto crítica con la revolución y que Zuleyka y Willmer se habían puesto críticos con Madeleine. Que en el fragor del debate, quién sabe por qué pero eso siempre pasa, habían comenzado también a hablar de sexo. Que Willmer había dicho que Madeleine no entendía los nuevos paradigmas. Que ellos eran el hombre y la mujer nuevos. Que la habían llamado conservadora y puritana. Una gringuita típica y republicana. Que Madeleine había dicho que no. Que Zuleyka había dicho que sí. Que Zuleyka le había dado un beso. Que Willmer le había dado un beso. Que una cosa lleva a la otra y que otra cosa lleva siempre a una cama. Que la misma Madeleine, como para demostrar que no era todo lo que decían, había dicho que sí, que se acostaran y retozaran y se lamieran y se cogieran los tres juntos.

—Pero te quedaste dormida —dijo Willmer—. Y cuando nosotros fuimos al cuarto estabas en la cama, desnuda pero roncando. No pasó nada.

Madeleine se bebió de un golpe todo el café.

—Por más que lo intentes, no lo vas a lograr. Tu inconsciente también es burgués. Tú eres un producto típico del imperialismo —dijo Willmer.

Y volvió a sonreír de la misma manera.

A veces, una boda es una fuga. Al menos, así era para algunos de los cubanos que trabajaban en Venezuela. Una de las maneras más prácticas de escapar era casándose con una pareja local. Frente a eso, el gobierno cubano no podía hacer nada. Ponía trabas, sí. Molestaba con la burocracia, investigaba, hacía que todo fuera más difícil. Pero, al final, el amor triunfaba y el compañero o compañera podía salir de la isla a reunirse con su esposa o esposo. Era un trámite frecuente. Tanto que, incluso, comenzaba a convertirse en un negocio. Ya había casos de venezolanos y venezolanas dispuestos y dispuestas a contraer matrimonio a cambio de una paga justa, de una contribución metálica provechosa. Aylín no le estaba proponiendo eso a Fredy Lecuna. Tampoco lo estaba convidando a una historia romántica. Solo le estaba ofreciendo un trato:

—Es simple, chico. Te hago el puente con alguien que está dentro del CIMEQ de La Habana y tú, a cambio, te casas conmigo. ¿Qué te parece?

Al periodista, de entrada, le pareció muy complicado. Pensó de inmediato en Tatiana y en su hijo.

—Me dijiste que no estabas legalmente casado.

—Así es. Pero, de todos modos, es mi mujer.

—Yo no quiero ser tu mujer. Yo solo quiero ser tu esposa. Entiende la diferencia —dijo ella, enfatizando su clásico tono al hablar.

Aylín se fue a la isla, con un permiso vacacional, a visitar a su familia. Cuando regresó, a principios de enero del 2013, Fredy ya tenía una respuesta. Chávez se encontraba recluso en Cuba y nadie sabía a ciencia cierta cómo estaba, qué estaba ocurriendo con él. Y, además, la fecha en que debía entregar su manuscrito ya se había vencido y su escritura seguía más o menos igual: paralizada. Cada vez que se sentaba frente a la computadora, sentía los dedos pesados, como vegetales muertos.

Ni siquiera lo celebraron. Era un acuerdo ejecutivo. Fueron a comer hamburguesas, compartieron papas fritas y bebieron cerveza. Al final, en el segundo café, Fredy se demoró más tiempo de lo necesario explicando una y otra vez que no se mudaría de su casa, que no le diría nada a Tatiana ni a Rodrigo, que, más aún, ni su mujer ni su hijo debían enterarse jamás de ese matrimonio, y que, si por alguna circunstancia o más bien por un accidente, alguna vez se enteraban, debía quedar claro, suficientemente claro, que esa boda solo era un contrato, una estrategia, un vínculo solidario si acaso, nada más.

Y Aylín entonces también dijo que sí. A todo.

El periodista volvió nervioso a su casa. Sentía que tenía una culpa tatuada en la piel, que era imposible ocultar lo que acababa de acordar con Aylín. Creía que su mujer se daría cuenta de inmediato, con solo mirarlo. Se sentó frente al computador y trató de distraerse mirando varios videos que había bajado de la red. Tenía un registro de cómo, desde el principio, en el año 2011, Chávez había desarrollado un proceso de sacralización de su enfermedad. Cuando regresó de Cuba, después del primer tratamiento, todas las iglesias y cultos del país participaron en actos públicos a

favor de su salud. El día 27 de agosto se realizó un bilongo, con rezos y cantos; Chávez por supuesto habló de la negritud y de la patria multicolor, agradeció tanto amor y, desde un balcón del palacio presidencial, dijo: «¡Chávez vivirá por muchos años más!». El día 29, con motivo del próximo inicio del tercer ciclo de quimioterapia en el Hospital Militar de Caracas, se realizó una vigilia. En Los Llanos apareció un peregrino dispuesto a recorrer a pie todo el país por la salud del mandatario. A principios de septiembre, representantes de diferentes etnias indígenas también realizaron un evento religioso, un ritual chamánico. Todo eso no hubiera pasado de ser una secuencia de diferentes manifestaciones de apoyo fervoroso a un líder carismático si no se hubiera implementado, al mismo tiempo, una gran campaña mediática oficial que buscaba establecer una relación de absoluta similitud entre la salud del Presidente y la salud de la patria. Se trató de una operación publicitaria excelente, con un manejo extraordinario del elemento melodramático. Una serie de videos, titulados *Al calor de la fe*, daban cuenta de esta intención. Fredy Lecuna se encontraba mirando una de esas grabaciones cuando llegaron su mujer y Rodrigo. El niño se fue apremiado a su cuarto, Tatiana se quejó del tráfico, de la irresponsabilidad de la gente con la que estaba trabajando, de lo cara que había llegado la factura de luz. Hasta que lo miró de frente y pareció notar algo.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó con una expresión ambigua en el rostro, medio sorprendida, medio intrigada.

Fredy dijo que no pasaba nada. Y mintió de nuevo. Fue lo único que se le ocurrió hacer. La única manera de sobrevivir a la mentira era mintiendo más. Le contó que había decidido exigirle otro anticipo a la editorial. Afirmó, con asombrosa firmeza, que por fin había encontrado un contacto importante, que no podía hablar mucho de eso, pero que, sin duda alguna, ya estaba seguro de que su libro sería un éxito sin precedentes.

—Este es el momento perfecto para negociar más dinero.

—¿Tú crees? —preguntó Tatiana, temerosa, vacilante.

Fredy Lecuna la abrazó.

—Confía en mí —dijo en voz baja. Muy baja.

Cuando se presentó en la editorial le avisaron que el gerente general lo estaba esperando. Ya sentado en la amplia y vacía sala de juntas comenzó a tratar de administrar su inquietud. Ya no sentía el mismo aplomo y el recuerdo de todas las conversaciones que había tenido con diferentes personas de la empresa le producían más intranquilidad. El gerente general entró sonriendo, despachando otro asunto por teléfono, saludándolo con la mano, invitándolo a volver a sentarse, siempre sonriendo. Parecía un empresario feliz.

—A ver, Lecuna —le dijo—. Te voy a explicar cómo veo yo las cosas: esto es una industria, tú firmaste un contrato, aquí está —le señaló unas hojas de papel sobre la mesa.

—Sí, pero...

—Tú te comprometiste a entregarnos un manuscrito en —estiró la vista hacia el contrato, como

si no recordara bien— ¿noviembre del año pasado?

—Cuando hablamos quedamos en que los tiempos eran flexibles y que... —Fredy no pudo seguir más allá.

—Lamentablemente ya no es posible —interrumpió el gerente—. Los tiempos no son tan flexibles, Lecuna. Sobre todo los tiempos del Presidente —añadió, dejando colgada una rara sonrisa sobre sus labios.

Fredy guardó silencio. Hubiera querido patearle el hocico pero su naturaleza no daba para esos excesos. Se quedó mirando hacia el suelo.

—A ver, Lecuna —repitió—. Te voy a ser sincero —volvió a decir, ya sin sonreír—. ¿Sabes qué es lo peor de este trabajo? —Fredy alzó la cara, sintió que estaba forzado a mirarlo—. La vanidad de los escritores. La puta y maldita vanidad de los escritores. Son peores que las actrices de televisión, ¿sabes? Hablan todo el día de sí mismos, de lo que escriben o no escriben, de las dificultades que tienen para escribir. De lo que piensan, desean o sueñan escribir. De la nueva idea que tienen. De lo que se les acaba de ocurrir. De lo que tratan de escribir pero no pueden, no les sale... Todos siempre piensan que tienen menos de lo que se merecen. ¿Entiendes lo que quiero decirte, Lecuna?

Lecuna entendió pero no lo dijo. El gerente general estaba de pie, con sus puños apoyados en la mesa.

—La industria del libro sería mucho mejor sin los escritores —concluyó—. Lamentablemente, eso es imposible. —Volvió a sentarse, miró el contrato, suspiró sonoramente—. Tú tienes una gran oportunidad. Estamos a principios de enero, Lecuna. Tienes dos meses más para entregarnos el manuscrito. Si no lo haces, te vamos a demandar.

La sorpresa se apoderó de los gestos de su cara.

—No nos vengas ahora con la pendejada de que necesitas más plata, ¿sí? Dale, Lecuna —le dijo antes de salir, dejándole caer un palmadita en el hombro—. ¡Ponte a escribir!

Fredy y Aylín se casaron en un acto sencillo, en la prefectura, con dos testigos improvisados y sin ninguna celebración posterior. Aylín, sin embargo, llevaba un vestido blanco. Sencillo, discreto, pero blanco. Apenas la vio, el periodista se sintió incómodo. El color le pareció un guiño sentimental que no formaba parte del acuerdo. No era necesario ese énfasis.

—Coño, no te pongas así. Tampoco seas tan seco. Una no se casa todos los días —exclamó Aylín, en voz baja, sonriendo.

Dos horas después, Fredy Lecuna estaba de vuelta en su casa, con la noticia de que tenía una emergencia, debía salir velozmente de viaje, por fin había podido concretar lo del contacto en Cuba. Trató de hablar rápido y lucir muy apremiado. Como si el avión lo estuviera esperando en la calle, frente al edificio. Insistió en la importancia de su hallazgo, había un hombre dispuesto a hablar en La Habana, era el giro que tanto había buscado, la vuelta informativa que tanto necesitaba para terminar por fin su libro. Todo sucedió más o menos así:



—¿Qué crees que hacía Hemingway? ¿Quedarse en su casa esperando a que el reportaje llegara a tocarle la puerta? —exclamó Fredy, mientras metía de forma acelerada y desordenada alguna ropa en una pequeña maleta.

—Tú no eres Hemingway, Fredy. No me jodas con eso —reprochó ella con bastante sentido común.

Él no tuvo más remedio, entonces, que confesarle su fracaso con la editorial. Le contó de su reunión con el gerente, del ultimátum que le habían dado, de la amenaza de demanda. Ella habló de Andreína Mijares, de su presión constante, de la congoja que significaba vivir de esa manera, con el miedo a que en cualquier momento pudieran quedarse sin casa. Él repitió obcecadamente el cuento de su presunto contacto en La Habana, una hipotética enfermera o un hipotético paramédico que trabajaba en el CIMEQ, el exclusivo hospital donde Chávez estaba siendo tratado. Ella repitió sus cuestionamientos a la manera en que Fredy había manejado el proyecto del libro, sus innumerables días perdidos, sus misterios y secretos, la relación con esa cubana que trabajaba para el gobierno, la improductividad demostrada durante tantos meses. La promesa del contacto en la isla no le daba ninguna confianza.

—Es una oportunidad única —sentenció él.

—Puede ser una gran mentira —acotó ella.

Él dijo que no y ella dijo que sí. No hay nada más destructivo que la inseguridad. Y Tatiana tenía mucha, había acumulado ya demasiada. Fredy hacía maromas imposibles por disimular, por parecer natural. La simple idea de que Tatiana se enterara de que se había casado con Aylín lo ponía a temblar. Tatiana decía:

—¡Puede ser una trampa, una estafa! ¡Ni siquiera sabes si esa mujer te está mintiendo, si ese contacto existe! ¡Ni siquiera tienes su nombre!

Y Fredy volvía a hablar de Hemingway.

Finalmente, el volumen fue subiendo y las frases saltaron por el aire, como si quisieran escapar de aceite caliente.

—¿Y si Andreína Mijares se presenta con una orden judicial y nos desaloja? —preguntó Tatiana.

—¡Eso es imposible! —exclamó Fredy.

—Eso dices tú —dijo ella. Y añadió—: pero ¿y si sucede?

Fredy dio pasos impacientes, manoteó el aire, terminó encarándola:

—¿Y si en este momento entran unos ladrones y nos disparan y nos matan? ¿Ah? ¿O si ahora mismo me da un infarto y me muero? ¿O si se cae el avión esta tarde?

Se quedaron callados un instante. Solo unidos por una mirada furiosa. Fue un chispazo de silencio, una descarga muda. Nada une más que la rabia compartida.

—¿Sabes qué? —musitó de pronto ella—. No me preguntes por qué, pero a veces siento que no vas a regresar.

Fredy presintió un temblor que venía de adentro, una pequeña convulsión que estiraba sus pliegues, desatando movimientos cada vez más amplios. Hizo un esfuerzo y se contuvo, recuperó el disimulo, la miró con ternura y soltó unas palabras en una exhalación.

—¿Qué te pasa, mi amor? ¿Cómo dices eso?

Y la abrazó. Y también la besó. Tatiana se mantuvo firme, con una serena desolación.

Durante el vuelo a La Habana, mantuvo el ceño arrugado y la mirada extraviada. Aylín llegó a pensar que le tenía miedo a los aviones. A la tercera turbulencia, le agarró la mano. El periodista se zafó con un ademán leve y siguió en silencio. Aylín, entonces, le dijo que debían hablar seriamente. Le explicó que ella sí necesitaba un mínimo de actuación en la isla. No era un asunto romántico sino de estricta seguridad. La desconfianza en el otro era parte de la dinámica de control en Cuba. Era un sistema basado en la vigilancia mutua.

—No podemos arriesgarnos —le dijo.

En concreto, Aylín quería que fingiera un poco.

—No puedes andar conmigo con esa cara —dijo—. La gente va a sospechar, ¿entiendes?

Ella solo pedía un poco de naturalidad. De natural felicidad, de natural alegría; un poco de amor natural.

—Como si en verdad estuviéramos recién casados, coño.

Mientras el avión descendía, y el destino se hacía cada vez más tierra y menos mar, Fredy Lecuna comenzó a pensar en el tránsito que lo estaba llevando hasta esa isla, hasta ese momento en que, de pronto, la cursilería se había convertido en una forma de periodismo.

Toda la familia de Aylín estaba esperándolos en el aeropuerto.

—Sonríe, papi. Dame un besito.

—¿Periodista? —preguntó el funcionario, poniéndose en guardia de inmediato.

Andreína Mijares le aclaró que su inquilino estaba desempleado. Era un periodista sin trabajo. El dato pareció tranquilizarlo. Luego comentó algo sobre la manipulación mediática de la derecha y citó una frase del presidente comandante Hugo Chávez.

Andreína no pronunció una palabra. Pero puso cara de estar de acuerdo. O al menos eso creyó, eso pensaba. Era una mueca pujada desde los huesos, un disimulo muy tenso. Todavía no podía creer que estuviera sentada ahí, platicando con el enemigo.

Dos días antes, Carolina Troconis la había llamado por teléfono y le había dicho que había encontrado la forma para resolver su problema. Solo le dio un número telefónico y una aclaratoria.

—Son chavistas —le dijo—. ¡Prepárate!

Andreína Mijares fue a una dependencia oficial de la gobernación y se reunió con un funcionario. Le pareció un hombre normal, un burócrata clásico, con cara de manual de procedimientos. Le contó todo, con lujo de detalles, mostrando diversos documentos. El funcionario la escuchó con paciencia y respeto, luego apartó el montón de papeles que ella había traído y le explicó que había que resolver la situación de otra forma. Andreína Mijares no entendió, o dudó si estaba entendiendo lo que en realidad creía entender. Pensó que el hombre le estaba pidiendo dinero. El funcionario sonrió y le explicó que solo deseaba ayudarla, que solo trataba de ahorrarle trámites suicidas. Andreína seguía sin comprender.

—Tiene que invadir —le dijo.

El rostro de Andreína: desconcierto, química perplejidad.

—Nada de esto sirve —dijo el funcionario, aludiendo a los papeles.

—¿Y entonces? ¿Qué puedo hacer?

—La única salida es que usted entre por la fuerza. Usted tiene que invadir su propia casa.

Dos días después, Andreína Mijares se encontraba en la mitad de Petare, las enormes montañas llenas de barrios populares, en el este de Caracas. Jamás en su vida había pisado ese lugar. La pobreza, para ella, era un paisaje lejano, el sonido distante de las estadísticas. Tampoco sabía muy bien quiénes eran los pobres. ¿Qué designaba realmente esa palabra? ¿Cómo eran? ¿Qué sentían, qué pensaban? De pie, frente a una de las entradas al barrio San Blas, no podía evitar repetirse esas preguntas. De manera inconsciente, tenía sus brazos cruzados sobre el pecho, apretando su bolso. Estaba esperando, tal y como le habían indicado que lo hiciera. En el lugar preciso. Parada sobre la acera. Un poco más a su derecha, orillado, estaba también el taxi que había contratado especialmente para que la llevara, la aguardara y la bajara de regreso a la ciudad. A lo que ella creía que era la ciudad. O, al menos, a *su* ciudad. Eran las ocho de la mañana y mucha gente cruzaba, subía o bajaba, por la calle. Tomaban diversas escaleras, también subiendo y bajando, que surcaban los espacios llenos de casas. Eso era un barrio popular, se dijo. Toda esa gente eran los pobres, se dijo. Pensó que lo que sabía de ellos era más bien poco o nada. Quizás solo tenía simples

estereotipos. Prejuicios. Y miedo. Mucho miedo. También a ella la miraban. Unos de frente, otros de reojo, algunos de forma rápida, apurada; otros con más curiosidad. Pero sabían que estaba fuera de lugar. Que no les pertenecía. Que era una extranjera en el reino de los pobres.

—Parece otro país, ¿verdad?

Andreína se quedó impávida, sin moverse, sin saber cómo reaccionar. Sintió que la presencia que estaba a sus espaldas iba girando, dando pasos lentos, apareciendo, hasta que la mujer con media sonrisa y una voz estuvo frente a ella.

—¿Sí o no? ¿Esta vaina no te parece muy distinta a donde tú vives?

Después de explicarle que la única posibilidad de recuperar su casa era invadir su casa, el funcionario se había entretenido un tiempo explicándole las dificultades del camino revolucionario. Decía cosas como: no es fácil construir el socialismo desde las bases de una sociedad rentista. O también: somos una revolución en proceso, en transición, todavía no hemos superado los vicios del pasado, la herencia del capitalismo. O además: no se puede sustituir un modelo de la noche a la mañana. Estamos en una ruta híbrida.

—No sé si me explico —concluyó, mirándola, como si estuviera cerrando una jornada pedagógica—. No sé si usted me entiende —agregó.

Andreína todavía estaba boquiabierta, estupefacta. Le costaba digerir la propuesta. No lograba ni siquiera imaginarla.

—Con todo gusto —insistió el funcionario—, yo podría ponerla en contacto con las personas idóneas. Se trata —aclaró— de unas compañeras con mucha experiencia.

Estaba aludiendo a tres mujeres, dos de ellas vinculadas directamente al partido, que ya habían participado antes en varias tomas, dirigiendo a distinta gente en algunas de las invasiones populares que se habían registrado en los últimos años en la ciudad.

—No son unas novatas. Ellas pueden ayudarla con su casa.

Y siguió aclarándole que, por supuesto, Andreína tendría que hacerse cargo de los honorarios de las tres mujeres, que no se trataba obviamente de un aporte militante, no era el caso, sino más bien de un rebusque, de una labor a destajo que habría que pagarle a las compañeras. Andreína continuó boquiabierta y patidifusa pero estuvo de acuerdo con todo. El funcionario realizó una llamada telefónica y luego escribió una dirección en un papel:

—¿Usted, por casualidad, conoce el barrio San Blas de Petare? —preguntó.

Sus nombres: Virginia, Mildred y La Tierrúa. Así, al menos, la llamaban las dos primeras. Virginia debía tener cerca de cuarenta años, quizás un poco más, quizás un poco menos. Era la mayor. Era también la más gorda. Pero no parecía importarle demasiado. Llevaba un pantalón de lycra de color azul, pegado hasta la cintura, y una camisa sin mangas, estrecha y breve, que a duras penas arrojaba sus senos, dejando al aire una barriga oronda, generosa. En apariencia, parecía ser la líder del trío. Mildred era delgada, huesuda. Andreína le calculó treinta y cinco años. También pensó que tenía

facciones indígenas. Supuso que tal vez era campesina, o medio campesina, que tenía un pasado rural muy cerca. Mildred hablaba poco pero miraba de manera distinta. Como si siempre estuviera viendo todo dos veces. La Tierrúa la fue a buscar a la calle y la saludó con cinismo, la miró de arriba abajo y le dijo sígueme. Era la más joven, tal vez ni siquiera llegara a los treinta años. Tenía tres aros en la oreja izquierda y un tatuaje en la mano izquierda. Mascaba chicles y usaba una boina de color verde oliva. Parecía agresiva, nunca dejaba de observarla con desdén. Las tres eran morenas. ¿Por qué usó la palabra morena? ¿Por qué no dijo negras? ¿Eran morenas o negras? ¿Cuál era realmente la diferencia? Se puso nerviosa, sin sentido. ¿Decir moreno era más amable que decir negro? ¿Era más o menos agresivo? ¿Decir negro era agresivo? ¿Era más amable, más justo, más digno? ¿Era por eso que el gobierno había decretado una vigilancia sobre el lenguaje, promoviendo el uso público del término afrodescendiente? Son tres negritas simpatiquísimas, había dicho el funcionario. No se preocupe. Le van a caer muy bien. En ese momento las tenía enfrente y solo se sentía incómoda, descompuesta, fuera de lugar.

—Estás nerviosa.

—Un poco, sí.

—Cuando la fui a buscar estaba pálida. Es una sifrina que por primera vez sube al cerro. Eso es lo que tiene.

—Mientras estés con nosotras, aquí no te va a pasar nada —dijo entonces la gorda, mirándola de frente—. Cuéntanos cuál es el rollo.

Andreína les contó. El relato fue interrumpido constantemente. A cada momento, alguna de las mujeres comentaba algo y ese algo daba pie a una breve conversación entre las tres. Hablaban sin pudor, como si Andreína no estuviera presente; glosaban alguna anécdota, se reían con estridencia, se burlaban, trataban de interpretar el relato de Andreína, hasta que Virginia ponderaba que ya era hora de regresar a la historia y, con un gesto, le devolvía a Andreína la palabra. Cuando terminó, las tres mujeres se miraron y apenas compartieron unos ademanes cómplices. Virginia volvió a mirarla de frente y solo dijo:

—Hecho.

No le obsequiaron más detalles. Una dijo: tranquila. Otra dijo: nosotras nos encargamos. La Tierrúa añadió: está fácil. Y quedaron en que la llamarían en dos o tres semanas para darle la fecha y el precio. Así de sencillo. Pero Andreína quería saber más. Estaba repleta de interrogantes. ¿Cómo actuarían? ¿Cuál era en concreto el plan? ¿Entrarían al apartamento y qué? ¿Y después qué? ¿Qué harían una vez que estuvieran adentro? ¿Cuál sería entonces el *modus operandi*? ¿Acaso habría algún tipo de violencia? Le perturbaba sentir que estaba organizando algo conflictivo e ilegal. Le angustiaba no controlar lo que podía ocurrir. Le asustaba la presencia de un menor de edad en el apartamento, los riesgos que eso pudiera traer.

—Lo del niño está del carajo. No te preocupes por él —exclamó La Tierrúa—. Nos conviene que esté ahí.

Mildred solo dijo ajá.

Y Virginia:

—No te des mala vida. Vamos a usarlo para que esa mujer se vaya más rápido de tu casa. Eso es lo que tú quieres, ¿no?

Rodrigo se calzó los audífonos en las orejas. Tenía la puerta del cuarto cerrada y estaba frente a la computadora, chateando. Había hecho una apuesta con sus amigos del colegio. Él era el único que creía que Mariposa podía ser una chama de su edad. Sergio decía que era vieja, como de treinta años, con bigote y una verruga en las tetas. Franklin decía que de seguro era un mariquito como Henry Cárdenas, el amanerado que estudiaba en la otra sección. Rodrigo, con el orgullo herido, había dicho que Mariposa era real, que estaban empatados, que tenían una relación. Los otros se rieron, se burlaron. Así nació la apuesta y por eso Rodrigo estaba escribiendo con una urgencia en la punta de sus dedos.

Quiero verte.

¿Para qué?

Para verte.

Silencio. Pausa. Vacío.

Para saber cómo eres, insistió.

Y otra vez silencio y pausa y más vacío.

Ya sabes cómo soy. Ahora tengo que irme. Mi mamá me está llamando.

¿Tu mamá está dormida?

Sí. Ella siempre se acuesta temprano.

Había decidido mentir. No solo a Vampiro. También al resto del mundo. No tenía muy claro cuánto podría durar esa vida ficticia. Era la mejor forma de mantenerse viva. Apenas había pasado un mes. Hasta el momento, había logrado disipar telefónicamente una llamada de una tía y otra llamada de Cecilia, su madrina. Por suerte, las dos estaban en San Cristóbal. A las dos, también, les dijo lo mismo. Su madre estaba enferma, afónica, el doctor le había quitado el cigarrillo y le había prohibido hablar. Ella la estaba cuidando. Cecilia dijo que pronto iría a Caracas. La tía la bendijo y recomendó que su madre tomara agua hervida con una cebolla morada, tres estrellas de anís y unas gotas de ron.

María comenzó a repetir las rutinas de su madre. Un hábito: bañarse a las seis de la tarde y secarse con dos toallas. Su madre cumplía con esa práctica cada día con mecánica exactitud. María sabía que eran las seis porque escuchaba el ruido de la regadera, las gotas cayendo y estrellándose contra las losas grises. Solía demorarse diez minutos bajo el agua y luego se secaba, usaba un paño para el cuerpo y otro para el cabello. Así también empezó a hacerlo María, aunque no tuviera el cuerpo ni el cabello para hacerlo, aunque siempre le sobrara trapo. Salía del baño arrastrando una toalla por el suelo y tratando de mantener la otra en equilibrio sobre su cabeza. Después, desnuda, se miraba en el espejo que colgaba detrás de la puerta del cuarto de su madre. Ese cuerpo delgado y todavía sin formas claras no se parecía demasiado a su madre. A veces se tocaba el pecho y se preguntaba cómo sería tener tetas. Cómo será. Y seguía mirándose en el espejo. Se imaginaba entonces con tetas y más alta y, entonces también, veía a su madre dibujada en el espejo,

sonriéndole.

Otro hábito: untarse con crema la cara antes de dormir. María recordaba que, cada noche, su madre se sentaba en la cama, tomaba un frasco plástico y pintaba suavemente su rostro con una crema casi blanca. María recordaba una noche en especial, con ella descalza y en pijama, las piernas cruzadas, sentada en la cama junto a su madre, mirándola. Su madre le habló de la piel, le dijo que eso era bueno para que la piel no se secara. María le dijo que olía guácala y su madre sonrió y dijo ya te tocará usarla, te acordarás de mí. Y le dejó un pellizco de crema en la punta de la nariz. Las dos rieron. María consiguió el envase con crema en un estante del baño. Tuvo que traer una silla del comedor para alcanzarlo. Pero estaba decidida. A partir de ese día, cada noche, antes de acostarse, se sentaba en la cama y extendía la crema casi blanca sobre su rostro.

En la sala, la televisión seguía hablando sola. Siempre. De seis de la mañana a diez de la noche. Como antes.

El precipicio que deja la muerte del otro solo se puede tapar con el miedo a la propia muerte. María era muy pequeña, todavía no tenía edad para imaginar demasiado en serio su propia muerte. Después del duelo, de los días paralizados sobre la cama de su madre, aferrada a la cobija y a las ganas de llorar, de pronto comenzó a rescatar los ritos cotidianos, los procedimientos domésticos que tenían antes; restableció las mismas ceremonias que definían la existencia, como si su madre todavía viviera. En una gaveta del clóset encontró tres chequeras nuevas dentro de una bolsa de plástico. No le costó nada falsificar la firma de su madre. Su primera salida fue al pequeño supermercado que quedaba en la planta baja del edificio de la esquina. Ya conocía al dueño, un viejo portugués, venido de Madeira, que masticaba el español con simpatía. Desde que habían dejado de ir al mercado municipal se surtían en ese lugar todas las semanas. María hizo su primera compra y su primer acuerdo en esa única visita. Estaba muy nerviosa. Sentía que le temblaba la voz. Le dijo al portugués que necesitaba hablar con él, que era algo personal. El hombre, perplejo, algo desconcertado, la llevó hasta el fondo del local, donde se apilaban huacales de tomates. María le contó que su madre estaba enferma, que el doctor le había mandado reposo, que no podía pararse de la cama, que no podía ni siquiera hablar.

—¿Qué tiene? —preguntó sorprendido el portugués.

—No sé muy bien —dijo María, bajando la mirada hacia el suelo—. Creo que es algo que tiene que ver con el cigarrillo —añadió.

El portugués imaginó lo peor y se puso a la orden para lo que fuera, se mostró totalmente dispuesto a que, a partir de ese momento, María llamara por teléfono e hiciera el encargo de la compra. Uno de los empleados le llevaría todo al apartamento y ella pagaría con un cheque. Muchas gracias, dijo, con el calor de la mentira todavía en las mejillas. El portugués dijo de nada, le mandó saludos a su madre y, al despedirse, le regaló una caricia algo torpe en el cabello. Lucía verdaderamente conmovido.

En la agenda telefónica de su madre, en la última hoja, encontró la clave telefónica de la cuenta bancaria. A través de internet, domicilió todos los servicios. Retomó sus estudios con una disciplina



bastante similar a la que había tenido. Resolvió con éxito algunas tragedias domésticas: asesinar a una cucaracha en la cocina. Gastó varias horas frente al espejo con una tijera en una mano y una revista de modas en la otra, tomando fuerzas para cortarse el cabello. Se enfrentó al largo mesón de trabajo de su madre. Los ojos, las tijeras, las pinzas. La silla vacía. A veces, al final de la tarde, se sentaba sobre la mesa a mirar por la ventana. Solo desde ahí podía ver la calle. Asombrada, perpleja. Como si viera una película. Como si viera gente caminando en medio de la nieve.

Un mediodía estalló un bombillo. Ella comía espaguetis con atún, una de las recetas favoritas de su madre. Y era sencilla: ajo y cebolla con un poco de aceite en el sartén, a fuego bajo. Luego se agregaba la lata de atún. Se añadía una cuchara de pasta de tomate y agua. Se mezclaba y se dejaba cocinar bastante, siempre a fuego bajo. El foco explotó en la cocina. Las pequeñas estacas de vidrio saltaron por todos lados. Algunas cayeron en el sartén, en el resto de la salsa que había quedado. El estallido la dejó paralizada. Con cautela se acercó a la cocina. Asomó primero la cabeza, miró, no entendía qué podía haber pasado. Solo cuando entró y sintió el crujido del vidrio delgado bajo sus sandalias miró hacia arriba. Cambiar el bombillo fue toda una proeza. No lo hubiera logrado sin el apoyo de Vampiro.

Mi mamá no puede pararse de la cama. Tengo que cambiarlo yo.

¿Y tienes escalera?

No. Pero tengo un taburete.

¿Está muy alto?

Está en el techo.

Eso no quiere decir nada. De pronto el techo es bajo.

No sé. Déjame ver.

Siempre chateaban de noche. También en eso María seguía actuando como si, de alguna manera secreta, su madre continuara ahí, vigilándola. Eran sus reglas. Eso era lo que había sobrevivido. Un sistema administrado por los temores al mundo exterior, un sistema de educación y de control. Una intimidad.

Yo lo veo alto. Pero puedo pasar del taburete a la despensa y ahí sí alcanzo.

¿Y tienes el bombillo?

Conseguí dos en el clóset. Voy a probar.

Si quieres yo puedo ir a ayudarte.

La frase quedó titilando unos segundos sobre la piel brillante del monitor. María sintió un frío punzante en la garganta. También le temblaron las rodillas. Abrió la boca, asombrada. La cerró, como queriendo evitar que se le saliera el susto. Ese fue el primer avance de Vampiro. Una señal lanzada hacia la tierra de nadie. Como una flecha de trapo. María se apartó de la computadora como si la computadora quemara. Sin dejar de mirarla, retrocedió dos pasos y se apoyó en el borde de su

cama.

¿Sigues ahí?

¿Te fuiste?

Con los días, la tensión fue creciendo, siempre en el mismo sentido, hacia el mismo destino. Después de dos o tres frases, o a veces después de cinco o seis, de diez o trece, Vampiro arrinconaba a Mariposa. Quería más. Quería saber más. Ser novios no podía ser tan solo ese intercambio suspendido en el mismo lugar. Vampiro sentía que el chat era un estacionamiento, un lugar cerrado donde terminaban aparcándose y cruzando palabras. Le gustaba chatear con ella, pero el gusto también se cansa, se agota, necesita renovarse. El deseo es movimiento. Un domingo le puso un ultimátum: o nos vemos o dejamos de ser novios. María se molestó. Apagó el programa de golpe. Probablemente, más que enojada, estaba exaltada, nerviosa.

Pasaron semana y media sin comunicarse pero, poco a poco, su propia rigidez se fue aflojando. Cada noche en silencio, mirando a oscuras la pantalla apagada del computador, María se volvía más flexible. Hasta que una noche volvió al programa. Permaneció visible un buen rato. Vampiro también estaba visible. Su avatar no había cambiado. Pero ninguno de los dos tomó la iniciativa. Estuvieron flotando en mitad de múltiples conversaciones, mirándose pero sin atreverse a actuar. Hora y media después, Vampiro desapareció. María quedó desolada. Lo que en un principio fue indignación, rápidamente se trabucó en angustia: ¿sería eso lo que pasaría de ese momento en adelante? ¿Habían terminado? ¿Habían terminado definitivamente? ¿Más nunca volvería a chatear con Vampiro? ¿Ya no eran ni siquiera amigos? La noche siguiente, ingresó aún más temprano, estuvo esperándolo, ansiosa. Solo se separó de la computadora durante unos breves segundos, cuando tuvo que ir al baño a secarse las manos. ¿Por qué le sudaban? ¿Qué era eso? ¿Qué estaba pasando? Cuando por fin el dibujo de Vampiro apareció como un resplandor dentro de la pantalla, Mariposa saltó a su encuentro.

¿Estás bravo conmigo?

No hubo respuesta. En un chat, el silencio puede ser demasiadas cosas.

Ya no me hablas.

Tú eres la que no me habla a mí.

Ahora te estoy hablando.

Y yo te estoy contestando.

Siguieron así hasta que se cansaron, hasta que María asumió la derrota, juntó sus manos, quiso morderse las uñas, los dedos. También juntó las piernas. Sintió un mareo debajo del ombligo y escribió y estuvo de acuerdo y dijo que sí, que se vieran.

¿Tú tienes cámara?

Despidió a Beatriz en el aeropuerto y hora y media después estaba ya en su casa. Eran las seis de la tarde del día 20 de febrero. Elisa iba a dar a luz en marzo, Beatriz había planificado viajar un mes antes para ayudarla y acompañarla. Sanabria había decidido quedarse. Dos meses en Panamá le resultaban una experiencia demasiado similar a la eternidad.

Apenas llegó, se sirvió un *whisky*. Tomó la caja de la biblioteca y la puso sobre la mesa baja que estaba en la sala y se sentó en el sofá, frente al televisor. Esperó unos minutos a que el calor del alcohol ablandara la dureza del hielo. Se entretuvo mirando la pantalla opaca, en penumbras. ¿Cuánto de la vida reciente del país había transcurrido en la televisión?, se preguntó. ¿Era acaso posible separar la historia y la televisión? Bastaba pulsar un botón para encender o apagar la realidad, o aquello que algunos pensaban que era la realidad.

Dejó el vaso en la mesa y tomó el pequeño cofre de madera. La caja de tabacos se había transformado en una presencia inquietante dentro de la casa. Todos los días la cambiaba de lugar, siempre dentro de la misma biblioteca, pero necesitaba moverla, tocarla, llevarla de un estante a otro. A veces incluso varias veces durante el mismo día sentía la urgente necesidad de agarrarla, de sentir sus esquinas duras entre sus dedos, de ponerla en otro sitio. Era como si ese pequeño envase de madera tuviera vida, una vida incierta y de alguna manera inasible, sin traza, no evidente pero sí palpable. Una vida indescifrable y peligrosa.

Dudó unos segundos y luego, con la mano izquierda, extrajo el teléfono celular. Lo encendió. Poco a poco, la pequeña pantalla se fue iluminando. Sanabria movió los dedos rápidamente, activó las herramientas del móvil y se encontró con dos videos. Ambos estaban identificados con la misma letra. Ch1 y Ch2. De pronto, volvió a titubear un instante. ¿Estaba haciendo lo correcto?

¿No se sentía acaso un poco indecente, un poco morboso? El saber es un hechizo poderoso. Tal vez, después de observar esos videos, ya nada sería igual. Durante todas esas semanas había sentido que la caja respiraba pero, en ese momento, con el teléfono en la mano, sentía todavía algo más, un calor peculiar, un temor cercano, la sensación de estar ingresando a un precipicio. ¿En verdad deseaba ver esas imágenes?

La ausencia de Chávez producía cada vez más zozobra. Sobre todo porque no había señales directas del Presidente. Todo lo que se sabía de él era a través de otros, de unos otros oficiales, como los altos funcionarios del gobierno; o de unos otros extraoficiales, como algunos periodistas o simples espontáneos que se atribuían fuentes clandestinas. La especulación había seguido reinando y, a medida que transcurrían los días, parecía ocupar completamente el país. La verdad era una experiencia cada vez más frágil. Ya sin ningún disimulo, la salud de Chávez no era un asunto médico sino religioso. Los altos funcionarios empezaron a hablar como sacerdotes. El Estado comenzó a parecer una iglesia.

Por más que el gobierno insistió en negarlo, todo el proceso era raro. El pretendido aire de normalidad contrastaba con un desconcierto, trabucado en tensión cotidiana. Los boletines oficiales, leídos por el ministro de Comunicación, mezclaban vagos datos clínicos con denuncias de guerras psicológicas y propagandas gubernamentales. Todos, invariablemente, terminaban con el grito

«¡Viva Chávez!» que, por momentos, más que una afirmación celebratoria parecía una retórica de ausencia, una forma de preparar la despedida.

En pocas semanas, el país había vivido un proceso vertiginoso y lleno de intrigas y suspensos. El 11 de diciembre fue operado en La Habana y, al día siguiente, se informó que la intervención había sido «compleja, difícil y delicada» y que, por tanto, «el proceso posoperatorio» sería también «complejo y duro». El 14 de diciembre se notificó que el mandatario se estaba recuperando. Cuatro días después se mencionó por primera vez que padecía una «infección respiratoria». El día de Nochebuena se notificó que Chávez «estaba caminando, haciendo ejercicios» y que le deseaba a todo el país muy feliz Navidad. El día 28 de diciembre, el Vicepresidente leyó un mensaje de Chávez a la Fuerza Armada Nacional Bolivariana. Aseguró que el propio Chávez había redactado el saludo de fin de año a los militares. «Aquí hay una revolución militar en marcha», sentenciaba la misiva. El 30 de diciembre se advirtió que el paciente estaba mejor pero no tan mejor, que su estado continuaba siendo «delicado» y «no exento de complicaciones». El 31 de diciembre, el gobierno realizó un acto de apoyo y homenaje en la plaza Bolívar de Caracas. Se llamó «Ahora más que nunca con Chávez». Garantizaron que, desde La Habana, Chávez seguía el evento por televisión. El 1 de enero del año 2013, uno de los ministros del gobierno, desde Cuba, escribió un tuit pidiéndoles a los venezolanos no creer en «rumores malintencionados» sobre la salud del Presidente. Dos días después se comunicó que el Presidente sufría de «insuficiencia respiratoria», a causa de una «severa infección pulmonar». Cuatro días después se dijo que la situación era «estacionaria». Chávez no pudo, como estaba previsto y lo establecía la Constitución, juramentarse como nuevo presidente electo del país. El 10 de enero se realizó una «juramentación simbólica» en el Palacio de Miraflores. La ceremonia contó con la asistencia de los presidentes de Uruguay, Bolivia y Nicaragua, y fue animada por un conocido y estridente showman de la televisión venezolana. El 13 de enero, tras una reunión del equipo político del gobierno en Cuba, se informó que el estado físico del paciente seguía siendo delicado pero que la «evolución clínica» era favorable. Diez días después, sin otros datos que las mismas notas rutinarias, un diario español mostró una foto donde supuestamente Chávez aparecía intubado en una sala de cuidados intensivos. La foto era falsa y el ejercicio periodístico fue un espanto. El periódico pidió excusas. El 26 de enero se anunció que la insuficiencia respiratoria había sido superada. El 29 de enero, a través de un mensaje por las redes sociales, se informó que Chávez estaba «en plenitud de sus facultades intelectuales» y «mandando más que un dinamo». El día 6 de febrero el propio Fidel Castro afirmó que Chávez «está mucho mejor, recuperándose». El 10 de febrero, el partido de gobierno realizó una gran actividad para colocar buzones en todos los municipios del país, con el fin de que la gente pudiera depositar ahí cartas de amor para el Presidente. Cinco días después se mostraron fotografías del mandatario leyendo junto a sus hijas un ejemplar del periódico cubano *Granma*. Se advirtió que Chávez utilizaba una cánula traqueal que lo ayudaba a respirar pero que no lo dejaba hablar. Nada de esto, sin embargo, se dijo, impedía que el Presidente se mantuviera «consciente y en labores de gobierno». Tres días después, en la madrugada del 18 de febrero, Chávez regresó a Caracas a continuar su tratamiento. Nadie lo vio bajar del avión. Nadie lo vio entrar al Hospital Militar. Nadie lo vio. Lo único que se pudo ver fue un mensaje solitario en su cuenta en las redes sociales. Nunca antes había estado, durante tanto tiempo, tan callado. Ya no era él. Ya no existía su presencia

avasallante, su protagonismo. Ya solo era una referencia. Un eco débil, apagándose. Un silencio.

Finalmente, el presentimiento de Sanabria se cumplía. Tal vez, las últimas palabras de Chávez estaban ahí, dentro de una caja. Encerradas en un teléfono barato. Pero todavía latiendo.

Vladimir llevaba semanas desaparecido. Sanabria había intentado comunicarse por todos los medios con él y no lo había logrado. Desde su regreso de La Habana, en diciembre, cuando fue a su casa a pedirle que escondiera esa caja, cada vez sabía menos de su sobrino. Más de una vez se preguntó por qué le había confiado la caja. ¿Por qué lo había elegido a él? ¿Sabía o intuía acaso lo que podía aparecer en esos videos? ¿Y la instrucción de dárselos a una periodista extranjera? ¿Qué implicaba? ¿Qué significaba? ¿Por qué nunca nada, en el país, podía ser normal, natural? ¿Por qué todo tenía que parecer siempre una intriga, una conspiración?

Sanabria por un instante pensó que Chávez de seguro jamás había soñado con un final así. Era el peor de sus posibles finales. Ver pasar a la historia desde una orilla, desde la orilla fatal de la enfermedad. Sin poder hablar. Sin poder decir nada. Castigado. Moviendo la lengua dentro de su boca. Y nada más. La lengua dando vueltas en redondo, como una lagartija, atrapada. Y nada más. Solo sed. Mucha sed.

Activó el teléfono y vio los dos videos. Varias veces. Con detenimiento, queriendo concentrarse en los detalles. Luego volvió a guardarlo en la caja y, un poco después, dejó la caja en el tercer estante de la biblioteca, al costado derecho del televisor. Se sirvió un tercer *whisky* y se sentó en el taburete de la cocina. No tomó una fruta en su mano pero sí escuchó, al fondo, el sonido de los carros cruzando la autopista.

Cuando sonó el teléfono, supuso que era su mujer, ya instalada en la casa de su hija en Panamá. No se movió. No quería hablar con nadie. Permaneció junto a la ventana, dejándose llevar por el leve rumor del *whisky*, suave y lentamente. Dejó que repicara y rebotara el timbre, que se activara la contestadora automática. Fue entonces cuando escuchó una voz ajena, masticando un raro español.

—Buenas noches. Mi nombre es Madeleine Butler.

—¿Tú entiendes bien español? Está bien. Entonces, avísame si hablo muy rápido. Tú me paras cuando quieras.

»Yo fui pobre desde siempre. Y cuando te digo siempre, es siempre; un siempre donde están mis papás y los papás de mis papás y los papás de los papás de mis papás y así hasta el infinito, todos pobres, jodidísimos. Creíamos que la pobreza era para siempre, que era algo que estaba en nuestra naturaleza, pues. Pensábamos cosas así, sin darnos cuenta, como si más que pensar las repitiéramos, creyendo que en verdad era lo que pensábamos. No sé si me explico. Cuando estás jodido no tienes ni cabeza. Todo es prestado. Hasta las ideas. Y uno anda por la vida sin nada. O solo con los huesos, con la piel, que también es como nada porque es lo único gratis que hay en este mundo: con lo que nacemos, con lo que traemos puesto cuando por primera vez abrimos los ojos y quedamos espantados, como diciendo ¿esta vaina es la vida?

»Yo soy la cinco de siete. Todos de la misma mamá, eso es lo que nos une. Gloria, la primera, es hija de un tipo del que mamá jamás ha querido hablar. Nosotros creemos que fue un novio que tuvo allá en Caripe, antes de mudarse a Caracas. Luego vienen Luis, Trina y Robinson. Todos ellos son hijos de Pedro. Él vivió con mi mamá durante años. Pero bebía mucho. Era músico y jalaba mucha caña. Mi mamá terminó corriéndolo de la casa y pasó como dos años sola. Hasta que conoció a mi papá. Mi papá se llamaba Bruno y era colombiano, de la costa. Él vivía en Acarigua con una mujer y con dos hijos. ¿Tú conoces Acarigua? ¿Has estado allá? No, no, es centro occidente, como de Barquisimeto hacia los llanos. Pero bueno, tampoco importa. El caso es que Bruno tenía una hermana que vivía en el barrio, aquí en Caracas. Era vecina nuestra y se llamaba Marciana. Lo recuerdo bien porque a nosotros nos daba mucha risa ese nombre. Nos parecía mentira. ¿Cómo alguien podía llamarse Marciana? Parece que en Colombia eso era común. O al menos eso era lo que decía ella. Lo cierto es que un día vino Bruno a visitar a Marciana y apenas vio a mi mamá se le enredó la lengua. Se le fueron los tiempos. Quedó en el sitio. Mamá estaba joven, tendría como treinta y pico de años y era muy bella y muy divertida. Al ratico se empataron y Bruno se fue quedando, se fue quedando, y después se fue mudando, se fue mudando, hasta que ya no regresó a Acarigua. Una vez mandó a buscar sus cosas con un compadre y listo. Se mudó a vivir con nosotros. Digo nosotros aunque yo no había nacido todavía, pero estaba a punto. Yo fui la primera hija de Bruno con mi mamá. Después vino Yocelin y después Yulman. Mi papá se hizo cargo de todos, tanto así que mis hermanos más grandes también le decían papá. Solo Gloria lo llamaba por su nombre, pero ella tenía ya siete años cuando él llegó a la casa. Sí, sí, él murió. Hace tres años. Fue la cagada.

»Una noche le dio una vaina estomacal, empezó con una puntada, pensó que algo le había caído mal, creyó que no era nada pero resulta que era bien grave, hasta dicen que pudo ser una hemorragia. Yocelin, que vive con su marido en la casa de mi mamá, lo agarró y lo montaron en el carro y salieron volando. Pero en el Hospital Pérez de León la emergencia estaba cerrada. No lo quisieron recibir porque no tenían materiales quirúrgicos. Una enfermera dijo que no tenían ni alcohol. Entonces tuvieron que irse al Hospital Domingo Luciani, ahí cerca, en El Llanito. Tampoco. Ahí la emergencia estaba tomada por una banda. Parece que hubo una pelea entre bandas. A un

malandro lo habían cosido a tiros y su gente llegó al hospital y tomó la emergencia. Esa vaina estaba llena de gente armada. Dijeron que hasta dentro del quirófano había tipos calzados con un hierro, vigilando que le sacaran las balas al pana. Y afuera, en los pasillos, también había gente de la misma banda, todos armados. Estaban pendientes. Pensaban que los de la otra banda podían caerles ahí mismo. Una doctora estaba llorando, como histérica, gritando, pidiendo ayuda. ¿La policía? Qué va. Ni que fueran pendejos. Ellos no se meten en eso. Una vaina es ser policía y otra vaina es ser suicida.

»Eso es lo que aquí llamamos el ruleteo. De ruleta, no sé si entiendes. Que vas de un lado a otro y nunca llegas a ningún sitio. Que te la vives puro dando vueltas. Y así fue. Y el viejo se nos murió en el carro. En el camino del Hospital Domingo Luciani al Hospital Clínico de la Universidad Central. Nunca llegó. En algún momento de ese trayecto se quedó. Yocelin dice que venía boqueando, que escupía mucha sangre. Mamá venía en el asiento de adelante, junto a Eduardo, que es el marido de Yocelin y que se las da de pájaro bravo pero esa noche estaba muy asustado, no quería tener un muerto en el carro. Pero así fue. Y Yocelin la pasó muy mal. El viejo se le murió en las piernas. Ella todavía no lo ha superado. Ella solo recuerda y cuenta que lo estaba mirando y, de pronto, los ojos se le pusieron chiquitos. Que tenía los labios blancos. Que le dijo no dejes que me muera, por favor. Y ya. Se acabó. Eso fue lo último que dijo. Casi todos estábamos en la Universidad, esperándolos. Fue un momento muy perro. El carro llegó y ya no había vida. Yocelin solo lloraba en la parte de atrás. Y mi mamá ni se podía mover. Fue horrible. Todos estábamos mal. Era una noche de mierda. Esa fue la primera vez que peleamos por Chávez.

»En mi familia nunca tuvimos escuálidos. Ninguno. Ni siquiera Gloria, que es la más sifrinita, la que se cree distinta. Ella trabaja en un banco. Es subgerente en una agencia en el este. Ahí medio le han lavado el cerebro. Pero aun con esa, ella tampoco es escuálida. No le gusta el gobierno, está bien; pero tampoco le gusta la oposición. ¿Esa noche? Ah, sí, claro. Lo que pasa es que todos estábamos nerviosos, teníamos ese dolor ahí, atragantado. Mi mamá estaba llorando, todos estábamos llorando. Y todos pensábamos lo mismo: el coño de su madre los hospitales de este país. ¿Tú entiendes, no? ¿Entiendes lo que quiere decir el coño de su madre? Porque eso es muy venezolano, muy de nosotros, pues. Por eso te lo pregunto. Ajá. Eso es correcto. ¿Por dónde iba? Ah, sí, exacto. En eso estábamos todos. El coño de su madre los hospitales. El coño de su madre la salud. El coño de su madre todo. Hasta que Yulman lo dijo: el coño de su madre Chávez. Y yo me molesté y le dije que no metiera a Chávez en eso, que él no tenía la culpa. Y todos empezamos a hablar, a gritar, a pelear. Nunca antes nos había pasado. Pero ahora me doy cuenta de que en verdad no fue una discusión política. Solo fue una forma de sacarnos el dolor, ¿entiendes?

»De pronto para ti no es fácil comprenderlo, de repente no puedes darte cuenta. Aquí nos despreciaban. Por pobres, por ser como éramos. Uno lo sentía hasta en la calle, hasta como nos miraban. Uno vivía en el cerro, arriba, y la ciudad estaba abajo. La ciudad era de ellos. Como si fuera su casa. Y nosotros éramos otra gente. De afuera, distintos, malos, peligrosos. Los pobres, pues. Eso se siente en la piel, en las miradas, es como una cosa invisible pero muy potente, que de verdad se siente. Pero si tú no eres pobre, ni te das cuenta. Puedes pensar que todo es normal. Que la vida es así, pues. Nada más.

»Yo tengo un recuerdo de cuando era chiquita. Mi papá trabajaba como albañil. A veces trabajaba en la construcción de un edificio o de una obra equis. Y a veces mataba tigres, hacía trabajitos pequeños, a destajo, en casas de familia. Un sábado me dijo: ¿quieres conocer una casa de familia? ¿Quieres ver cómo vive la gente? Yo tendría como seis o siete años. Y fíjate cómo te lo estoy contando, las palabras que uso. Porque así me dijo mi papá. «Casa de familia», «gente». Como si nuestra casa, la casa donde vivíamos todos en el barrio, fuera otra cosa, como si no fuera casa y nosotros no fuéramos familia. Como si nosotros no fuéramos gente, o no fuéramos tan gente como ellos. No sé si me explico.

»Me llevó ese sábado. Los dos bajamos juntos a la ciudad. Mi mamá me puso un vestido verde que a mí me gustaba mucho y me hizo unos moñitos aquí arriba, unas colitas en el pelo. Y nos fuimos. Tardamos como hora y media en llegar. Y desde donde nos dejó un autobús, después tuvimos que caminar mucho. Era una urbanización llena de casas grandotas, con jardín, algunas con piscina. Mi papá iba a frisar un muro en un patio. Yo recuerdo que estábamos los dos ahí, él dándole a la paleta con el cemento, y yo sentadita, mirando todo, muy sorprendida. Había una pepa de sol, teníamos mucho calor. Y yo le dije: papá, tengo sed. Y él me dijo que fuera a la cocina de la casa y que le pidiera agua a la señora Carmen. La señora Carmen trabajaba en esa casa. Era como nosotros pero estaba vestida con un uniforme azul claro. Cuando yo llegué, en la cocina también estaba la dueña de la casa. Era una señora alta, blanca, a mí me pareció elegante. No sé. Pero yo pedí mi agua y la señora Carmen agarró un vaso y fue a la nevera a servirme pero, y aquí viene lo bueno, la dueña de la casa le dijo que no, que en ese vaso no. «Esos son los nuestros», le dijo. Yo vi el vaso y era un vaso de vidrio, normal, no tenía nada distinto. La dueña de la casa abrió un estante y sacó un vaso de plástico y se lo dio a la señora Carmen. Dale en este, le dijo. Y me sonrió. Me dijo algo que no recuerdo y salió para otro lado. Eso que parece una tontería, a mí me marcó. De pronto para ti no es nada, es una pendejada, qué sé yo. Pero para mí fue muy importante. No sé. Sentí que era distinta. Distinta pero mal. Que no podía usar sus cosas. Que yo no podía tomar agua en el mismo vaso que ellos tomaban. Que yo era tan distinta que podía ensuciarlos, mancharlos.

»Por eso te digo que Chávez me cambió la vida. Porque él es como uno y se plantó bien duro frente a toda esa gente. A mí me cambió la vida, pero de acá, de la cabeza. Me cambió la forma de pensar, de mirar, de mirarme a mí misma. ¿Que qué me ha dado? Tú dices, ¿en concreto? Cómo te digo. Es que nosotros no teníamos nada, no éramos nadie; o mejor dicho: nosotros sentíamos que no éramos nadie, que no teníamos valor, que no importábamos. Y eso fue lo que cambió Chávez. Eso fue lo que nos dio. De pronto tú no puedes entenderlo. Tú eres gringa y blanca. Eso es otra cosa. Hay que haberlo vivido. Como te dije antes, es una vaina de piel, de corazón. Al final, yo lo amo porque él es pobre y feo, como yo. Y mira dónde está, mira dónde llegó. Él es el único que ha hablado por nosotros. No sé si me explico. Chávez me enseñó a ser yo y a no tener vergüenza. ¿Tú me entiendes?



—En una isla, lo único que importa, en verdad, es quién llega y quién se va. Esas son las únicas noticias.

El hombre hablaba con seguridad, como si estuviera repartiendo citas coleccionables. Vestía pantalón corto y una camiseta sin mangas. Era Omar, el hermano de Aylín. Se había empeñado en convertirse en una suerte de tutor personal de Fredy. Quería ser su guía privado en La Habana y en la cubanidad. Todo lo sabía, siempre tenía muy cerca una explicación pretendidamente ingeniosa, un relato sorprendente, un argumento insoslayable. Después de tres días, el periodista ya había entendido que cualquier esfuerzo por hacerlo callar sería inútil. Era mucho más rentable, a la larga, poner cara de interés y dejar la vista fija, esperando que lentamente la voz de Omar terminara pareciéndose al ronco y lejano rumor del rompeolas.

Tal y como había temido Tatiana, su estancia en Cuba estaba resultando otro fracaso. Al menos, para los fines de la investigación y del libro. Aylín tenía mucho más claros y adelantados todos los trámites conyugales que, tras cumplir con los últimos requisitos, le permitirían a la larga huir legalmente de su país. Fredy sentía que daba vueltas en redondo, sin llegar jamás a concretar nada. El supuesto contacto, miembro cercano al equipo médico que atendía a Chávez, resultó ser un paramédico titubeante, que cada día prometía algo para mañana y que, cada mañana, ofrecía una nueva promesa, un nuevo hasta mañana. Decía que lo tenían vigilado, que no podía hablar con libertad. Pedía tiempo y paciencia. Fredy, en cambio, cada vez tenía menos de ambas.

La vida cotidiana con Aylín no era fácil. Compartía un apartamento con su madre, con sus dos hijas, con su hermano Omar, con la mujer de su hermano Omar, y con una prima llamada Mirtha que el periodista no entendía de dónde había salido ni por qué habitaba también en el mismo inmueble. Solo había tres piezas. Nunca supo muy bien dónde dormía Mirtha. Llegaba tarde y se iba temprano. Una vez salió de madrugada a buscar agua y la vio sentada en una vieja silla de cable. Fumaba un cigarrillo y estaba desnuda. Parecía encandilada por las sombras. Ni siquiera reparó en él. Fredy dedujo que quizás estaba drogada. Siguió su camino, se sirvió un vaso con agua y regresó a su cuarto. Aylín roncaba.

Lo peor de todo era fingir una vida de pareja recién casada, llena de expresiva felicidad, delante de la familia, delante de los vecinos, delante de la cuadra, delante del barrio, delante de la Revolución. A veces, cuando caminaban por la calle, Aylín le tomaba la mano y apoyaba la cabeza en su hombro. Fredy se sentía ridículo. Creía que Aylín estaba exagerando. Ella de manera permanente presentía espías, soplones, domésticos perseguidores. Pensaba que siempre, en cualquier lugar, podían estar unos ojos abiertos, mirándolos.

—¿Tú nunca te casaste, chico? ¿Tú nunca estuviste enamorado?

Una noche, encerrados en la pequeña recámara que compartían, mientras él trataba de escribir y ella se rasuraba las piernas, Aylín comenzó a proferir gemidos y expresiones, como si estuvieran en plena faena amorosa, remedando casi una película porno tropical y de bajo presupuesto.

—¡Sí, sí, Fredy, así! ¡Así, así, papi, dame duro!

El periodista volteó a mirarla, de inmediato, abismado. Ella sonrió y, con un gesto en la mano, le indicó que se tranquilizara, que siguiera escribiendo. En realidad no estaba gritando, pero su voz se deslizaba por todo el apartamento, era un performance discreto pero necesario. Al menos, eso le dijo después, esa misma noche, cuando ya los demás estaban durmiendo y ellos pudieron discutir en voz muy baja.

—¡Es tu familia! ¿Cómo es posible que desconfíes de ellos? —susurró Fredy, algo alterado.

—Aquí nunca se sabe.

—No te lo puedo creer. Es insólito.

—Tampoco te pongas así. Además, es bueno que circule el chisme. Tú me entiendes: mi cuñada va con la vecina y le cuenta, y entonces la vecina le cuenta a otra y esa otra le cuenta a su marido y así... Al final todo el mundo sabrá que tú y yo estamos singando rico, así nadie va a sospechar nada.

Fredy no dejó de sorprenderse con las diferentes formas de convivir con el miedo que diariamente practicaba Aylín. Ser ciudadano era, de alguna manera, ser sospechoso. Sin alarmas, sin aspavientos, sin grandes conflictos. La desconfianza se había convertido en una versión de la naturalidad. Cualquiera podía delatar al otro. Todos eran preculpables, traidores en potencia. Con el paso de los días, Fredy Lecuna se fue sintiendo cada vez más cercado e impotente. No había posibilidades de acercarse al CIMEQ. No tenía ninguna oportunidad de averiguar, de indagar, de obtener alguna información.

—Tranquilo. Tómatelo con calma —repetía Aylín, día tras día—. El tipo va a hablar.

Pero Fredy Lecuna se había gastado ya todas sus reservas de paciencia. Una persistente incomodidad interior le impedía escribir. Veía cómo las horas se iban pudriendo junto a sus dedos y no podía hacer nada, no lograba todavía dar con la primera frase del libro. Ya tenía todas las entrevistas pasadas al papel. Lo poco o mucho de novedoso que podía ofrecer ya estaba ahí, organizado, listo. Los datos, las declaraciones, las crónicas... El material estaba incompleto, no era gran cosa, pero tampoco tenía más tiempo. No podía seguir esperando por la promesa luminosa del contacto que vivía cada día postergándose. Lo único que le quedaba era comenzar a escribir. Lo que seguía solo era lenguaje. Además, finalmente, ¿qué es un libro sino lenguaje? Palabras ordenadas una tras otra, de diferente forma, con distinta musicalidad, pero nada más, solo eso.

No podía. No le salía. Estaba cada vez más irritado. Quería golpear a alguien. O tal vez tan solo quería golpear a las palabras. Agarrar al lenguaje por la nuca y apretarlo y sacudirlo hasta asfixiarlo.

En la madrugada del 18 de febrero del año 2013 ocurrió la catástrofe. Hugo Chávez regresó a Caracas y Fredy Lecuna se quedó en La Habana. Apenas despertó lo supo. Era el chisme del día. Fue entonces cuando Omar repartió la sentencia que decía que en una isla, en verdad, las únicas noticias importantes son quién llega o quién se va.

—Tú no te puedes ir ahorita, papi. Me falta un trámite y tú tienes que firmar.

El periodista comenzó a sentir que su vida era una pesadilla que se mordía la cola. Aylín le juró

que todo estaría resuelto en poco tiempo y que el supuesto paramédico del CIMEQ por fin hablaría. Pasaron diez días y todo siguió igual.

—En Cuba los relojes son más lentos —dijo Omar.

A principios de marzo, Fredy estaba ya desesperado y huyó toda una tarde a casa de Jean Louis Bertrand, un corresponsal de Radio Francia que había conocido en la Habana Vieja y con quien ya había compartido varias botellas de ron y más de una desolación. Apenas oscureció, usó el teléfono del periodista francés para llamar a Caracas. Necesitaba hablar con Tatiana. No sabía nada de ella, no había podido comunicarse. Temía que algo pudiera haber sucedido. Llamó a su celular y salió la operadora. Marcó entonces a su casa. El teléfono repicó varias veces hasta que una voz de mujer dijo aló.

Fredy quedó un instante en silencio. No era obviamente la voz de Tatiana. También escuchó, o creyó escuchar, otras voces. Y música. Una música como de cumbia, al fondo.

—¿Está Tatiana? —preguntó, con poco convencimiento, casi seguro de que la llamada se había desviado hacia otro número.

La voz le dijo que no, que no estaba. Y luego le dijo que sí, que sí estaba. Y después aclaró que sí estaba pero no estaba. Y seguidamente solo se escuchó una risa contenida. Fredy pensó que la mujer con la que hablaba no estaba sobria.

—¿De parte de quién?

—Soy su marido —dijo Fredy. Recio, serio, tenso.

—¡Es el marido!

Y entonces oyó una carcajada colectiva. Y después: más risas, voces de mujeres, un ruido de música y de hielos.

Andreína Mijares se enteró, desde el primer día, del viaje del periodista. La conserje se había vuelto su aliada y, apenas lo supo, la llamó por teléfono y le contó. Andreína dijo gracias y, de inmediato, se comunicó con Virginia y le dio la novedad del viaje. Se vieron esa misma tarde en un café en La California Norte. Virginia fue con La Tierrúa. Las dos estuvieron de acuerdo: era el momento ideal para actuar. Ya antes habían llegado a un acuerdo sobre el dinero. Andreína, esa misma tarde, les entregó el primer pago. En efectivo y dentro de una bolsa deportiva. Tal y como ellas lo pidieron.

—¿Cuándo irán al apartamento? —preguntó, nerviosa.

Las dos mujeres se miraron un instante.

—Dentro de unos días —dijo Virginia.

—Pero no vamos a ir nosotras solas —acotó entonces La Tierrúa, siempre con un asomo de sorna en los labios—. Tú vas a venir con nosotras.

—¿Yo?

—Claro. Nosotras solo somos tu equipo de apoyo. Pero la que está haciendo todo esto eres tú. Tú te vas a invadir, pues. O mejor dicho: te vas a autoinvadir, ¿sí me entiendes?

El jueves siguiente, Andreína estaba frente a la puerta principal, esperándolas. Las tres mujeres llegaron con retraso al edificio. La espera se le había hecho eterna, como suele ocurrir en la vida y en los libros. Andreína había estado mordiéndose cada minuto, llena de vacilación, inquiriéndose si el asalto que iba a perpetrar era una locura indefendible o si era tan solo una sensatez irremediable. Por momentos, le parecía grotesco e inaudito que, para defender sus derechos, tuviera que cometer un delito. Un delito en contra de sí misma, además, en contra de su propia propiedad. Se sentía acorralada por un absurdo juego de palabras. No tenía sentido que el único camino para cumplir la ley fuera violando la ley. La incertidumbre también es una forma de violencia. Estaba a punto de entrar en crisis cuando Virginia, Mildred y La Tierrúa aparecieron frente a ella. Una traía un bolso grande; otra, varias bolsas pequeñas; la tercera llevaba colgada en la espalda una mochila. Las tres sonreían y, en oposición al ánimo de quien las estaba contratando, parecían encontrarse muy tranquilas, bastante relajadas. Le habían comunicado a Andreína que lo mejor era actuar de día y en un horario donde no estuviera nadie en el inmueble. Le pidieron que averiguara el momento ideal para realizar «el ingreso». Andreína cumplió con el encargo y a las diez de la mañana del día primero de marzo las cuatro mujeres entraron al apartamento 34. Tatiana estaba trabajando, Fredy se encontraba de viaje y el niño había ido a la escuela. Andreína sintió una emoción peculiar mientras avanzaba libremente por los distintos espacios del apartamento. Sus ojos más que mirar parecían rescatar cada detalle: la ventana de la recámara principal que dejaba ver la copa del viejo árbol de mango sembrado en la esquina sur del edificio. El suelo de granito del baño pequeño. Las losas verdes que tanto detestaba y que tantas veces había soñado cambiar. La madera vencida del clóset del pasillo. Todo regresaba de repente a los dominios de su campo de visión, a lo que debía ser una mirada familiar y cotidiana de su vida. Las otras tres mujeres hicieron un recorrido menos sentimental y más eficiente. Se situaron en cada espacio, intercambiando comentarios

incomprensibles para Andreína. La Tierrúa solo se detuvo en el armario de la habitación principal. Manoseó la tela de algunos vestidos. Revisó varias gavetas. Extrajo y les mostró a las otras un par de tanguitas de colores chillones. Las tres rieron. En los baños, abrieron los grifos y dejaron correr el agua. Ubicaron en la cocina el cajetín de los controles de la luz y confirmaron la relación de cada interruptor con cada uno de los lugares del apartamento. Al final, se sentaron en el comedor y quedaron en silencio. Andreína se acercó, amasando una tímida curiosidad.

—¿Y ahora?

—Ahora vamos a esperar —dijo Virginia.

La Tierrúa trajo del bar una botella de vodka.

—Vamos a esperar a que llegue tu inquilina —dijo Mildred.

Andreína se sentó junto a ella.

—¿Y después?

Virginia tomó un portarretrato grande donde estaba presa una foto de Fredy Lecuna, más joven, con bigote y el pelo desordenado, sonriendo en una playa.

—¿Este es el galán que anda de viaje? —preguntó.

Andreína dijo que sí y tomó la foto, la devolvió a su lugar. Estaba nerviosa.

—¿Cuál es el plan? —insistió.

—Vamos a hacerle la vida imposible. Hasta que ya no pueda más. Hasta que se vaya. No hay otro plan.

Solo le extrañó el olor a cochino frito. Justo después de introducir la llave en la cerradura, lo percibió. Era un aroma a cochino frito que parecía deambular por todos lados. ¿No te huele a cochino?, le preguntó a Rodrigo. O quizás no fue eso exactamente lo que dijo. Tal vez, más que preguntar, solo lo comentó: huele a cochino frito. Qué raro. Y probablemente, también, estiró la mirada hacia la puerta del apartamento contiguo y pensó que tal vez estaban preparando una comida especial. Mientras daba vuelta a la cerradura, atinó a preguntarse por qué el olor era tan penetrante y parecía provenir desde el interior de su propio apartamento. Abrió la puerta. Abrió la puerta y vio a una mujer morena, vestida con un pantalón corto y una franela roja que apretaba un dibujo del perfil de Chávez contra sus tetas. También llevaba puestas unas chancletas de plástico de un color indefinido, que no llegaba a ser marrón pero que tampoco era amarillo, no alcanzaba la categoría de color arena ni lograba ser con cierta claridad un dorado pálido. Estaba sentada junto a la mesa, con las piernas abiertas. Apenas advirtió la llegada de Tatiana y de Rodrigo, desamarró una amplia sonrisa y largó un grito: ¡ya llegaron! Tatiana no dio un paso, no entró. Solo atinó a cerrar nuevamente la puerta. Fue una reacción instantánea. De golpe. Ella y su hijo se miraron estupefactos. Por un momento, les cruzó la fantasía de que, por algún error de la narración, habían ingresado a otro cuento, a una historia que no era la suya. Miraron fijamente el número de metal clavado en la puerta. No había ninguna duda. Era el 34. Tatiana también observó con detenimiento la llave: otra

evidencia rotunda.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Rodrigo.

—No tengo ni idea —dijo Tatiana.

Ya estaba claro que el tentador olor a pernil frito venía de su propia casa. Tatiana tardó apenas pocos segundos en intuir que Andreína Mijares tenía que ver con lo que estaba ocurriendo. Cuando volvió a abrir la puerta, con mayor cautela y recelo, ya no había una mujer sino tres. Virginia seguía ahí, con el mismo atuendo y en la misma posición. De un lado estaba Mildred, con un paño en la cabeza y un trinchete erguido en su mano izquierda. Del otro lado, ataviada con un vestido sencillo, de algodón, de color azul claro, que dejaba traslucir la línea de la liga de su ropa interior, se encontraba La Tierrúa. Parecía recién salida del baño, como si la hubieran atajado a la mitad de su faena de secarse y alisarse el cabello. Cargaba con desgano la pistola de aire caliente y miraba hacia la puerta con fastidio, como si se estuviera preguntando qué estaban esperando ese par de desconocidos para terminar de entrar al inmueble. Tatiana y Rodrigo permanecieron en el quicio de la puerta, absolutamente paralizados por la sorpresa. El olor a cochino frito reinaba en toda la sala.

—¡Hola! —exclamó Virginia, sonriendo—. ¡Los estábamos esperando!

Tatiana tardó unos segundos en darse cuenta, en entender cabalmente qué estaba sucediendo. Las tres mujeres la invitaron a pasar, saludaron al niño, actuando con una espontaneidad ofensiva. Pero cuando vio llegar desde el interior a Andreína Mijares, recién bañada, ya no necesitó ninguna epifanía. Comprendió inmediatamente que la propietaria había decidido ocupar la vivienda. No estaba ante una declaración de guerra sino ante la guerra misma. Ni siquiera la saludó. Dando un bufido, tomó a Rodrigo de la mano y se encaminó rumbo a las habitaciones. El cuarto de Rodrigo estaba intacto. Tatiana lo sentó en la cama y le habló con total gravedad.

—Cuando yo salga —le dijo—, cierras la puerta con seguro. Y no vas a abrirle a nadie, a menos que sea yo, que oigas claramente mi voz.

El niño asintió varias veces, manteniendo los ojos muy abiertos. Luego preguntó si podía ir al baño. Su madre lo pensó unos segundos y luego le dijo que mejor no. Por ahora, no. Y salió. En su habitación sí habían entrado. Era evidente. Había, incluso, un par de prendas suyas desordenadas sobre la cama, dos gavetas zafadas del mueble y tres frascos de cremas diferentes abiertos y dejados de cualquier manera junto al lavamanos. Se miró en el espejo, contó hasta siete y no pudo más. Trató de pensar velozmente pero tampoco lo consiguió. No tenía capacidad para nada que no fuera pegar gritos y pelearse. Se sentía tomada, poseída más bien, por una rabia verde y acre ante lo que le parecía una coyuntura tan increíble como inaceptable. Cuando se plantó en la sala, las mujeres estaban comiendo cochino.

—¿Me puedes explicar qué significa todo esto? —preguntó, mirando de manera directa a Andreína.

Las otras tres ni se inmutaron. Comían ruidosamente, como si les pagaran un bono extra por cada chasquido, por cada letra aplastada con la comida entre las muelas. Andreína le explicó que no le

había dejado más alternativa, que ella tampoco tenía dónde vivir y había decidido regresar a su casa. También le presentó a sus tres nuevas amigas, a quienes gentilmente había convidado a pasar unos días con ella, conviviendo en el apartamento. Virginia dijo mucho gusto. Mildred comentó algo sobre la cocina. La Tierrúa eructó, discretamente pero sonriendo, con toda la intención de desagradarla.

—No puedo creer que en verdad estés haciendo esto, Andreína. Y con esta gente, además.

Las tres mujeres se miraron de reojo y siguieron comiendo. Andreína comenzó a sentirse incómoda bajo la mirada irritante de su adversaria.

—Aquí vive un menor de edad, lo sabes.

Andreína hundió las pupilas en el plato.

—Andreína, ¿podemos hablar un momento a solas?

Alzó un poco los ojos y vio cómo Virginia contestaba moviendo la cabeza de lado a lado, como si estirara lentamente la masa de un no pegajoso y enorme. Tatiana resopló como un caballo en mitad del invierno. Pero el invierno estaba tan lejos como la calma.

—Yo podría llamar a la policía.

—¡No me digas! —Las tres palabras se le salieron a La Tierrúa, en medio de una risotada. Las otras dos mujeres aguantaron la risa. La Tierrúa la miró desafiante—: ¿Te sabes el número? Si quieres te lo doy.

Andreína permaneció en silencio, evitando las pupilas de Tatiana. Pero, aunque no la viera, igual podía sentir su mirada sobre su cabeza. Sus ojos estaban calientes. Pesaban como piedras.

Tatiana decidió que solo tendría que sobrevivir a esa primera noche, que al día siguiente podría resolver la situación acudiendo a alguna de las instancias legales del municipio o yendo directamente a poner una denuncia ante las autoridades pertinentes. Pasó a la cocina y descubrió que todo estaba hecho un asco. Había grasa de cerdo hasta en el mango de la puerta del refrigerador. Los platos sucios gobernaban en el lugar. En el suelo habían dejado papeles y unas latas de cerveza vacías. Sacó lo que pudo de la nevera y salió cargando una botella de agua, algo de pan y las sobras de queso y jamón que había encontrado.

—¡Epa! —Virginia alzó la voz y estiró su mano en el aire.

Tatiana se detuvo en seco pero no volteó a mirarla. Se apretó a las viandas que traía. Virginia la miró por unos segundos, como si estuviera evaluando cada mínima reacción.

—Nosotras dos —señaló a Mildred y luego se señaló a ella misma— vamos a dormir en el cuarto principal. Ella —su dedo se marcó una ruta invisible hacia Andreína— y La Tierrúa —añadió señalándola— dormirán aquí en la sala. Tú tienes que dormir con tu hijo.

Tatiana sintió una gruesa mancha de saliva deslizándose por su garganta. Apenas acertó a mirar a Andreína por encima del hombro.

—Tú estás loca —musitó.

Y siguió su camino por el pasillo hacia las habitaciones. Apenas se alejó, las otras tres mujeres hicieron palmas, chocando sus manos, celebrando.

—¡Súbele a la música!



Diez años y un espejo. María tenía puesto un pantalón corto de color azul y una camisa de algodón de color naranja. Se encontraba de pie, frente al espejo que estaba pegado detrás de la puerta del cuarto de su madre. De pronto sintió que era más alta. Vio las mechas desordenadas de su cabello, disparadas sin mucho tino en distintas direcciones. Se pasó la mano, con los dedos abiertos, como queriendo trillar su pelo. Luego se detuvo en su cara. Se acercó un poco más. Miró con detenimiento su rostro, reflejado sobre el vidrio. Sus ojos negros, intranquilos. Sus labios pequeños, la nariz redonda, como un botón. Las orejas ¿eran muy grandes? Puso sus manos sobre ellas. Se acercó todavía un poco más. Hasta sentir el aliento frío del vidrio sobre su piel. ¿Eran muy grandes? Quitó las manos. Las miró de nuevo.

Tu cabello es un desastre, María. Oyó la voz de su madre sin oírla.

¿Cómo iba a presentarse así ante su novio? Dejó que sus pupilas bajaran lentamente por su cuerpo. La camisa estaba vieja. El pantalón le quedaba algo pequeño, apretado. Sus pies descalzos parecían clavados al suelo. Otra vez los ojos. Dio un paso atrás, mirándose. Alzó los brazos y, con un movimiento rápido, se sacó la camisa. La dejó caer de un lado, sin apartar los ojos de sus ojos en ese espejo. Por un instante tuvo miedo, no se atrevió a verse. Luego fue extendiendo lentamente la mirada, estirándola, con timidez, con temor, buscando que todo su cuerpo cupiera en su mirada.

Sus pechos. Chiquitos y planos. De niña. También miró su ombligo. Justo antes de que sus dedos pulsaran el botón del pantalón y lo empujaran luego hacia abajo, con algo de esfuerzo. La tela rodó hasta sus tobillos. Otra vez los ojos. Mientras, con los pies, terminaba de deshacerse del pantalón. Recorrió nuevamente su delgada figura. La ropa interior blanca. Ningún aro en las orejas. ¿Eran muy grandes sus orejas? Diez años y un espejo. Una niña desnuda. Todavía más sola.

María comenzó a probarse la ropa de su madre. Al principio, lo hizo tímidamente, casi como un juego, como si se tratara de un gesto leve, de una ocurrencia inesperada. El clóset estaba entreabierto y, por la rendija, vio de repente la camisa lila con pequeños botones de madera. A su madre le encantaba esa prenda. No lo decía pero la frecuencia con que la usaba la delataba. Era la que se ponía casi siempre cuando iban a salir. En la calle, cualquiera que la hubiera visto en distintas oportunidades podía haber pensado que era la única camisa que tenía. Un lila fuerte, con personalidad. Era una sola pieza cerrada, los botones solo eran un adorno. María se alzó sobre una silla para alcanzar la percha. Hubiera podido jalar la camisa pero prefirió llevarla en su gancho hasta el espejo y calzárselo ahí, delante de sus hombros. Se miró. Luego lo colgó en el picaporte de la puerta y se desnudó con rapidez, con una emoción infantil que hacía tiempo no experimentaba. Como si fuera a estrenarse algo. Como si estuviera recibiendo un regalo. La tela se deslizó sobre la piel, se sostuvo entre sus hombros y llegó hasta sus rodillas. María se ajustó primero el cuello, intentó mantener una postura que dejara al aire sus clavículas, luego trató de hacer un nudo con la tela a la altura de su ombligo. Intentó trabucar la camisa en un vestido. Trató de que la ropa le diera más forma a su cuerpo. Se inclinó hacia la izquierda, casi apoyándose en el aire, dobló un poco las caderas y se contempló por un instante detenida en el espejo.

A los pocos segundos se desarmó, no aguantó la risa, una risa diminuta pero desbocada, que parecía haber estado contenida en algún lugar dentro de su cuerpo desde hacía tanto tiempo; una risa

que se fue dejando caer, que no quería parar, que de repente se hizo giro, danza frente al espejo, morisqueta, tontería de diez años repitiéndose de forma desordenada en el fondo del vidrio. Terminó sentada en el piso, apoyando la espalda en la cama de su madre, mirando su reflejo, ese trapo lila medio desencajado, como una bandera cruzada sobre su cuerpo; las rodillas sucias, asomándose entre los pliegues, y más arriba y más atrás su cara, sus ojos brillantes y húmedos, su sonrisa. Al fondo sonaba la televisión. Pero ella no la escuchaba. Era como si una lavadora estuviera encendida eternamente. Se puso de pie, abrió el clóset de su madre, recorrió con la vista el interior y comenzó a sacar la ropa. Toda.

Diez años: María desnuda, temblando sobre unos zapatos de tacón. Haciendo equilibrio, con las manos estiradas. Muerta de risa.

Esa noche Rodrigo por fin pudo volver a conectarse a la red. El doctor Sanabria le facilitó la contraseña de su módem inalámbrico y el niño dijo gracias. No tengo hambre, también le dijo. Y soltó un buenas noches, y repitió gracias, seguramente, otra vez, antes de encerrarse con premura en la habitación que Sanabria le había preparado. Estaba inquieto, ansioso. La situación en su casa le parecía desconcertante, incomprensible. No entendía bien qué ocurría y le costaba aún más entender qué podía ocurrir. Pero todo le parecía mal. Quizás por eso, también, de cara a la cita que tenía, todo el proceso anterior le resultaba ridículo e infantil. No tener nombre no es bueno, pensaba. Le parecía tonto llamarse Vampiro. Y también le molestaba el nombre de Mariposa. En ese momento, las mariposas le parecían una mariconada.

Se sentó frente a su computador portátil y comenzó a buscar a su novia entre las sombras del chat. María llevaba más de media hora esperándolo. Había pasado de los nervios al desasosiego. Toda la excitación que había acumulado mientras se vestía y disponía el ambiente había terminado transformándose en una leve frustración. Se sentía absurda, sentada en medio de la penumbra, con una camisa de su madre, ajustada en su espalda con una pinza de ropa. Se había puesto, también, los pendientes azules y en su muñeca izquierda bailaba la pulsera que completaba el conjunto. Frente al espejo, en el cuarto de su madre, había gastado tiempo y esfuerzo tratando de hacerse un moño especial, un peinado distinto, que la hiciera lucir diferente. Se había pintado los labios. Se había maquillado. Incluso se había rociado un poco de perfume en el cuello. Era su primera cita, la primera cita de su vida.

Cuando escuchó el timbre telefónico y vio que Vampiro la estaba llamando, dudó. Por un segundo cruzó por su cabeza la idea, el susto más bien, las ganas de salir corriendo. Se miró los pies: también se había puesto los zapatos de tacones de su madre.

—¡Hola! ¿Estás ahí? —Vampiro habló en susurros. Era obvio que las sombras de la recámara de María no le permitían ver nada.

—Aquí estoy —dijo, mientras permanecía agazapada, observando la imagen de Rodrigo en su monitor.

Le gustó. Lo vio inclinarse hacia ella, hacia su propia pantalla, apretando los ojos, tratando de encontrarla. Le gustó su rostro, sus ojos pequeños, el cabello casi erizado sobre la frente. Le pareció bonito. Y le gustó que le gustara su novio.

—¡Pero yo no te veo! —exclamó Rodrigo.

—¡Y yo no te oigo! —mintió ella, entonces, sonriendo.

—¿No me oyes? ¿En serio?

—Ahora sí.

—Se me hizo tarde —lamentó Rodrigo—. Tengo un problema en mi casa. Es muy largo, luego te cuento.

Pasaron unos instantes en silencio. Rodrigo movió el monitor, le apretó el cuello al cable de

conexión, volvió a mirar detenidamente hacia el fondo de la pantalla. Solo podía ver una mancha que, a veces, también parecía una silueta. El resplandor de la pulsera iluminó fugazmente la esquina derecha del monitor.

—¿No quieres que te vea? ¿Es eso?

María raspó con sus dientes el borde de sus labios.

—Porque tú sí me ves a mí, ¿no?

Otra pausa. Áspera.

—¿Me estás viendo ahora?

María contuvo la respiración. Sintió que todo estaba a punto de precipitarse y desaparecer. En un gesto impulsivo, un poco abrupto, presionó el botón de la vieja lámpara de pie que estaba junto a la computadora. El blanco clínico del neón invadió su cuarto. Poco a poco, su figura fue recobrando su forma y sus colores en la pantalla de la computadora de Rodrigo.

—Aquí estoy —musitó, tratando de imponerse a su temor—. ¿Ahora me ves?

Rodrigo fue asintiendo pausadamente, al tiempo que iba contemplando el retrato de Mariposa. Parecía impresionado.

—¿Esa eres tú? —preguntó.

Ella lo confirmó, moviendo la cabeza y sintiendo, al mismo tiempo, que un erizo se hundía en su garganta.

—¿Estás disfrazada? —añadió Rodrigo, sin disimular ya su asombro.

María sintió que la vergüenza la pinchaba. Apagó la lámpara de un manotazo, dio un brinco sobre sí misma, trató de ponerse de pie y los zapatos de su madre la traicionaron, tembló durante dos segundos hasta que su figura tiritó en la pantalla y se desplomó estrepitosamente. Mientras se arrastraba, empujándose con los codos y caminando sobre las rodillas, escuchó la voz de Rodrigo llamándola.

—¡Epa! ¡Ey! ¿Qué pasó?

Con la misma aceleración y torpeza, ya en el baño, María trató de arrancarse todas las prendas de su madre, de desordenarse el cabello de la manera más natural, de quitarse la pintura de labios y de limpiarse todo el maquillaje. Cuando regresó, casi jadeando, su aspecto era radicalmente distinto. Vampiro seguía dando vueltas, escudriñando en la oscuridad, buscándola.

—Ya está —dijo María—. Ya volví.

Se quedó a la expectativa, sintiendo cómo Rodrigo intentaba nuevamente escrutarla.

—Tienes que prender la luz —dijo.

Ella cayó en la cuenta de que había quedado nuevamente a oscuras. Tomó aire y volvió a encender la lámpara. Por fin se vieron mutuamente. A Rodrigo le pareció divertido el cabello

revuelto de María. También le gustó la mancha blanca y azul que se veía en su mejilla izquierda. Y que tuviera un labio más rojo que el otro. Eso le encantó. Ella lo miró mirarla y supo que le estaba gustando. Pasaron unos instantes en silencio, recorriéndose. Después se miraron a los ojos. Tímidos, intranquilos, pero contentos.

—Ya no quiero decirte Mariposa. No me gusta.

—Yo tampoco quiero decirte Vampiro. Es tonto.

—Yo me llamo Rodrigo.

—Yo me llamo María.

—El problema no son tus vecinos. El problema eres tú —así respondió su hermano a todas sus lamentaciones.

Miguel había ido a visitarlo y le había contado todo lo que ocurría en el edificio. Para Antonio, haber recibido al niño en el apartamento era ya un primer error.

—¿Qué querías que hiciera? El marido está de viaje, la familia vive en Maturín, ella se encontraba ahí, llorando, agobiada.

—De todos modos, ahora ya tienes esa guerra dentro de tu casa. Es peor.

—El niño no da problemas. Es tranquilo.

Antonio solo dio un respingo y sirvió una taza de café y una taza de té. Miguel tenía un motivo secreto en esa visita. Necesitaba ubicar a Vladimir. Aun sabiendo que la relación entre padre e hijo no era fluida, esperaba que Antonio supiera algo, pudiera darle una pista. Su sobrino se había esfumado, estaba completamente desaparecido y ya la periodista norteamericana lo había llamado en un par de ocasiones. Él jamás había contestado. Tampoco le había devuelto la llamada. Pero recordaba el compromiso con Vladimir. Ella era la persona a quien, dado el caso, debía darle el teléfono con los videos. Sanabria solo quería confirmar que esa instrucción siguiera en pie. ¿De verdad quería que esa gringa viera esas imágenes? ¿En realidad era necesario?

No había pasado media hora cuando los dos hermanos estaban conversando sobre Chávez. Hablar de otra cosa resultaba artificial.

—Hay toda una campaña financiada por los gringos —terció Antonio—. Están manipulando todo esto de la enfermedad para crear angustia en la población. Es pura guerra psicológica.

Miguel no sabía cómo responder a esos planteamientos. Sentía que hablaban en dos lógicas diferentes, extranjeras.

—Esto es un conflicto mundial, Miguel. Y nosotros estamos en el centro. Aquí se está decidiendo el futuro de la humanidad. Aquí se están enfrentando los dos modelos. Nosotros somos ahora el enemigo número uno del capitalismo internacional.

—¿Quiénes somos nosotros?

—Nosotros, coño, los venezolanos —respondió Antonio. Y después pareció sentirse obligado a aclarar—: ¡los venezolanos revolucionarios! ¡La mayoría, pues! —concluyó exasperado.

—Aquí estamos enloqueciendo todos, Antonio.

A Miguel le resultaba exasperante y deprimente la creciente religiosidad que se había apoderado del gobierno durante los pocos meses de ese incipiente 2013. Cada vez toleraba de peor forma la sacralización de la figura del Presidente. Se hablaba de Chávez como la reencarnación de Bolívar.

—De un tiempo para acá estás muy irritable, Miguel. Te estás volviendo un radical.

—Solo me estoy defendiendo de ustedes. No soporto todo lo que están haciendo. Ya empezaron

a decir que Chávez dio su vida por nosotros.

—¿Y acaso no es así?

—¡Por favor!

Más de uno, más bien, pensaba que la enfermedad de Chávez era una represalia por haber osado provocar a la muerte. Más de uno creía que todo lo que estaba ocurriendo tenía que ver con la maldición que se había destapado pocos años antes, entre el 15 y el 16 de julio del año 2010. Al principio, solo los insomnes se enteraron. Esa madrugada, el Presidente de pronto escribió un mensaje en su cuenta de redes sociales anunciando que estaban exhumando el cadáver de Simón Bolívar. Unas horas después, en una transmisión de todos los medios de comunicación del país, el propio Chávez confirmó la noticia y presentó un video y fue narrando la experiencia. Vestidos con trajes especiales, absolutamente herméticos, técnicos expertos y funcionarios, rodeaban al mandatario en esa sesión que, según aseguraban, había durado diecinueve horas. Todos estaban junto al sarcófago abierto del libertador, todos revolotearon alrededor de los restos del padre de la patria. Sombras entre las sombras. «Anoche», contó Chávez, «viéndolo, le pregunté en silencio, orando: padre, ¿eres tú o no eres? Y me respondió como el mismo Neruda, desde el corazón: sí, soy yo, pero despierto cada cien años». Ahí nació la leyenda. Nadie le toca los huesos a Bolívar y queda intacto. Cualquiera que remueva las sobras de un cadáver, será eternamente castigado.

La muerte también se contagia.

La tradición popular sostiene que no es saludable jorungar a los finados. Eso también incluye el lenguaje. Muerte es una palabra engorrosa. Se queda pegada en los dedos, se enreda, molesta. Una vez que se toca, es muy difícil desafanarse de ella. Lo mejor siempre es dejarla quieta. Pero la retórica oficial, durante demasiados años, hizo todo lo contrario. Coqueteó con ella. La usó y la recicló hasta el cansancio. Estaba presente en sus discursos y consignas con aguerrida puntualidad. «¡Patria o muerte!», gritaba el Comandante. «¡Venceremos!», aullaba en respuesta la masa enardecida. Era parte del acervo de la izquierda continental. Y el gobierno lo había estrujado con gusto y orgullo. Lo había incluso institucionalizado: en el año 2007, Chávez firmó un oficio que establecía que el lema «¡Patria, socialismo o muerte!» debía ser una fórmula de saludo entre los militares, en todos los actos de servicio de la Fuerza Armada. Se trataba de formalizar simbólicamente una épica, la épica que tanto le faltaba a la autoproclamada revolución bolivariana. Chávez no había tumbado a ningún dictador. No había combatido ninguna invasión. Pero hablaba como si fuera el Che Guevara, como si perteneciera a la liga de los grandes combatientes latinoamericanos. Su temperatura verbal estaba por encima de su realidad: solo había ganado las elecciones en un país petrolero. Nunca había enfrentado un peligro inminente en una acción militar. Era un funcionario, no un guerrillero.

Todo el discurso aguerrido, empeñado en desafiar a la muerte, comenzó a descascararse cuando de pronto apareció la enfermedad. Se cambiaron las consignas, empezaron a eludir la palabra muerte, trataron de torcer los símbolos: vencer y vivir, vivir para siempre, patria libre y no morir.

Al principio fue el verbo y, luego, el verbo fundó una iglesia.

Así pasó. Durante el 2012, Chávez se fue construyendo como personaje religioso. A finales del año, en el mensaje leído a los militares, escribió: «El pueblo de Simón Bolívar es la luz del mundo». Su iglesia comenzó a profesionalizarse en el 2013. Muy pronto comenzaron a hablar de Chávez como el redentor de los pobres, como el mártir de los oprimidos. El discurso político empezó a contaminarse de la retórica ritual que anunciaba la creación definitiva de una nueva congregación. En su nombre, por él y en él, dijo una vez el Vicepresidente, aludiendo por supuesto al Comandante. Las consignas nuevas apuntaban ya hacia el firmamento: «¡Seamos como Bolívar! ¡Seamos como Chávez!».

El Presidente mudo, la voz silenciada, empezó a ser sustituido por el mito. En el territorio de los símbolos, el Chávez real estaba muriendo. El enfermo era cada vez menos enfermo y más imagen sin cuerpo: imagen sagrada. El Chávez iracundo y grosero, autoritario y caprichoso, se desvanecía dando paso a un nuevo personaje de ficción, a un fetiche. El cáncer solo podía curarse con un sacramento. La mercadotecnia mística lanzó su nuevo producto religioso: aquí está el Cristo de los pobres.

Y, entonces, ocurrió el milagro de la multiplicación de los adjetivos:

Coloso

Gigante

Luz

Supremo

Guía

Único

Inmenso

Santo

Invicto

Superior

Eterno

Inmortal

Celestial

Universal

Galáctico

Solos o combinados, multiusos, quita y pon, puestos en relación con cualquier sustantivo, cultivados y reproducidos con muchas variables, distribuidos por toneladas, a gran frecuencia, repetidos hasta ese más allá que era infinito y que también era el espacio immaculado donde desde ese momento y para siempre respiraría el Comandante.

—Tú todavía no has entendido nada, Miguel. Es en serio. Estamos hablando de un hombre fuera de



lo común, de un tipo del tamaño y de las dimensiones de Bolívar.

—No me jodas. Chávez es tan ególatra que no soportó estar enfermo él solo: contagió a todo el país —masculló Sanabria.

—Di lo que quieras. Muchos de ustedes están deseando que se muera pero, si se muere, después lo van a extrañar. Anótalo.

—No vamos a extrañar nada. Los militares van a seguir mandando. Tú sabes que es así. Esto solo es un regreso a lo que este país siempre ha sido: un cuartel.

Antonio pertenecía a la vieja guardia de la izquierda que, dentro del oficialismo, estaba enfrentada a los militares, muchos de ellos excompañeros de generación del mandatario. Cada vez que su hermano mencionaba el tema militar, Antonio trataba de cambiar inmediatamente la conversación, pretendía esquivar el punto, recordaba de pronto alguna de sus dolencias personales y trataba de jalar la plática hacia otros territorios. Y entonces hablaban así: ¿Viste lo del Tesorero de la nación?, preguntaba Miguel. Es un exmilitar, respondía el mismo Miguel. Dicen que ahora tiene más de cuatro mil millones de dólares. Amigo personal de Chávez, por cierto, añadía. Supuestamente es quien lleva sus cuentas privadas. Y Antonio ripostaba: hace dos días amanecí oliendo a pescado, ¿no te parece raro? Miguel continuaba hablando: tampoco te puedes hacer el ciego con lo que está pasando, con las denuncias que hay sobre las mafias militares. Ahí está lo del control de cambio de divisas. Incluso el propio gobierno reconoce que hay más de veinte mil millones de dólares desaparecidos. ¿Qué tal? Antonio entonces replicaba: me desperté y sentí que la almohada estaba llena de pescados, como si fuera una red, y adentro había plumas y sardinas, plumas y jureles, salmones y plumas. Y Miguel: ¿Sabes cuántos militares son ministros o gobernadores o están en puestos públicos claves? ¿Te acuerdas que el año pasado Chávez dijo que esto era una «revolución militar»? ¿Eso te parece bien? Y Antonio: yo me hice todos los exámenes, tampoco soy un hipocondriaco compulsivo. Ya lo sé. No tengo nada, estoy viejo, pero igual, te juro que amanecí oliendo así, ¿qué piensas? Y Miguel: ¿me estás oyendo, carajo? Y Antonio: ¿me estás oyendo, carajo?

Luego se quedaron en silencio un rato. Como dejando que los ánimos recuperaran la estatura plácida del afecto. Antonio preguntó por Beatriz y el nuevo nieto. Miguel le dijo que todo estaba bien, que nacería en marzo. Y aprovechó el nuevo tema, el ámbito de las consultas familiares, para inquirir por Vladimir.

—Estoy preocupado —dijo Antonio—. ¿No se ha comunicado contigo?

—No. Hace mucho que no tengo noticias de él.

—Estuvo aquí en diciembre —dijo Antonio—. Luego volvió a Cuba en enero. Y después ya no supe nada más.

—Pero, al menos, ¿sabes si está en el país? —preguntó Miguel, tratando de camuflar su ansiedad.

—Supongo que sí, pero no estoy seguro. Chávez regresó. Vladimir no tendría ninguna razón para

haberse quedado en Cuba, ¿no?

Miguel asintió y sorbió el fondo de su taza de té. Antonio se rascó la cabeza. No parecía demasiado preocupado.

—Tú —miró a su hermano con curiosidad— ¿lo estás buscando por algo en especial?

—No, no —disimuló Miguel.

Recordó las imágenes y las palabras de Chávez en el video. Y el té le supo a aluminio.

—¡Hay un cubano en la puerta! —susurró la conserje.

Pero era un susurro que envolvía un grito, una urgencia que también se asomaba en la expresión de su cara. No había querido avisarle por el intercomunicador ni llamarlo por teléfono. Había preferido subir, tocar la puerta y pasarle rápidamente ese apretado cuchicheo.

El doctor Sanabria sintió un chispazo gélido, una gota de hielo que se deslizaba a gran velocidad desde los bajos de sus intestinos hasta la mitad de su garganta.

Un cubano en la puerta.

La frase de la conserje quedó flotando. Sanabria la vio, la sintió temblar, como un insecto sobre el aire. La conserje le contó todo rápidamente:

—El hombre estaba tocando algunos botones del intercomunicador y yo venía llegando. Me dijo que le habían informado que en el edificio estaban alquilando un apartamento. Que si era cierto. Que si yo sabía cuál era. Apenas lo escuché le reconocí el acento. Y me dije: se quiere hacer el sueco pero este pendejo es cubano. Y le dije: aquí nadie está alquilando nada. Y se lo dije así, golpeado. Para que entendiera que aquí todos somos de la oposición.

La conserje hizo una pequeña pausa, como si esperara una confirmación ideológica, alguna señal de aprobación. Sanabria se vio obligado a ofrecerle un guiño de complicidad. Ella prosiguió:

—El tipo no me dio buena espina. Tenía pinta de policía. Después vino con un rollo raro. Dijo que se había confundido de edificio, que era otro, que en este más bien vivía un amigo suyo, eso creía. Y trató de echarme broma, usted sabe, al estilo cubano, jugando lo mete el perro, pero yo no le reía nada y él empezó a hacerme preguntas extrañas, yo sentí que quería averiguar cosas sobre la gente que vive en el edificio. Y entonces yo me planté muy seria y le dije: no estoy autorizada para darle esa información. Así mismo. Con esta misma cara.

Sanabria recordó de inmediato a su sobrino. Vladimir nervioso, advirtiéndole. Cuidado.

La conserje, mientras tanto, ya se había desviado hacia el tema y comentaba todo lo que estaba ocurriendo dentro del apartamento 34. Los vecinos se quejaban del ruido. Era insólito. Quiso saber si Sanabria estaba al tanto y Sanabria no le dio detalles, solo le dijo que sí, estaba al tanto. La mujer no tuvo más remedio que volver al tema del cubano:

—Hay que tener cuidado —acotó—. Yo lo oí en un programa de radio. Dicen que todo lo de la enfermedad de Chávez es mentira. Que en Cuba le lavaron el cerebro y lo tienen secuestrado. Que esa gente lo único que quiere es invadirnos.

Cuando volvió a estar solo, Sanabria se sentó frente a la biblioteca y trató de amansar su inquietud. Dedujo que el hombre que había estado merodeando por el edificio podía ser, perfectamente, un funcionario de la seguridad cubana. Asoció de manera irremediable esa presencia a la ausencia de Vladimir. Su sobrino seguía sin aparecer. Era factible entonces pensar que algo había ocurrido.

Problemas de lenguaje: caben demasiadas cosas dentro de la palabra algo.

Era factible entonces pensar que los aparatos de inteligencia de ambos gobiernos habían descubierto a su sobrino y que, por tanto, estaban tras la pista del teléfono celular y de los videos. La adrenalina se encendió de inmediato. Recordó lo que le había pedido Vladimir. Recordó sus órdenes: si llegaba a aparecer un cubano, debía botar la caja, deshacerse de todo. Miró la biblioteca. La caja de tabacos descansaba, un poco ladeada, sobre los lomos de varios libros. Recordó también a la periodista gringa. Su sobrino le había asegurado que era de toda su confianza. ¿Qué debía hacer? ¿Qué debía hacer con las últimas palabras del Comandante?

El arte de las desapariciones es cruel y paradójico. Desaparecer a otro es más fácil que desaparecerse. Nadie logra esfumarse completamente. Más temprano que tarde, la policía terminó relacionando rastros y entrando en contacto con la familia de María en San Cristóbal. Apenas comenzaba el mes de marzo. Cecilia, su madrina, estaba más enojada que los demás. Se sentía particularmente traicionada. No entendía, además, cómo la niña había sido capaz de organizar y sostener la mentira durante todo ese tiempo. El regaño fue inmenso. El castigo sería descomunal.

María se sentó en el sillón de la sala, casi debajo del televisor encendido. Pensó que iba a llorar pero no fue así, en realidad tenía más rabia que llanto. Después, se fue a su cuarto, a su computadora, a ese pequeño cuadrado de luz donde podía buscar desesperadamente a su novio.

No había forma de que Rodrigo, por su parte, pudiera estar tranquilo en la casa de Miguel Sanabria. Por más que el doctor intentara ser amable y divertido, por más que tratara de parecer juvenil y muy flexible, seguía siendo un viejo. Su edad definía todo lo demás. El tiempo nunca hace excepciones.

Rodrigo no podía dejar de sentir que se encontraba en una casa ajena, tan distinta, llena de objetos diferentes, que no tenía nada que decirle y que solo le inspiraba respeto. Sabía que, dentro de este apartamento, debía vivir en voz baja, con excesivo cuidado, moviéndose despacio, suavemente, temiendo siempre romper algo, algo como el aire, por ejemplo. La tradición del aire. Sus corrientes, sus rutinas.

Por otro lado, tampoco se encontraba cómodo como rehén en la casa de los Sanabria sabiendo lo que vivía su madre un piso más abajo; sabiendo que podía estar gritándose, peleándose, enfrentada y con desventaja frente a esas otras mujeres. Por la noche, no lograba dormir. A cada rato se despertaba. También recordaba a su padre. Le alarmaba no saber nada de él y que, a su vez, él no supiera nada de ellos. Más allá de las peleas, era su padre. Hubiera querido tenerlo cerca en esos momentos. Aun con su mal humor y su estrés, lo prefería a la benévola amistad del doctor Sanabria. También Rodrigo estaba cada vez más desesperado por chatear todo el tiempo con su novia.

Esa noche hablaron por Skype pero María exigió como condición que no usaran la cámara. No quería que se vieran. Rodrigo amagó con una protesta pero se rindió con rapidez. María estaba seria, como nunca. Tenía en la voz un tono casi solemne. Marcaba el final de las palabras, usaba pausas que hasta ese momento Rodrigo no conocía.

—No quiero verte —le dijo—, porque tengo que decirte algo muy feo.

Rodrigo temió un rompimiento. No se atrevió a preguntar de qué se trataba. Pero María se lo dijo. Y le explicó que había mentido, que no le había dicho la verdad con respecto a su madre. Su madre, destruida sobre el asfalto de una calle cualquiera. Su madre, con dos balas en el cuerpo. Su madre, aferrada eternamente a su bolso. Su madre, que oyó vieja pendeja y dos disparos. Su madre, que se fue al piso sin verla. Que le soltó la mano y desapareció.

—Mi mamá se murió —se le quebró la voz—. La mataron. Y yo nunca te dije nada.

Rodrigo sintió que tenía una pelota de aire caliente atascada detrás de las costillas. Creyó oír a

María llorar. Y no supo qué contestar, qué decir.

Y ella entonces siguió hablando. Y contó más. Contó su vida en solitario durante todo ese breve tiempo. Sus pequeñas mentiras, sus grandes mentiras, su soledad, su no saber qué hacer. Le contó que, al principio, no le dijo nada, no sabía por qué, pero que luego tampoco le dijo nada porque ya no sabía cómo Rodrigo podía reaccionar. No quería perderlo. Él era lo único que en realidad tenía.

Le ardió la orilla de los ojos. Como si tuviera vinagre en los párpados.

Quedaron unos segundos en silencio hasta que ella confesó que la habían descubierto. Que finalmente su madrina y su familia se habían enterado de la verdad. La investigación de la policía terminó por encontrar esa pista. Cecilia había llamado por teléfono. Estaba indignada, fuera de sí. En dos días vendrían a buscarla para llevársela a vivir con ellos en San Cristóbal.

Luego habló Rodrigo. También tenía una historia secreta que contarle. Un padre y una madre en medio de una crisis. Una casa llena de gente extraña. Una casa que ya no era su casa. Una guerra de la que había tenido que huir. Un apartamento donde vivía y no vivía, donde debía caminar con cuidado y respirar en voz baja para no romper el aire.

Esa noche, Rodrigo y María decidieron fugarse juntos.

Las informaciones oficiales seguían siendo escasas, erráticas. El 22 de febrero, el Vicepresidente aseguró haber sostenido una reunión de trabajo de cinco horas con Hugo Chávez. Aun habiendo reconocido que el mandatario estaba asistido por una cánula respiratoria que no le permitía hablar, dijo que «se comunicó con nosotros por distintas vías escritas para darnos las orientaciones». Añadió que el diálogo también se había realizado a través de «distintas vías de entendimiento» y que el Presidente mantenía un «ánimo extraordinario, sonrisa y ojos brillantes, vibrantes». Unos días después, el gobierno insistía en denunciar una campaña mundial que, aprovechando la enfermedad, buscaba desestabilizar la nación. El primero de marzo, el Vicepresidente repitió las acusaciones y miró fijamente a la cámara de televisión que lo estaba grabando: «¿Hasta dónde van a llegar los burgueses? ¡Cese el ataque contra el Comandante! ¡Cesen los rumores!», gritó.

Las cuatro mujeres estaban frente a la pantalla. Comían maní y bebían cerveza.

—No se puede morir —susurró Mildred.

—Si se muere, a mí me va a dar algo —dijo Virginia.

Andreína permaneció estática, inescrutable, mirando el televisor. Las otras la observaban de reojo, esperando alguna reacción. Era una transmisión en vivo. El Vicepresidente continuaba con su arenga. Hay una minoría que odia a la patria, proclamaba. «Frente a los rumores: ¡rodilla en tierra! ¡Fortaleza revolucionaria! ¡Confianza! ¡Unidad!».

—Tú de seguro eres escuálida, ¿verdad?

El mismo día, el ministro de Comunicaciones denunció la existencia de «una operación psicológica, desplegada para generar intranquilidad en el pueblo venezolano». Señaló que a través de las redes sociales y de mensajes de texto telefónicos se estaba buscando «crear zozobra» en el país. La situación era cada vez más desconcertante. Preguntar por la enfermedad del Presidente ya no era solo un sacrilegio sino que, además, también podía ser un acto terrorista. El gobierno distribuía sospechas sobre todo aquel que no se conformara con lo que le daban, con los reportes oficiales. La curiosidad comenzó a ser ilegítima.

El último mensaje del ministro de Comunicación, transmitido en cadena nacional la noche del 4 de marzo, tras notificar parcamente que el estado de salud del Presidente era delicado, se explayó en un mensaje político, denunciando a la «derecha corrupta» y afirmando que la oposición no volvería jamás a gobernar en el país. Así terminó el último parte clínico sobre la salud del paciente Hugo Chávez Frías: «En esta hora, unidad y disciplina son las bases para garantizar la estabilidad política de la patria».

—No me contestaste —dijo La Tierrúa, sentándose frente a ella en la mesa del comedor.

Andreína respondía unos correos electrónicos. Estaba frente a su computadora portátil y tenía a un lado una taza de café.

—A mí no me interesa la política. Me fastidia.

—¿Votaste por Chávez?

—No.

—¿Y te parece bien que esté enfermo? ¿Quieres que se muera?

—No. Claro que no. Yo no le deseo la muerte a nadie.

—Pero dicen que hay mucha gente que quiere que Chávez se muera.

Andreína hizo un gesto displicente, como si reprobara a las personas a las que se refería La Tierrúa. Dirigió sus pupilas al monitor, con la secreta esperanza de que ese simple gesto bastara para cerrar la conversación. Quedaron en silencio unos instantes. Pero la mujer no se movía. Seguía ahí, bebiendo su cerveza, mirándola, sin decir nada. Andreína no sabía dónde poner esa mirada, cómo evadirla, cómo ignorarla, qué hacer con ella. Dejó de escribir. Esperó unos segundos más. El silencio parecía un cabello delgado, quebradizo. Finalmente, aceptó el desafío, la miró.

—Y a ti —dijo de repente, como si retomara una conversación que hubieran dejado colgando en el aire—, ¿por qué te dicen así?

—¿La Tierrúa?

Andreína asintió. Bajó suavemente la tapa de la computadora.

—¿Cuál es tu nombre?

—Yamileth —dijo—. Pero casi nadie me conoce por ese nombre. Desde que sé, me dicen La Tierrúa. Porque llegamos de últimos al barrio. Veníamos de Chejendé, en Trujillo. Ahí no había trabajo, no había nada. Y mi mamá tenía una prima en Caracas. Llegamos aquí y nos hicimos un ranchito de tabla en la punta del cerro. Fue donde conseguimos lugar. Ahí todavía todo era pura tierra. El marido de la prima de mi mamá nos ayudó. A mi mamá le consiguieron trabajo limpiando en una escuela, por los lados de Mesuca. Y yo me quedaba arriba cuidando a mis hermanos. Éramos cuatro. Yo era la grande. Tenía seis años.

Andreína bajó la vista. Se miró las uñas. De pronto le dio vergüenza que estuvieran tan cuidadas, tan pulidas.

—A todos los que estábamos ahí nos decían así. Éramos los tierrúos. Porque ahí no había ni calles, ni escalera, ni tuberías, ni nada. Estábamos jodidos. A veces ni comíamos. No teníamos un coño. Todo era pura tierra. La tierra y nosotros. Éramos los pobres de los pobres, ¿entiendes?

En pocos días, Andreína había entendido más del país que en el resto de su vida. Había compartido demasiado tiempo con estas mujeres. Había cocinado, comido con ellas. Había bebido y se había emborrachado también con ellas. Juntas, habían sido crueles y agresivas con Tatiana. ¿Quién se orinó en el pasillo, delante de la puerta del cuarto donde dormía? No podía recordarlo bien. Habían empezado tomando ron y habían terminado tomando anís. Escucharon música. Descubrieron que tenían incluso algunos gustos comunes. Luego Virginia habló de su hijo muerto, asesinado. Mildred también tenía dos hermanos fallecidos de la misma forma: balas, solo balas. Uno en una pelea en una fiesta. Otro por un lío de drogas. La Tierrúa cambió de tema. Puso la música más alta y comenzó a bailar en medio de la sala. Hasta ahí llegaba su memoria. Luego solo veía sombras, oía risas,



tocaron a la puerta del cuarto, pero nadie contestó. Andreína recuerda la sensación de desquite, de poder. Como si en ese instante le estuviera devolviendo a Tatiana el sometimiento y la humillación que le habían propinado a ella en el pasado. Cómo la habían ignorado. Cómo jamás le habían respondido. Cómo se habían negado a darle lo que era suyo. Los recuerdos eran difusos pero gratificantes, le regalaban una deliciosa sensación de revancha. La memoria le devolvía a veces una imagen fugaz y envuelta en las penumbras. La orina chorreando sobre el suelo. Los aplausos.

¿Acaso había sido ella? ¿Acaso ella era capaz de hacer algo así?

La destrucción también es una disciplina. Tiene un orden, un plan. Sanabria había sentido de cerca cómo, día a día, Tatiana iba perdiendo cada vez más espacio y más seguridad. Incluso los vecinos también habían comenzado a resignarse a la presencia de los intrusos en el apartamento 34. Quizás si esto hubiera ocurrido en otro momento, pensaba Sanabria, todos hubiéramos reaccionado de otra manera. Pero en esos días cualquier distracción parecía imposible. Había en el aire una rara sensación de inminencia. Un clima anímico denso parecía envolverlo todo. Era el 5 de marzo y hasta el aire estaba estirado, a punto de chirriar. El silencio era una pregunta.

Cuando los altos funcionarios del gobierno aparecieron en la televisión, todos compartían una misma expresión de gravedad, una cara larga y colectiva, una mueca a punto de ser duelo. Estaban reunidos en el Palacio de Miraflores. El rating era una dolorosa certeza: en ese mismo momento, la mayoría de los venezolanos de seguro estaba sentada frente a una pantalla, manoseando la incertidumbre. El Vicepresidente, mirando de frente, dijo: «Nosotros no tenemos ninguna duda, y llegará el momento indicado en la historia en que se pueda conformar una comisión científica, de que el comandante Chávez fue atacado con esta enfermedad».

No anunció nada más. Pero el comentario era un mal preámbulo. Un prólogo defensivo. Sanabria escuchó el intercomunicador y se levantó, atendió con cierta exasperación. Tuvo que hacer un esfuerzo para escuchar y entender. La conserje, nerviosa, le habló en voz muy baja. Tras unos instantes, entre el bisbiseo, distinguió unas palabras.

—¡Aquí está otra vez el cubano, doctor! ¡Pero ahora pregunta directamente por usted!

Sanabria quedó congelado. En un segundo, una raya morada cruzó por debajo de sus ojos y lo manchó todo. Dedujo que su presión arterial había dado un brinco. Dijo que bajaba inmediatamente y colgó. Luego caminó rápidamente de vuelta a la sala y se detuvo frente a la biblioteca. Miró la caja.

Sanabria no era un hombre de acción. Jamás lo había sido. Tomó la caja en sus manos, extrajo el teléfono y comenzó a dar vueltas en redondo por la sala, dejando ademanes inconclusos a cada paso, indeciso, volátil. No sabía qué debía hacer. ¿Destruir el teléfono, botar la caja? ¿Guardarlo y dárselo a la periodista norteamericana? Finalmente, torpe, atolondrado, volvió a dejar el envase de madera acostado sobre el tope desigual de una hilera de libros, en la repisa de la biblioteca que estaba junto al televisor.

El celular en su mano era un ratón muerto.

Sanabria giró en redondo, deslizando sus pupilas por todo el lugar. ¿Qué le impedía lanzar el teléfono por el bajante de la basura o, simplemente, pisotearlo hasta volverlo añicos? ¿Por qué no lo destruía? Las preguntas danzaban intranquilas a su alrededor.

El intercomunicador volvió a sonar en la cocina. Fue como el alarido de una abeja.

Sanabria se sobresaltó. Sus pupilas, de pronto, cayeron en una esquina del sofá, donde descansaba la mochila escolar de Rodrigo. Vio en ese instante una señal del destino. Se acercó, abrió la bolsa de tela del niño y deslizó ahí el teléfono celular. Le pareció un lugar inocente. El

mejor lugar para guardar un secreto.

Después, salió apurado del apartamento.

El cubano era un hombre alto, bien vestido, de modales correctos y voz serena. Solo estaba buscando información. Como la conserje se había negado a darle cualquier dato, pidió hablar con el representante de los vecinos. Por eso lo había llamado. Sanabria seguía nervioso. No entendía de qué se trataba. El hombre le explicó que había pulsado inútilmente el botón del apartamento 34, que solo necesitaba confirmar que esa era la residencia efectiva del ciudadano Fredy José Lecuna Jiménez.

La conserje, a unos pasos de distancia, los miraba. Parecía suspicaz.

Sanabria dijo que sí, que lo confirmaba, que el periodista vivía en ese apartamento. Pensó que no era conveniente añadir más detalles, pero preguntó qué pasaba, para qué buscaban a Fredy Lecuna.

—Es un asunto de procedimiento. Este ciudadano se casó con una compañera, voluntaria cooperante, y estamos haciendo las investigaciones de rutina.

Sanabria regresó a su casa todavía desconcertado. Tratando de poner en orden las interrogantes: ¿Lecuna se había casado? ¿Por qué? ¿Y Tatiana lo sabía? ¿Qué estaba sucediendo realmente con esa familia?

Apenas entró, notó la ausencia. La mochila de Rodrigo ya no se encontraba en el sofá. Volvió a sentir un rayo helado en todo el cuerpo. Casi corrió a la habitación, buscando al niño. Pero tampoco estaba ahí. Revisó la casa dos veces. Cada esquina, cada ángulo, cada pliegue. Nada. Llamó a su madre por teléfono. Tampoco estaba con ella. Volvió abajo y conversó con la conserje. No sabía nada, no había visto nada.

Sanabria pensó que, tal vez, el niño había ido a casa de un amigo. Que de seguro había salido mientras él conversaba con el cubano. Que volvería en poco tiempo. Decidió servirse un *whisky* y sentarse frente al televisor. Pensó que, en esos momentos, todo el país estaba frente a un televisor. Trató de calmarse. Lo único que podía hacer era aguardar. Su mujer lo llamó desde Panamá.

—¿Es verdad que se murió? —Más que preguntar, lo interrogó—. Ese es el rumor que hay aquí ahora —añadió—. Todo el mundo está diciendo que Chávez ya estiró la pata.

Sanabria estaba inquieto, sin humor, pensando en Rodrigo. Aceleró una respuesta. Dijo que no sabía nada. Que estaba en otra cosa.

—¿Cómo coño vas a estar en otra cosa, Miguel? Prende el televisor, llama a Vladimir, averigua lo que sea. Y después me avisas, ¿sí? Mira que aquí todos estamos muy pendientes.

Un pequeño hielo crujió dentro del vaso.

Dos horas después, el Vicepresidente volvió a aparecer en la televisión, en cadena nacional, y anunció el fallecimiento de Hugo Chávez. Con la voz quebrada, haciendo un esfuerzo por aguantar el llanto, expresó de manera puntual que a las cuatro y veinticinco de esa misma tarde, el cuerpo del

mandatario había abandonado toda señal de vida.

Por unos segundos, el país fue un silencio. Un silencio eléctrico, crispado; un abismo lleno de metales, una letra abierta, un grito a punto de sangrar. Hasta que el Vicepresidente volvió a hablar, siempre entrecortado, pidió respeto y paz, habló de restos inmortales, alzó su puño y grito honor y gloria, que viva Hugo Chávez, que viva Hugo Chávez por siempre.

Sanabria apagó el televisor. Había tomado tres vasos de alcohol y se sentía levemente mareado. Ni alegre ni triste, solo frágil. Vulnerable. Beatriz lo llamó por teléfono. Le dijo que lo estaban celebrando. Sanabria barbotó: tú sabes lo que pienso sobre eso. Ella dijo: no seas aguafiestas, Miguel. Y él: no se puede celebrar la muerte de nadie. Y ella: ahora no vamos a volver a discutir. Y él: me parece inmoral, Beatriz. Es un ser humano. Y ella entonces comenzó a nombrar a otros muertos, a gente caída en desgracia o arruinada, o enferma o fallecida, todos por culpa del mandatario. ¿Eso no te parece inmoral?, preguntó. No estoy de acuerdo con ninguna de las dos cosas, dijo él. Y ella dijo: no te soporto cuando te pones así. Y él: silencio. Y ella: más silencio. Mejor hablamos mañana.

Esperó a Rodrigo, lo esperó largamente, cada vez más atormentado. Trató de distraerse y no lo logró. Dio vueltas por el apartamento. Revisó todo mil veces. Otra vez. Y nunca encontró nada. Nada mil veces. Nada otra vez. Se sentó, se paró, volvió a caminar. Hasta que llegó la noche. Hasta que la noche se hizo más noche y ya no pudo aguantar. Esperar es enloquecer.

—Creo que tu hijo se fugó.

Tatiana lo miró estupefacta. Parecía extraviada, sus ojos estaban enrojecidos, la palidez de su rostro contrastaba con la amplia sombra oscura de sus ojeras. Estaba de pie en el quicio de la puerta de su apartamento, que en rigor ya no era su apartamento sino simplemente el apartamento 34: campo de guerra.

Eran las diez de la noche. Desde que se había anunciado oficialmente la muerte de Chávez el país había entrado en una perturbadora calma. Sanabria preguntó primero si sabía algo de Rodrigo y, ante la sorpresa y la negativa de su madre, aflojó entonces la hipótesis de la fuga. Juntos fueron de regreso al apartamento de Sanabria, revisaron la habitación donde dormía el niño y constataron que se había llevado bastante ropa y alguna de sus pertenencias más queridas. Tatiana realizó varias llamadas telefónicas. Una tras otra fueron sumando el mismo resultado: nadie sabía dónde estaba su hijo. Tatiana se puso a llorar y se abrazó al doctor Sanabria.

—No puedo más —murmuró.

Sanabria notó los pezones apretados a sus costillas y sintió una turbación que no deseaba sentir, que no tenía nada que ver con ese momento. Él estaba francamente conmovido por el llanto de la mujer, estaba francamente desesperado por la desaparición del teléfono que le había encomendado cuidar su sobrino, ¿por qué entonces tenía de pronto que sentirse también francamente agitado por ese contacto físico, accidental y sin malicia? Tuvo vergüenza. Una vergüenza instantánea, casi animal. Tatiana, aferrada a él, como si él fuera el mástil de un barco, seguía repitiendo lo mismo.

—No puedo más.

Se citaron a las afueras de la estación del metro. Se reconocieron pero no supieron cómo saludarse. Rodrigo pensó en darle un beso, un beso en la mejilla, cordial, cercano, pero en la mejilla. María quizás hubiera querido abrazarlo. Pero se quedaron frente a frente y solo se dijeron hola. Hola y hola: nada más. Con los nervios contenidos, agazapados detrás de las palabras. Con un brillo en los ojos impronunciable: el resplandor de la mirada nunca se puede traducir con palabras.

—Hola —dijo Rodrigo.

—Hola —dijo María.

Y el tráfico, a su alrededor, siguió con su bullicio imperturbable. Fueron caminando hasta el apartamento de María. Subieron por las escaleras y se detuvieron frente a la puerta. Pasaron toda la tarde y parte de la noche hablando en el apartamento. María le mostró todo lo que había que enseñarle. Rodrigo quedó fascinado ante la colección de pupilas de resina que todavía descansaban sobre la mesa de trabajo en el cuarto de su madre. Cocinaron juntos. Ella preparó un arroz y pusieron cuatro salchichas en un sartén. La televisión estaba apagada. Nunca se enteraron de la muerte de Chávez. Pasaron por debajo del país sin darse cuenta.

Su alarma estaba en otro lado: al día siguiente llegaría la madrina de María a recoger sus cosas y llevársela a vivir con ella a San Cristóbal. A las diez de la noche se acostaron juntos en la cama de su madre. A Rodrigo le pareció que el colchón estaba viejo, que se hundía demasiado. María miraba hacia el techo y tenía sus manos enlazadas sobre su ombligo.

—¿Seguro que tienes todo listo?

—Sí. Llevo casi toda una semana haciendo maletas.

Rodrigo se movió un poco, se puso en una posición bastante parecida a la de María. Mirando arriba, con las manos cruzadas sobre su estómago.

Estiró una letra. Una *y* griega se quedó pegada en su paladar. La mantuvo sonando unos instantes y, de inmediato, se arrepintió. Parecía que no tenía nada que decir. Era una *y* larga, en búsqueda, queriendo encontrar afanosamente la siguiente letra donde atracar.

—¿No tienes sueño? —dijo, al fin, tras superar la *y*.

—No —dudó unos segundos—: ¿Y tú?

—Tampoco.

—Tus papás se van a preocupar, ¿no?

—Sí. Supongo.

Quedaron nuevamente en silencio. Había un lejano ruido de motor, un zumbido permanente, como si del otro lado de la pared hubiera un viejo ventilador moviendo sus aspas de manera ininterrumpida.

—Es raro, ¿no?

—¿Qué?

—Estar así, ahora, los dos. Es raro.

—Sí.

Él ladeó la cabeza, la miró. Ella sintió su mirada. Sintió también que la oreja se le ponía caliente. Como si las pupilas de Rodrigo fueran una brasa. Pero no volteó. Siguió mirando hacia arriba. Son tan planos los techos. Lisos, simples, sin gracia.

—¿Adónde nos vamos a ir mañana? ¿Sabes?

María no pudo evitarlo: giró todo el cuerpo y quedó de costado, frente a él.

—No. Pero igual yo me tengo que ir.

Se miraron a los ojos. ¿Cuántas cosas caben en una mirada? ¿Qué es el amor o el deseo cuando se tienen nueve o diez años? ¿Cómo se siente el cuerpo, cómo se sienten las ganas? La escritura siempre llega más tarde. Nunca se narra lo que sucede sino lo que se recuerda.

—¿Qué estás pensando?

—Nada.

—¿Estás arrepentido?

—No. Yo te lo dije. Yo me voy contigo.

—¿Y entonces? ¿Qué estás pensando?

Rodrigo volvió a dudar. Temió que una letra volviera a quedarse pegada en su paladar.

—No sé. Estaba pensando que —se detuvo, tardó en encontrar la palabra—... deberíamos, ¿no?, deberíamos darnos un beso.

Y de inmediato se sintió ridículo, tonto, cursi. Hubiera querido destruir a puñetazos la escena que acababa de pasar. Pero María sonrió. Y lo besó.

Por primera vez, desde la llegada de Andreína y su tropa de ataque, hubo en el apartamento una noche más o menos tranquila. Solo permaneció encendido el televisor, sintonizado en el canal oficial, casi hasta el final de la madrugada. Las tres mujeres se mantuvieron melancólicas y absortas delante de la pantalla. Todavía no podían creerlo.

Andreína permaneció en silencio, sentada en una silla, junto al comedor. Tatiana se dedicó a recoger sus pertenencias personales. Ya había llamado a la policía. Le informaron que para reportar a alguien como desaparecido debía esperar veinticuatro horas. Intentó dormir pero, apenas se sumergía en el sueño, una persistente angustia la hacía despertar de inmediato. Llegó al amanecer sin saber si realmente había o no había dormido aunque fuera unos pocos minutos. Lo único cierto que le había dejado la noche era un sabor amargo en el aliento. A cada instante pensaba en Rodrigo. Y se sentía culpable. Y se dejaba raptar por la ansiedad, por la pesadumbre.

También soñó o tal vez solo imaginó a Fredy. Su marido, desaparecido en Cuba, desaparecido en medio del mar. Lo vio sin camisa, con una botella de ron en la mano, dando tumbos por un malecón donde se alzaban olas verdes, como dedos de algas que estallaban contra las piedras. Luego lo vio, o quizás lo soñó o lo imaginó, ahogado en una bahía. El mar era liso, como un mantel sin arrugas. Oscuro y liso. Lo único que sobresalía era la cabeza de Fredy. Con los ojos cerrados y la boca abierta. Sus labios morados temblaban ligeramente.

Al día siguiente, las dos mujeres casi tropezaron en la sala.

Tatiana arrastraba dos maletas grandes. En su rostro, se dibujaba un visaje diferente. Era una expresión que mezclaba la melancolía con el odio intenso. Tenía un ojalá te pudras en cada pupila y un vaivén de burla triste en la sonrisa. Esa era la única forma que encontró para administrar su derrota. Andreína la miró inexpresiva.

—Mi hermano va a venir en la semana a buscar las cosas que quedaron.

Andreína estuvo de acuerdo, dijo que no había ningún problema.

—Eres una hija de puta. Una mierda.

Andreína no dijo nada.

—Todo esto se te va a devolver algún día.

Andreína siguió sin responder. Tatiana jaló las maletas hacia la puerta.

En el fondo, ambas estaban demasiado agotadas como para reanudar una pelea. El final era igual que el principio. Habían vuelto a las palabras. Después de todo, por último, estaban obligadas a hablar, a negociar. Tatiana salió y Andreína cerró la puerta con una suavidad inusual. Casi dejó que se deslizara por inercia. El crujido diminuto del mecanismo le sonó como una campanada. Las otras tres mujeres dormían profundamente. Andreína quiso gritar, lanzar un alarido que retumbara en todo el valle. Pero se quedó en silencio. Sin despegar la espalda de la puerta, se fue dejando resbalar poco a poco hacia el suelo. También el frío del granito tocando sus nalgas le pareció una bendición. Pensó que esa mañana era un milagro.



Unas horas más tarde sonó el teléfono. El día estaba manteniendo la misma atmósfera de la tarde anterior. Era un duelo intimidante. Un asombro doloroso que no sabía muy bien cómo hacer consciente la noticia, cómo aceptarla. Virginia se había despertado y estaba preparando café. Las otras dos continuaron durmiendo. Andreína le comentó la novedad: Tatiana por fin se había largado esa mañana. Virginia no mostró mayor signo de alegría pero dijo muy bien, o algo así, estaba hablando en voz muy baja. Luego aclaró que, de cualquier forma, ellas también se habrían ido ese mismo martes. Ya habían concluido su trabajo.

Andreína asintió. Luego un silencio se arrellanó entre ambas.

Virginia dijo que se irían temprano. Que querían asistir al funeral.

Hoy es un día sagrado, también dijo.

Y fue entonces cuando sonó el teléfono.

Era Fredy Lecuna. Acababa de aterrizar. Estaba todavía dentro del avión, de pie, en el pasillo, haciendo la fila para salir. Virginia atendió y, secamente, le dijo que Tatiana ya no vivía ahí. Colgó. Fredy quedó desconcertado. Además, estaba trasnochado, tenía una gran resaca. Todavía no se había recuperado del todo de un ron infame y de una excelente sorpresa en la noche de su despedida.

—En la historia de la humanidad, todo depende de la calidad de los materiales —había dicho Omar, después de darse el primer trago de alcohol—. Con esto —había agregado—, Nerón habría incendiado todo el imperio.

Fredy en realidad hubiera preferido no tener ningún festejo, solo quería largarse lo antes posible de la isla. Ya se encontraba demasiado agobiado, le urgía volver. Cada vez, además, se sentía peor, hundido en la farsa de ese matrimonio que, a la larga, tampoco le había producido el beneficio periodístico esperado. Intuía que era imposible llegar a Caracas y sentarse frente a su mujer a explicarle que se había casado con una cubana y que, encima, estaba enredado en un trámite para sacarla legalmente de la isla. ¿Le creería Tatiana que entre él y la cubana jamás había habido algún acercamiento? ¿Confiaría en él? ¿Y la editorial? ¿Qué iba a hacer ahora con la editorial? El plazo se había vencido, Chávez estaba muerto, y él iba a regresar de La Habana sin haber terminado todavía de escribir su gran *best seller*.

De pronto, en medio de la fiesta, Aylín lo jaló y lo llevó hasta la pieza donde dormían. Fredy, por un momento, temió que el ron estuviera agitando la libido de su esposa, que Aylín quisiera regalarle un adiós más carnal. Empezó a recitar, con tono admonitorio, todos los acuerdos que tenían con respecto a la intimidad entre ambos. En la estrecha recámara los esperaba el paramédico que tanto había demorado la supuesta entrega de información confidencial. Aylín lo conminó a darle lo que había traído. El hombre lucía nervioso y forzado, como si de alguna manera lo estuvieran obligando a estar ahí, a actuar de esa manera. Le extendió a Fredy una carpeta azul que contenía algunos papeles. Le dijo que ahí estaban los últimos exámenes que le habían realizado al Comandante. También había un detallado informe clínico, firmado por la junta médica que lo había atendido.

—Ahí está todo lo que nunca han querido decir —exclamó, con una voz carrasposa.

Fredy Lecuna tuvo que pagar, por supuesto. Y también debió darle las gracias a Aylín y comprometerse a continuar con el proceso conyugal. Pero este encuentro fugaz y algo esquivo, acontecido a última hora, bajo el hechizo de un ron infame, le había dado un vuelco completo a todo el viaje y a su proyecto de libro. Se sentía entusiasmado, con el ánimo renovado, vigoroso. Pensaba que ahora sí tenía argumentos para pedirle una o dos semanas de plazo más a la editorial, para enfrentarse a Tatiana y recomponer todo lo que había dañado en los últimos meses.

—¿Es usted Fredy Lecuna?

El periodista no había terminado de salir del avión, no había dado ni siquiera un paso cuando tres sujetos lo abordaron. Iban vestidos de civil pero era evidente que se trataba de funcionarios policiales. Solo uno de ellos llevaba lentes oscuros. Era el único que no traía puesta una corbata. Pero los tres tenían dibujada en el rostro la misma seguridad que otorga llevar encima un arma escondida.

Fredy dijo que sí pero con escaso convencimiento. Fue un sí ladeado, esquivo.

El hombre de los lentes oscuros se acercó, inclinó el rostro y dejó caer un susurro con inconfundible acento cubano.

—Acompáñenos un momento, por favor.

Cuando escuchó el timbre, Sanabria pensó que era Tatiana. No había sonado el intercomunicador de la puerta principal del edificio, no podía ser alguien de afuera. Supuso, felizmente, que Rodrigo había aparecido y sintió un gran alivio. Estaba comiendo una mandarina frente al televisor, enterándose de todos los preparativos para los fastuosos funerales que comenzarían ese mismo día. Sonó el timbre y, de un brinco, estuvo ya con la mano en el picaporte. Abrió y se encontró con una muchacha joven, muy blanca, de pelo castaño, ojos verdes y una sonrisa tímida atrapada entre los labios. La conserje estaba a su lado, la señalaba con cierto orgullo.

—Es la periodista gringa que viene a verlo. Me dijo que usted la estaba esperando.

La cara de Sanabria se contrajo, transformándose de pronto en una mueca ceñuda, en un signo de interrogación arrugado sobre su rostro. La conserje se fue de inmediato y Sanabria no tuvo más remedio que hacer pasar a Madeleine Butler.

Se sentaron juntos frente al televisor. Él le ofreció café y ella dijo que no.

—¿Agua?

—Tampoco, gracias.

Intercambiaron dos o tres frases inocuas, pura esgrima de cortesía. Vieron juntos un nuevo anuncio oficial de las celebraciones. Pronto trasladarían el ataúd de Chávez desde el Hospital Militar hasta la Academia Militar, donde sería velado con honores.

—Usted sabe por qué estoy aquí —dijo finalmente la periodista. Con delicadeza pero sin amilanarse.

El teléfono evitó que el silencio se explayara de manera perturbadora. Sanabria se sentía intimidado e incómodo. Se incorporó demasiado velozmente y pescó de golpe el auricular. Le hizo un gesto de disculpa a la muchacha, mientras se apartó un poco y dijo aló. Era su hermano. Sanabria esperaba otra voz. Siempre anhelaba que apareciera Tatiana con noticias favorables de Rodrigo. Pero no. Era Antonio, preguntando si estaba viendo las noticias. Sanabria desvió instintivamente sus pupilas hacia el televisor.

—Solo espero que no hagan una pendejada —farfulló Antonio.

Sanabria no entendió a qué ni a quiénes se refería.

—Tú sabes. Lanzar fuegos artificiales, poner música, hacer una fiesta. Todos los de la oposición quieren hacer eso.

—No estoy tan seguro —puntualizó Sanabria.

Su hermano le contó que Vladimir por fin había aparecido. Sanabria sonrió con amabilidad a la periodista. Le regaló un nuevo gesto, excusándose. Ella le devolvió un ademán similar, indicándole que no importaba, que podía esperar.

—Está en la Academia Militar —prosiguió Antonio, con un dejo de orgullo—. Lo nombraron jefe de una de las comisiones que está a cargo de los funerales del Comandante Eterno.

Sanabria solo contestaba con vagos monosílabos, expresiones ambiguas que no lo comprometieran frente a la visita. Antonio le explicó que Vladimir estaba muy cerca del Vicepresidente, le dio a entender que ahora tendría un futuro importante y lleno de responsabilidades en la nueva etapa de la revolución.

Sanabria fue hasta la cocina y tomó una mandarina.

Antonio se quedó en silencio unos segundos.

—Vladimir me pidió que te llamara —dijo finalmente su hermano, dándole a su voz un tono más grave.

Volvió a sentir un latigazo de frío en el centro de su espalda.

—¿Y eso? —balbuceó, mientras iba de regreso a la sala.

—Te mandó a decir que no le des la caja a la gringa.

Sanabria se detuvo.

—¿Cómo? —la palabra saltó de su boca. No pudo atajarla.

La periodista pareció sorprenderse con el grito, aunque se mantuvo mirando fijamente la televisión.

—Queremos que nos devuelvas la caja, Miguel.

Sanabria sintió un mareo repentino.

—¿Por qué? —apenas alcanzó a preguntar.

Y fue a hundirse en un ángulo de la sala, cerca de la ventana. Se sentía nervioso, confundido. El plural que había usado su hermano lo había dejado sin respiración. Trató de entender qué ocurría, qué estaba pasando. Antonio le dijo que no podía darle ninguna explicación.

—Vladimir y yo hicimos las paces. Me lo contó todo. Le dije que había sido un gran error confiar en ti.

Su voz sonó seca. Muy seca. Sanabria sintió un puño de saliva arrastrándose en el fondo de su lengua.

—Yo soy tu hermano, Antonio.

—Sí —dijo—. Pero también eres un contrarrevolucionario —añadió.

De pronto, se filtró un silencio, un silencio que se fue haciendo cada vez más rígido. Sanabria tenía el auricular en la mano pero miraba a Madeleine Butler, quien permanecía sentada, casi en la misma posición, pacientemente aguardando.

—No lo tengo —dijo. Como si les hablara a los dos al mismo tiempo—. Ya no tengo el teléfono que me dio Vladimir. Perdí los videos.

Cecilia debió contratar a un cerrajero para poder abrir la puerta y entrar. Cuando la cerradura cedió, varios vecinos estaban junto a ella. Les parecía increíble que la niña hubiera pasado tantas semanas viviendo sola en el apartamento. Ninguno se dio cuenta. No salían nunca, eran muy reservadas, dijo uno. Y otro añadió: tampoco dijeron nada en las noticias, ¿cómo íbamos a saber que la vecina había muerto? La señora que vivía abajo recordó que alguna vez se encontró a la niña en la escalera, que María le había dicho que su madre estaba enferma, de reposo. Cecilia se vio obligada a contar todo, entre admirada e indignada. Estaba exaltada. Tampoco entendía por qué María no abría la puerta. No entendía qué estaba pasando.

Fue la primera en entrar en la sala. Le sorprendió el orden, incluso la limpieza. Los vecinos avanzaron impacientes, tras ella, mirando con gran curiosidad. Al poco rato, todos daban vueltas por la casa. Era evidente que no había nadie. La niña se había ido.

—Qué raro —dijo alguien, señalando—. Dejó la televisión prendida.

Todos alzaron las miradas. La pantalla, sin volumen, transmitía las imágenes del acto que estaba teniendo lugar en la ciudad. Una carroza fúnebre avanzando con dificultad entre la multitud. Sobre la larga camioneta negra se encontraba el ataúd.

Sabían perfectamente quién era, dónde había estado y qué había hecho. Con quién había hablado, a qué lugares había ido, en qué había gastado su dinero. Tenían información sobre Aylín, sobre su familia, sobre su boda, sobre los trámites de petición de salida de la isla. Lo conocían todo y se lo hicieron saber de la peor manera: con absoluta cordialidad.

También sabían, obviamente, de la carpeta que a última hora un delator le había entregado antes de salir de la isla. Querían verla, querían revisar cualquier papel que el periodista hubiera recibido. Fredy lo negó todo. Después, lo reconoció todo pero a medias. Luego, ante la primera presión que anunciaba una posible violencia, confesó o más bien confirmó todo. Mostró la carpeta y los materiales que contenía, les ofreció un relato pormenorizado, con detalles que incluso no hacían ninguna falta, sobre su estancia y sus pesquisas en La Habana. Los funcionarios policiales quedaron satisfechos y, tras canjear algunos comentarios a media voz, salieron de la pequeña sala donde habían estado interrogándolo. Fredy se preguntó qué seguiría. Sacó conclusiones rápidamente. No podían detenerlo. No había cometido ningún delito. Tampoco podían prohibirle escribir. La escritura no se prohíbe. Se censura, se modifica, se controla, se previene, pero no se puede suprimir.

La escritura tiene la misma condición que la enfermedad: es inevitable.

Fredy Lecuna no tuvo tiempo de seguir pensando. Se abrió la puerta y apareció un hombre cercano a los sesenta años, vestía elegante pero informal, venía acompañado por un hombre más joven, de pelo largo y con estampa de profesor universitario. Ni siquiera se presentaron. Uno se quedó de pie mientras el otro se sentó frente al periodista.

—Estás en problemas —dijo.

Lecuna promovió una serie de gestos indecisos, sin tino.

—Uno de los policías acaba de decirme que encontraron cocaína en tu equipaje.

El periodista primero se rio, creyó que era una broma. Después se asombró, protestó, dijo que era un truco barato, que no podían hacerle algo así. Los dos hombres se mantuvieron en silencio. Lecuna comenzó a asustarse.

—Tenemos una propuesta para ti —dijo el hombre que estaba sentado.

—¿Cuál será?

—Te vamos a dar cien mil dólares.

Fredy Lecuna quiso reírse de nuevo pero la gracia se le quedó atornillada en el estómago. La boca no le cerraba.

—¿Para que no escriba el libro? —alcanzó a balbucear.

El hombre sonrió, alzó la vista y miró de soslayo al que parecía un profesor universitario, como si hubieran hecho una apuesta justo antes de entrar al recinto. Luego volvió a encarar al periodista.

—No. Todo lo contrario. Te vamos a dar cien mil dólares para que escribas el libro.

Lecuna lo miró. Estaba atónito. Pero, sin duda, su interlocutor hablaba completamente en serio. Permanecía sentado frente a él, con una sonrisa sardónica en sus labios, esperando una respuesta.

—No entiendo —dijo, tratando de ganar tiempo.

Le explicaron: la idea era mantener todo igual, en el mismo plan, con la misma editorial, pero escribiendo otro tipo de libro, en otra línea, una línea más acorde con los intereses de la revolución, con la defensa de la patria, incluso con la defensa de la propia vida y memoria del Comandante.

—Es un asunto que tiene que ver con la estabilidad del país —le dijeron también en algún momento.

Pusieron a la orden cualquier tipo de información e insistieron en que el libro debía parecer un esfuerzo autónomo, un ejercicio de investigación imparcial de un periodista independiente.

—¿Quieren que haga propaganda que no parezca propaganda? —preguntó Lecuna, con algo más de seguridad, aventurándose a ejercer la ironía.

Los hombres volvieron a mirarse.

El periodista recordó la supuesta cocaína que decían haber encontrado en su equipaje. Recordó también a los funcionarios de la policía política, al cubano de lentes oscuros. Los imaginó del otro lado de la puerta, esperando.

—Es un buen billete, Lecuna. Piénsalo.

Andreína Mijares no demoró mucho en comprender a cabalidad la mueca con la que Tatiana se había despedido. Comenzó a darse cuenta cuando entró al baño y vio la puerta de vidrio astillada. También el espejo había recibido un golpe en una esquina con un objeto contundente y estaba resquebrajado. En el cuarto del niño, la cortina se encontraba vuelta jirones, como si la noche

anterior la hubieran asesinado con una tijera. En un ángulo, sobre la alfombra, había una mancha enorme. Oía a acetona mezclada con cualquier otra sustancia. Poco a poco fue encontrándose con el desquite de su antigua inquilina. Tatiana también, a su manera, había hecho lo mismo que ellas. Había pasado su última noche en una minuciosa faena de destrucción. Nada había quedado en pie. Nada, finalmente, era de nadie.

Virginia, Mildred y La Tierrúa se fueron un poco después del mediodía. Andreína les dijo que podían llevarse lo que quisieran. Mildred se llevó una lámpara de mesa, con pantalla azul y dibujos chinos en la base de porcelana. La Tierrúa eligió un cenicero *art déco*, de cristal soplado. Virginia recibió la segunda parte del dinero y le dio las gracias.

—¿Ya viste?, la cosa salió bien —le comentó—. Al final, todos se van —sentenció—. Nadie resiste.

Y luego le dijo que no perdieran el contacto. Le explicó que las tres trabajaban a veces en proyectos más grandes, en invasiones a edificios abandonados o todavía no vendidos.

—La otra vez, como forma de pago, nos dieron dos apartamentos —le contó—. Nosotras después los vendimos a precios solidarios —añadió—. Quién sabe. De pronto vuelve a pasar algo así y a ti o a alguien que conozcas le interesa comprarnos un apartamento.

Andreína asintió, sin pronunciar una palabra.

Las mujeres se fueron apuradas. Querían acercarse a ver y participar en los funerales. Las tres se despidieron de ella con un abrazo. La Tierrúa le guiñó un ojo.

—Piensa en lo que te ha pasado —dijo Virginia antes de salir—. Ponle cabeza. Date cuenta. La revolución también los protege a ustedes. La revolución es para todos.

Al entrar en el paseo de Los Próceres, la multitud había rodeado el automóvil. Ni siquiera el fuerte dispositivo de seguridad lograba que el cortejo pudiera avanzar más deprisa. El sol estaba en lo alto del cielo, repartiendo un calor amarillo y húmedo, rotundo. Sanabria se hallaba sentado frente a la pantalla. A su lado, se encontraba todavía Madeleine Butler. Había aceptado un vaso con agua y sorbía suavemente el líquido, sin despegar los ojos del televisor.

Antonio no le había creído. Le había parecido raro, incluso inverosímil, el relato del teléfono escondido en la mochila del hijo de un vecino. Su hermano se había puesto irónico, impertinente. Creía que todo era una engañifa, una treta para quedarse con los videos, para usarlos con fines conspirativos, tal vez. Le gritó. Lo amenazó. Y Sanabria entonces cortó la llamada. Apagó su celular y dejó descolgado el teléfono fijo de la vivienda. Luego se sirvió un *whisky* con hielo. La periodista dijo que prefería un vaso con agua.

—¿No quiere una mandarina?

La periodista negó con la cabeza.

Pasaron unos instantes en silencio, observando la televisión. Hablaron sin mirarse. Sanabria quiso sondear si ella había captado algo, si había escuchado y entendido la conversación que él

había sostenido por teléfono. Ella tenía intuiciones sueltas pero no comprendía del todo lo que estaba ocurriendo. Sanabria se lo explicó con detalle. En la pantalla podía verse a una multitud de personas moviéndose como una oruga alrededor del féretro. Las cámaras detallaban los rostros llorosos e impotentes de la gente.

—Entonces —preguntó de pronto Madeleine—, ¿usted vio los videos?

Sanabria la miró. Ella parecía abochornada. Como si la interrogante fuera un deber incómodo, una regla que no podía dejar de cumplir.

—Sí.

La periodista se llevó el vaso a la boca. Dejó que el silencio hiciera su tarea.

—Eran muy cortos —agregó Sanabria—. Y de mala calidad.

—Pero de todos modos, ¿se podía ver algo o no?

Sanabria movió la cabeza. Dudó unos segundos, mientras Madeleine permanecía expectante, con los músculos rígidos, esperando.

—Sí.

La periodista se removió en su asiento, juntó las manos, era evidente que estaba cada vez más expectante.

—Vi a un enfermo, a un ser humano, vulnerable y desesperado. Como cualquier enfermo terminal.

—¿Eso es todo? —preguntó, un poco defraudada.

Sanabria bebió otro trago, suspiró.

—Deduzco que lo filmaron antes de la operación.

Madeleine Butler ni pestañeó. Siguió mirándolo fijamente, con la respiración contenida.

—Estaba llorando. Tenía mucho dolor. Y decía que no quería morir. Pedía que lo ayudaran, que no lo dejaran morir.

En el televisor, una mujer, con los ojos llenos de lágrimas, alzaba las manos al cielo.

—Es un video desagradable, impactante, no sé si me explico.

Madeleine ofreció una expresión de súplica. Quería seguir escuchando.

—¿Dijo algo más?

—Estaba débil, frágil, aterrorizado. Lloraba. Se quejaba. Tenía un gran pavor ante la muerte. Como cualquiera.

—Chávez no era cualquiera, ¿no? —susurró la periodista.

—Chávez tenía cáncer —acotó Sanabria.



Fredy Lecuna les entregó la carpeta y, a cambio, recibió una serie de reportes médicos, así como los testimonios ya redactados de algunas enfermeras y doctores que supuestamente lo habían atendido en La Habana. También le dieron un adelanto de treinta mil dólares, en billetes de cien, ordenados dentro de un sobre amarillo. El periodista salió sin despedirse.

Afuera lo esperaban los mismos funcionarios que lo habían detenido. Lo acompañaron de vuelta a las taquillas de control de migración. Mientras estaba en la fila, esperando su turno, pensó que en muy pocas horas todo había cambiado demasiado drásticamente. ¿Quién era él, realmente? ¿Había perdido acaso cualquier correspondencia consigo mismo, con su propia vida, con lo que había sido hasta ese momento? ¿Qué había pasado? ¿Cómo había podido llegar hasta ahí? Apretó el sobre bajo su brazo. Sintió que el dinero era ligero. Que los dólares no pesaban tanto.

Más de siete horas duró el traslado del ataúd desde el Hospital Militar hasta la Academia Militar, donde el cadáver de Hugo Chávez fue velado con honores. Que el punto de salida y el de llegada fueran instituciones castrenses dibujaba una alegoría puntual de su existencia. Eso había sido Chávez: un militar. Esa era su naturaleza, su racionalidad y su sensibilidad. Confiaba en el uniforme, no en la diversidad. Creía en la obediencia, no en la concertación. A los pocos meses de ganar la presidencia por primera vez, lo dijo: «Yo no creo en ningún partido, ni siquiera en el mío. Yo creo en los militares, que es donde me formé». La ruta de su ataúd trazaba un regreso del Hospital Militar, donde había fallecido, a la escuela de las Fuerzas Armadas donde se había formado, donde había encontrado su verdadera vocación. Dos espacios esencialmente masculinos, gobernados por el secreto, por la rigidez vertical de los hombres que se visten todos los días de la misma manera. En el medio de esta ruta estaban los otros, la muchedumbre, el público.

María y Rodrigo se encontraban ahí, al borde de la acera, mirando pasar la procesión de gente. Cargaban sendos morrales. María además traía una pequeña maleta de ruedas. Rodrigo mantenía su pequeña mochila colgando del hombro izquierdo.

Nunca antes habían visto de cerca a tantas personas juntas. Había de todo. Mujeres vestidas de rojo, llorando; jóvenes y viejos; soldados, policías, funcionarios. Había también muchos periodistas, hombres y mujeres con cámaras y micrófonos, corresponsales extranjeros. Había gente de la iglesia, sacerdotes y pastores, grupos musicales, tratando de entonar un coro en mitad de la algarabía. Era una marea irregular y enorme. Como un mitin pero con un final distinto. Después del recorrido, el líder ya no podría hablar.

En la pantalla, la multitud parecía todavía mayor, como si estuviera embutida dentro del marco, como si apenas cupiera en el cuadro de la imagen.

—¿Y el segundo video? —preguntó Madeleine Butler, con la misma expresión de recato y respeto que había mantenido todo el tiempo.

Sanabria dudó unos segundos, asfixiando una mandarina en su mano derecha. Tal vez pensó que ya nada tenía mucho sentido, que todo fatalmente había terminado.

—El segundo era más o menos igual —contó Sanabria—. Quizás resultaba un poco más patético. Hablaba con dificultad, mezclaba cosas. Probablemente se encontraba bajo los efectos de

algún sedante. Hablaba de una hija que tenía en la isla de Margarita y, de pronto, decía algo sobre el país, y luego volvía a llorar. Y gritaba que quería vivir. Y suplicaba que, por favor, lo salvaran.

Madeleine se mantuvo impasible, escuchando.

—Supongo que no quieren que nadie vea a Chávez así. Mucho menos ahora.

Madeleine Butler miró las imágenes, luego regresó las pupilas al rostro de Sanabria.

—¿Por qué? —preguntó.

El doctor Sanabria quedó unos segundos ensimismado. Como si no hubiera escuchado la pregunta.

—Porque los dioses no tienen cuerpo —respondió. Sin mirarla—. Los dioses no gritan de dolor, no sangran por el culo, no lloran. Los dioses no suplican que los salven. Los dioses nunca agonizan.

Madeleine miró hacia la biblioteca. Reparó en la caja de tabacos, tendida sobre la fila de libros. La señaló.

—¿Esa es la caja? ¿Puedo verla?

Apenas cerró la puerta, Andreína Mijares sintió un eco distinto. El sonido de la madera parpadeó en el aire y luego siguió saltando quedamente por todo el inmueble. Concientizó que estaba sola. Después de tanto tiempo, por fin estaba sola y en su territorio. Caminó despacio, recorrió con aliviada lentitud cada lugar del apartamento. Todo estaba hecho un asco. Su vivienda había quedado devastada. Los muebles se encontraban sucios o rotos, el suelo y las paredes estaban inmundas, había sobras de comida y desechos en cualquier lado.

Sonó el teléfono.

Andreína no contestó. Se quedó en silencio, debajo del quicio de la puerta de la cocina, mirando los restos del desastre. Finalmente lo había logrado. Y esa era su victoria.

El televisor estaba encendido. Sobre las imágenes de la marcha fúnebre, la voz de Chávez cantaba el himno nacional.

Por fin, de vuelta a casa.

Tatiana le había pedido refugio a una amiga, una profesora universitaria que había escrito varios libros para niños. Se llamaba Irene, una mujer tímida, reservada. Fue ella quien le abrió la puerta a Fredy.

—Se está bañando —le dijo—. Si quieres, espérala aquí.

Lo hizo pasar al estudio. Luego le preguntó si quería café. Fredy dijo que sí y ella se fue, cerrando la puerta.

Era una habitación cuadrada, sin ventanas. En las dos paredes laterales se alzaban altas bibliotecas, atestadas de libros. En la pared que quedaba frente a la puerta estaba el escritorio, una mesa simple, de vidrio, sobre la que descansaba una computadora. Fredy se interesó en un pequeño

papel, pegado al muro, que se ubicaba justo a la altura de los ojos de cualquiera que se sentara junto al escritorio. Era un papel de color ocre con una frase escrita a mano:

«Nada corrompe tan profundamente a un hombre como escribir un libro». Rex Stout.

Escuchó voces lejanas. Imaginó a Tatiana y a Irene conversando en la cocina. Arrimó la maleta a un costado de una de las bibliotecas, dejó sobre ella el sobre con el dinero. Se alisó un poco la ropa. También trató de alisarse el cabello. Apenas había cruzado un par de palabras con Tatiana. Al cuarto intento, por fin ella le había contestado el celular.

—¡Hola! ¡Soy yo! ¡Estoy aquí! ¿Qué pasó? —Fredy había desparramado todas esas palabras juntas, en un orden nervioso e impreciso.

Tatiana contestó parcamente. Le dijo que estaba en casa de Irene. Que tenían que hablar. Nada más.

Se sorprendió al verla. Aun recién salida de la ducha, lucía demacrada. Parecía que estuviera enferma. Que tuviera dos o tres kilos menos y que no hubiera dormido en varios días. Tuvo ganas de abrazarla. Pero la mirada de Tatiana era una frontera inexpugnable. Fredy bajó la cabeza de inmediato.

—Perdóname —musitó.

Tatiana siguió mirándolo. En silencio.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó, acercándose un paso.

—Ocurrió de todo, Fredy.

Sintiéndose cada vez peor, fue hasta la maleta, tomó el sobre.

—No te preocupes, mi amor, yo tengo buenas noticias ¡De verdad! —exclamó, extendiendo el sobre hacia ella.

Tatiana no se movió. Siguió mirándolo de la misma manera.

—Las buenas noticias se acabaron, Fredy —dijo—. Mejor pregúntame por Rodrigo.

—Usted dice que el niño se fugó de su casa —comentó la periodista, ya de pie, junto al estante, tomando la caja con sus dos manos.

—Sí. De hecho, ya ni siquiera su familia vive aquí.

—Es decir que no tiene cómo ubicarlo.

—Exactamente.

La periodista destrabó la pequeña cerradura.

—¿Y usted qué cree que va a pasar ahora con la revolución? —preguntó, como por prolongar la conversación, mientras lograba finalmente abrir la caja.

—Esto no es una revolución. Esto solo es un simulacro —masculló Sanabria sin dejar de mirar

el televisor.

La periodista introdujo los dedos.

—Está vacía —dijo Sanabria.

Madeleine Butler dio la vuelta y lo miró sin comprender. Después de todo lo que le había contado, era obvio que estaba vacía. No entendía a cuenta de qué el doctor había pronunciado esa frase. Solo lo entendió cuando lo vio. Sanabria seguía con la vista clavada en la pantalla. Su mano derecha estaba alzada. Sus dedos señalaban el televisor.

—Ahí no puede haber nadie —dijo.

La periodista volvió al sofá y se sentó a su lado, todavía sin comprender muy bien a qué se refería. Ambos miraron las imágenes: la toma mostraba el ataúd, detenido sobre el lomo del largo automóvil negro, rodeado por una multitud efervescente.

—Es imposible que su cuerpo esté ahí —susurró Sanabria—. No soportaría tanto tiempo, mucho menos con este sol.

La muchedumbre parecía una marea caliente, húmeda, herida. Era una procesión roja, llena de dolor, envuelta en una tristeza irremediable. Se movía tan despacio que no parecía avanzar sino simplemente balancearse, ir y venir, sin ningún destino, alrededor de una caja vacía.

¿Cómo te sientes?

No lo sé. Todo es raro.

¿Quieres regresar?

Ya no podemos.

Y entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Adónde vamos a ir?



ALBERTO BARRERA TYSZKA (Caracas, Venezuela, 1960). Es un narrador, poeta, columnista y guionista venezolano.

Se licenció en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, donde también ejerció de profesor. Durante años ha trabajado como guionista de televisión, escribiendo telenovelas en Venezuela, Argentina, Colombia y México. Varios textos suyos han aparecido en medios venezolanos y extranjeros como *El País*, *Letras Libres*, *Etiqueta Negra*, *Gatopardo*, entre otros.

En 2006 ganó el Premio Herralde con su novela *La Enfermedad*. Es autor de la novela *También el corazón es un descuido* y del libro de cuentos *Edición de lujo*, así como de los poemarios *Coyote de ventanas* y *Tal vez el frío*. En colaboración con la periodista Cristina Marcano ha publicado la primera biografía documentada del presidente de Venezuela: *Hugo Chávez sin uniforme*. Una historia personal, de gran éxito internacional.